Los Hollister



24

Y LA CUEVA MISTERIOSA

JERRY WEST

Como presidente del Club de Detectives de Shoreham, Pete Holister anunció; «Todos habéis oído hablar del monstruo de Shoreham. Nosotros vamos a resolver el misterio. Además del misterio del monstruo, tenemos la nueva biblioteca de juguetes de la escuela Washington. Pam nos explicará en qué consiste». Su hermana, Pam, se puso en pie: «Tienen una especie de biblioteca especial. En lugar de pedir libros prestados, los niños podrán llevarse juguetes prestados. Y opino que el club de Detectives de Shoreham podría ayudar a encontrar juguetes para la biblioteca». De pronto, la reunión se vio interrumpida por un grito aterrador. Holly Hollister, pálida y estremecida, señalaba a la ventana diciendo: «¡Lo he visto! ¡He visto al monstruo! Tenía la cara arrugada como la de un viejo y con dientes muy grandes…». Y ése es el comienzo de esta nueva aventura de Los Hollister.





Jerry West

Los Hollister y la cueva misteriosa

Los Hollister - 24

ePub r1.1
nalasss 15.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Monster Mystery*
Jerry West, 1969
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell & Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
Escaneo: el nota
ePub base r1.1



UN EXTRAÑO ROSTRO



—Celebramos una reunión especial de nuestro club de detectives —estaba diciendo Pete Hollister—. Por favor, un poco de orden.

Pete, de doce años y con el cabello alborotado, esperó a que todos los miembros del club estuvieran sentados en los bancos del sótano de la casa perteneciente a la familia Hollister.

—Muy bien —volvió a decir el muchachito—. Todos habéis oído hablar del monstruo de Shoreham. Nosotros vamos a resolver el misterio. Ann Hunter, ¿quieres pasar lista?

La secretaria del club se puso en pie y empezó a leer los nombres que tenía anotados en un cuaderno.

—Pam Hollister.

—Presente —contestó la esbelta Pam, de diez años.

—Ya veo que habéis acudido todos los Hollister —comentó Ann —. Ricky, Holly y Sue…

Estos tres pequeños se sentaban por orden de edades y estaturas: Ricky, de siete años, Holly de seis y Sue, de cuatro. El rubio Ricky arrugó su nariz pecosa. Holly se retorció una de las trencitas y cosquilleó a Sue, que encogió los hombros y estalló en risitas.

La siguiente en contestar fue Donna Martin, de siete años. En las

mejillas se le formaban dos graciosos hoyuelos, cada vez que hablaba o reía. Después contestó Dave Meade, el mejor amigo de Pete, y por último, Jeff Hunter.



—Bien. Estamos todos. Gracias, Ann —dijo Pete.

Los pequeños se daban pescozones y reían. Pete miró por la ventana, notando que iba oscureciendo rápidamente, y volvió a pedir orden.

—Ya es muy tarde, de modo que hay que ponerse en seguida al trabajo. Además del misterio del monstruo, tenemos la nueva biblioteca de juguetes de la escuela Washington. Ya sabéis.

—¿Qué es eso? —preguntó Dave Meade, el muchachito de la estatura de Pete.

—Pam nos lo explicará —contestó Pete.

Pam Hollister se puso en pie, sonriendo.

—Es algo muy bonito —dijo, y explicó a continuación los planes de la escuela superior que se encontraba al otro extremo de la ciudad—. Tienen una especie de biblioteca especial. En lugar de pedir libros prestados, los niños podrán llevarse juguetes prestados. Y opino que el Club de Detectives de Shoreham podría ayudar a encontrar juguetes para la biblioteca.

—¡Canastos! ¿No tienen juguetes todos los niños? —preguntó, atónito, Ricky.

—Algunos, no —replicó su hermana—. Hay padres que no tienen bastante dinero para comprar juguetes a sus hijos.

Y Dave Meade, muy sensato, añadió:

—Eso es verdad. Nosotros tenemos mucha suerte. Y debemos ayudar a los demás.

—Pero ¿de dónde sacaremos los juguetes? —preguntó Jeff Hunter, que tenía ocho años y el cabello muy negro.

—Pidiéndolos a la gente —fue la resuelta respuesta de su hermana Ann.

—Claro que sí —asintió Pete—. Estoy seguro de que papá nos dará algunos de su tienda.

El señor Hollister tenía, en la zona comercial de Shoreham, una tienda de ferretería y artículos deportivos, en la que se incluía, también, una sección de juguetes.

—Hay que votar —propuso Donna Martin, haciendo un ademán, que fue imitado por Pam, para indicar que aceptaba la idea.

—Todos los que estén a favor de la idea, que levanten la mano derecha —pidió.

Todas las manos se elevaron y en ese mismo momento un grito estridente hizo estremecer el sótano. Todos se volvieron a mirar a Holly Hollister que estaba en pie, con la cara muy pálida y estremecida, y señalaba la ventana del sótano.

—¡Lo he visto! ¡He visto al monstruo! —gritó sin aliento.

—¿Cómo? —preguntó Pete, mirando muy extrañado a su hermana.

—¡No ha hecho más que aparecer y marcharse! —aseguró Holly que seguía temblando.

—Cálmate —le aconsejó su hermano, que en seguida se acercó a la ventana. Pero no pudo ver otra cosa más que el cielo gris, ni oír nada que no fuera el canto de los grillos.

Pam pasó un brazo por los hombros de su hermanita y preguntó:

—¿Estás segura de que no era «Zip» eso que has visto por la ventana?

En aquel momento, «Zip», el hermoso perro pastor de los Hollister, bajaba las escaleras del sótano.

—No era «Zip» —aseguró Ricky—, porque ha estado dentro de casa, arriba, todo el tiempo.

Como Holly insistía en que había visto la cara del monstruo de Shoreham, Pete subió corriendo las escaleras, salió por la puerta trasera y estuvo buscando alrededor de la casa. ¡No encontró nada!

El señor y la señora Hollister habían salido de compras. Pete oyó a «Domingo», el burro, rebuznando en el pesebre del garaje. Fue en seguida a verle, pero lo encontró solo. Después de acariciar al burro, Pete volvió al sótano.

—No hay nadie fuera —declaró—. ¿Alguien más ha visto esa cara?

Nadie la había visto.

—¿Cómo era? —quiso saber el pecoso.

Holly arrugó la frente, mientras se sumía en reflexiones sobre la horrible visión.

—Pues… Era arrugada como la de un viejo, y con dientes muy grandes…

—¡Canastos! —exclamó Ricky, desencantado—. Vamos a tener que empezar a buscar a un viejecito con los dientes largos.

Los demás se echaron a reír y Holly dio un codazo a su hermano.

—¡No estoy para bromas! —protestó.

—Bueno, Pete. De todos modos, ¿qué haremos con el monstruo? —preguntó Dave.

Los miembros del Club de Detectives estuvieron comentando el misterio del que hablaba toda la ciudad. Unos excursionistas habían informado haber encontrado huellas extrañas en el extremo del sendero boscoso del Parque Municipal, que se encontraba al norte de Shoreham.

La criatura que había dejado aquellas huellas parecía tener pezuñas con tres dedos en forma de cuerno, además de otro más pequeño y delicado.

—Entonces ese viejecito, además de dientes largos, tiene pezuñas —comentó Ricky.

Los demás volvieron a reír, pero Pete levantó una mano, diciendo:

—Escuchad, que esto es muy serio. Toda la ciudad está asustada. Algunas personas ni siquiera se atreven a salir de noche. Tienen miedo de encontrare con el monstruo.

La chiquitina Sue se removió en el banco, nerviosa, y anunció:

—No hay monstruos. Mamita me lo ha «decido».

—Es verdad. Pero alguien deja esas extrañas huellas —repuso Pete, y explicó que se habían visto aquellas huellas cerca del lago de los Pinos, que bordeaba el jardín trasero de los Hollister.

—¿Crees que alguien está gastando una broma? —preguntó Dave.

—Eso es lo que tenemos que averiguar —declaró Pete.

Todos los miembros del club estuvieron de acuerdo en unirse para investigar. Todas las pistas que pudieran encontrarse serían comunicadas a Pete.

—Pero no vayamos a olvidamos por eso de la biblioteca de juguetes —dijo Pam.

Era el mes de mayo y estaba casi acabando el curso escolar. La biblioteca estaría preparada en poco tiempo y quedaría abierta durante el verano para los niños del distrito Washington.

Ya había dado Pete la reunión por terminada y todos los amigos de los Hollister se habían marchado, cuando se oyó en el jardín rumor de neumáticos y los focos de cuatro faros barrieron la ventana.

—Dos coches —dijo Pete—. ¿Quién vendrá con papá y mamá?

Los niños subieron a toda prisa las escaleras del sótano, cruzaron la casa y negaron al porche. El señor y la señora Hollister ya habían aparcado el coche y estaban llevando a dentro varios paquetes. Un hombre alto, de uniforme, les seguía.

—Buenas noches a todos —saludó.

—¡Oficial Cal! —exclamó Holly, corriendo hacia el policía, que la levantó en brazos.



El oficial Cal Newberry era un joven simpático y atractivo, de mejillas sonrosadas y ojos claros. Pertenecía al Departamento de Policía de Shoreham y era un gran amigo de los Hollister. Les había ayudado a resolver misterios y también los niños habían aclarado algún caso para el policía. Mirando al coche de la policía, Pete se fijó en que dentro iba un muchacho.

El oficial Cal se volvió y dijo:

—Alex, sal. Quiero presentarte a estos amigos míos.

Del coche salió un muchacho que tendría la edad de Pete. Era alto, muy delgado y caminaba con movimientos ágiles. Tenía la piel de un color moreno claro, y el cabello negro lo llevaba muy corto. Iba vestido con pantalones téjanos, una cazadora y zapatos dé lona.

Mientras se colocaba al lado del oficial Cal, el muchacho sonrió ampliamente.

—Éste es Alex Kane. Te presento a los Hollister.

Pete y Ricky estrecharon la mano al muchacho. Lo mismo hizo el alto y atractivo señor Hollister. La señora Hollister, delgada y guapa, dijo al muchacho:

—Hola, Alex. ¿Eres ayudante del oficial Cal?

—Algo así —repuso Alex.

—Ya lo creo que lo es —dijo, sonriendo, Cal Newberry—. Alex iba en su bicicleta cuando vio algo muy desusual.

—¡Oh! Cuéntanos qué ha sido —pidió Pam.

Alex explicó que volvía a casa pedaleando, después de haber dado un paseo en bicicleta, cuando se le deshinchó una rueda. Al terminar de repararla ya había oscurecido.

—Iba todo lo de prisa posible cuando, de repente, vi una sombra que se escondía por detrás de estas casas. —Con la mano Alex hizo un movimiento para señalar los edificios que se levantaban a orillas del Lago de los Pinos—. Y cuando he visto pasar al oficial Cal, se lo he explicado.

—¿Lo veis? —exclamó, al instante, Holly—. ¿Qué os había dicho yo? ¡He visto la cara del monstruo por la ventana!

La niña volvió a relatar lo que había observado, y el policía dijo:

—Vamos al sótano, Holly, que me enseñarás por dónde has visto esa cara.

Todos, incluido Alex, bajaron al sótano.

—Fue por aquí —indicó Holly, que avanzaba entre el tocadiscos y la gran cesta en que «Morro Blanco» y sus hijitos (los gatos de los Hollister) dormían.

—¡Es esta ventana! —señaló Holly, en el mismo momento en que pasaba ante el cristal, vio una borrosa silueta—. ¡Y está ahí otra vez! —chilló la niña, estremecida.

Todos subieron las escaleras corriendo. El más rápido fue Alex Kane. Con sus largas piernas avanzó tan veloz como un corredor de las Olimpíadas. Abrió la puerta trasera y siguió corriendo por un lateral de la casa. Unos momentos más tarde se abalanzaba sobre una persona que huía.



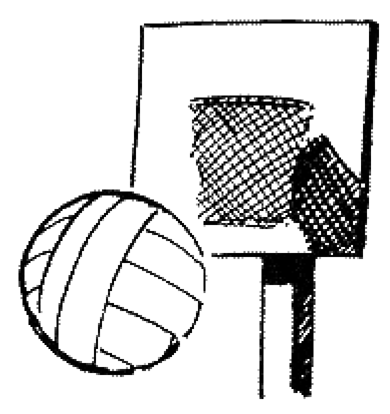
—¡Ya lo tengo! —gritó, mientras los otros corrían al lugar en que Alex y su presa rodaban por la hierba.

—¡Déjame levantarme! —protestaba una voz.

En aquel momento, el oficial Cal encendió su linterna. El haz de luz cayó sobre las dos siluetas que se levantaban del suelo. Alex tenía sujeto a otro chico que parpadeó cuando le dio la luz de la linterna en la cara.

—¡Bah! —murmuró Ricky Hollister, meneando la cabeza desdeñosamente—. ¡Si es Joey Brill!

RICKY ATRAPADO



—¡No! Joey no es el monstruo que yo he visto —declaró Holly.

Con una sonrisa, el oficial Cal preguntó:

—¿Estás segura?

—¡Claro! Joey no es un viejo con los dientes largos.

—Entonces, ¿por qué me detienen? —se quejó Joey, mientras daba sacudidas para librarse del otro chico.

Joey era un chico que iba a la misma clase que Pete, en la escuela Lincoln. Muy alto y robusto para su edad, tenía la costumbre de molestar y pegar a los chicos más pequeños.

Desde que los Hollister se habían mudado a Shoreham, Joey Brill, con su expresión siempre huraña y sus ocurrencias malintencionadas, andaba molestando a los cinco hermanos, siempre que podía. Y ahora estaba muy indignado por haber sido descubierto dentro de la propiedad dé los Hollister.

—¿Qué estás haciendo aquí, Joey? —preguntó, severo, el oficial Cal—. ¿Eres tú el que andaba escondiéndose entre los edificios de la orilla del lago?

—No. Yo acabo de llegar —repuso el chico—. He visto el coche de la policía y he pensado que podía estar ocurriendo algo

interesante. Cuando he visto luz en el sótano, me he acercado a mirar. Nada más.

Alex dijo que no podía estar seguro de que Joey fuera la silueta misteriosa que había visto deslizándose entre los edificios.

—Bien. Más vale que te vayas a casa, Joey —aconsejó el policía, y luego añadió que había que tener cuidado de no andar vagabundeando después del anochecer.

—¡Podría pillarte el monstruo! —fue el tenebroso pronóstico de Sue, que se frotaba los ojillos cargados de sueño.

—No tendremos tanta suerte —masculló Ricky.

—Chiist —regañó la señora Hollister.

—Me las pagarás, Ricky —amenazó el chicazo, mostrando los puños al pelirrojo.

Mientras tanto, el señor Hollister había tenido que volver la cabeza para ocultar una sonrisa, porque le había hecho gracia la ocurrencia de Ricky. Pero luego dijo al pequeño que no debía hablar de aquella forma.

—¡Pero si es malísimo! —dijo el pecoso—. Se cree muy listo, sólo porque tiene unos petardos.

—¡Ah! —El policía frunció el ceño, mientras Joey echaba a correr, camino de su casa.

—Tener petardos está prohibido, ¿verdad? —preguntó Pam.

—Sí —asintió el policía—. ¿Habéis visto alguna vez a Joey con algo de eso?

—No. Creo que sólo presumía de tenerlos —replicó Ricky—. Y yo no quiero meterle en ningún lío más.

En aquel momento, la radio del coche patrulla empezó a sonar. Cal corrió al aparato.

—Tengo otra llamada —dijo—. Debo irme.

Abrió la portezuela y sacó la bicicleta de Alex.

—Siento no poder acompañarte a casa, muchacho —dijo.

—Nosotros cuidaremos de él —se ofreció el señor Hollister, mientras el coche policial retrocedía por el camino del jardín y aumentaba de velocidad.

—Entra a tomar un poco de leche con galletas —invitó la señora Hollister.

Aunque un poco tímido, al principio, Alex sonrió contento

cuando Pete le dio una amistosa palmada en el hombro.

Los Hollister tenían una gran cocina con una mesa redonda y cómodas sillas. La señora Hollister dispuso en seguida lo necesario y los niños se sentaron. Había para cada uno un gran vaso de leche y en el centro una enorme fuente con galletas.

—Qué casa más bonita tenéis —dijo Alex a los niños.

—Me alegra que te guste —replicó Pete que, a continuación, habló de la reunión del club de detectives, que se había interrumpido a causa de la aparición del rostro misterioso en la ventana.

—Puede que fuese la misma persona que yo he visto —dijo Alex, mirando a Holly.

—No os preocupéis. Nosotros resolveremos el misterio —afirmó Ricky, dándose mucha importancia.

Cuando Alex hizo más preguntas sobre el club, Pam le dio muchas explicaciones.

—Pues me gustaría mucho entrar a formar parte también de vuestro club —dijo el chico—. ¿Qué hay que hacer para pertenecer a él?

Pete repuso que tenían la costumbre de hacer un período de iniciación, que consistía en unas cuantas pruebas sencillas, para las que se vendaba los ojos al candidato.

—Joey Brill y Will Wilson lo intentaron, pero no fueron bastante valientes —explicó Holly, con una risilla burlona. Pero en seguida, con un escalofrío, añadió—: Creo que tampoco yo he sido muy valiente esta noche.

Aquello dio una idea a Pam, que dijo:

—Creo que, desde ahora, deberíamos hacer pasar pruebas serias, para entrar en nuestro club.

—Sí. ¿Qué os parece a vosotros? —preguntó Pete, mirando a los demás.

Estuvieron de acuerdo todos menos la pequeñita Sue, que se había quedado dormida y estaba resbalando fuera de la silla. Pam se acercó a toda prisa, antes de que cayera, y la llevó al piso alto para acostarla.

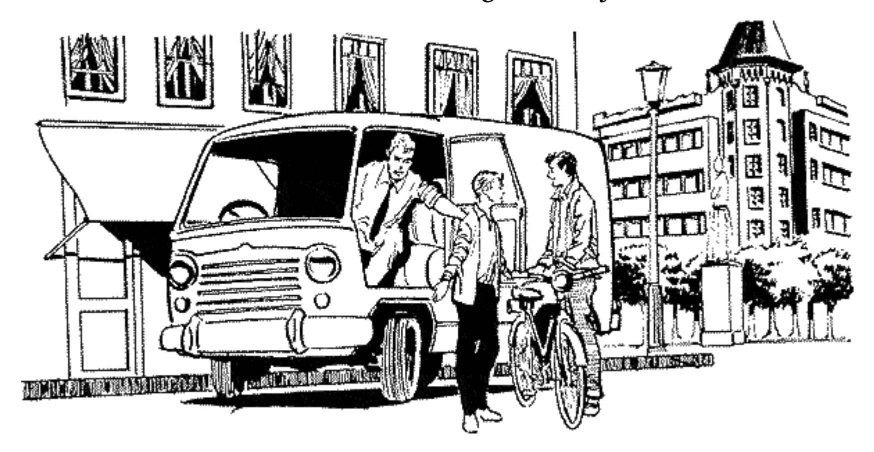
—Yo la meteré en la cama —dijo la señora Hollister, y así Pam pudo reunirse con los demás.

Se decidió que, si realizaba un acto valeroso, Alex podría ingresar en el club de detectives.

—Creo que podré hacerlo —declaró el chico, sonriendo, satisfecho—. Mi padre es muy valiente.

Cuando el grupo se disolvía, el señor Hollister se ofreció para llevar a Alex en la furgoneta de la familia.

—Vivo cerca de la escuela Washington —dijo el muchachito.



—¿Dónde van a abrirla biblioteca de juguetes? —preguntó Pam.

—Sí. Mi familia trabaja en los preparativos.

—Nosotros también —declaró Pam.

Alex metió su bicicleta en la parte trasera de la furgoneta y se deslizó en el asiento trasero, acompañado de Pete. Al poco rato se detenían ante una casa pequeña, un bonito edificio que estaba a dos manzanas de la escuela.

—Gracias, señor Hollister —dijo, sacando su bicicleta de la furgoneta—. Nos veremos pronto, en cuanto haya realizado un acto de valor.

Sonriendo y despidiéndose con la mano, desapareció por la parte trasera de su casa, y los Hollister se marcharon.

Al día siguiente era sábado y los hermanos Hollister decidieron ir a buscar juguetes para la biblioteca. Después de haber hecho unos cuantos trabajos en la casa y luego de comer, la señora Hollister llevó a sus hijos en coche a la ciudad.

Mientras Pam y Holly ayudaban a su madre a hacer las compras en el mercado, los dos chicos fueron al Centro Comercial. En el gran

local de una sola planta les recibió afablemente Indy Roades. ¡Cuánto gustaba a los dos chicos el olor que despedían los objetos de ferretería y los deportivos!

—Hola —dijo Pete al ayudante de su padre.

Indy era un verdadero indio del sudoeste. Era bajo, robusto y tenía el rostro muy oscuro y la expresión alegre.

—¿Queréis ser dependientes hoy? —preguntó el joven a los dos hermanos, con una alegre sonrisa.

—No. Querríamos algunos juguetes para esa nueva biblioteca.

—Sí. Ya he leído algo sobre eso —dijo el indio, mientras el señor Hollister acudía a ver a sus hijos.

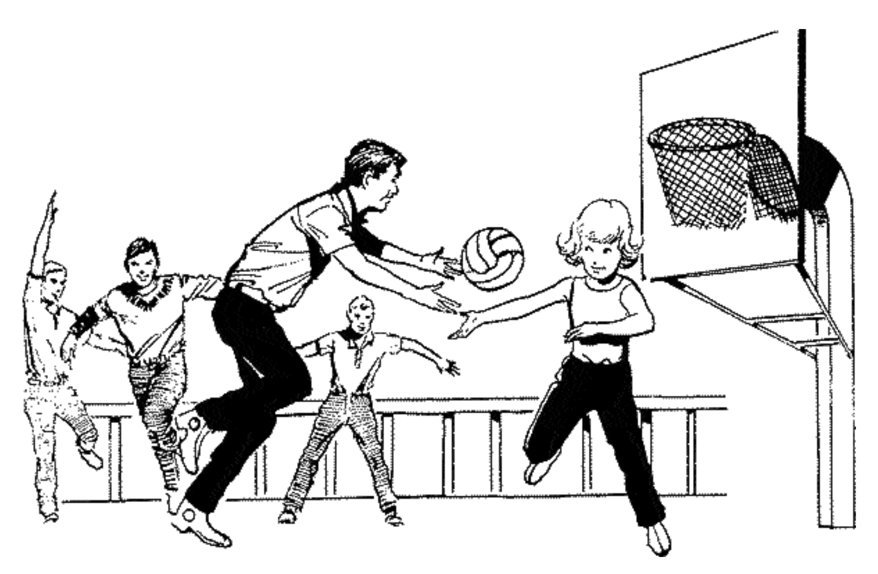
—Aquí hay algo preparado para vosotros —anunció, señalando un volquete metálico, un trompo musical que había quedado de las ventas de Navidad y una caja con vajilla de muñecas.

A Ricky le gustó el volquete y la peonza, y arrugó la frente con desprecio ante los juguetes de niña.

—¿Quién va a querer jugar con eso?

—Las niñas, naturalmente —dijo, sonriendo, el padre—. Os lo envolveré todo y podréis llevároslo a la biblioteca. He oído que la escuela estará abierta hasta las dos para recibir donativos.

Los chicos recogieron los paquetes y, veinte minutos después, llegaban a la escuela Washington, que estaba en el centro de la zona más antigua de la ciudad. En la parte trasera de la escuela había un patio de juegos, con cuatro campos para baloncesto. Media docena de chicos y una niña, todos con pantalones téjanos, jugaban a pelota. Uno de los chicos, que acababa de realizar una gran tirada, se separó de los demás para correr junto a los Hollister:



—Hola, Pete. Hola, Ricky.

—Hola, Alex —repuso Pete—. Traemos algunos juguetes para la biblioteca. Papá nos los ha dado.

—¿Está abierta la escuela? —preguntó Ricky.

—Claro. Entrad y girad a la derecha. Están organizando la biblioteca en la sala almacén. Allí está mi madre.

—¿Tu madre? —se extrañó el pecoso.

—Sí. Es la presidenta. Luego nos veremos.

Alex volvió con sus compañeros de juego. Arrojaron la pelota, el chico la alcanzó bajo la canasta y, tras dar un gran salto, hizo una tirada perfecta. Pete y Ricky se quedaron mirando unos momentos, antes de entrar en el edificio. Una vez dentro, ascendieron medio tramo de escaleras, giraron a la derecha y avanzaron por un pasillo largo hasta un pequeño cuartito. Las paredes de aquella habitación estaban llenas de estanterías que contenían muchos juguetes y, sentadas a una mesa en el centro de la estancia, se encontraban dos señoras que iban escribiendo tarjetas.

—Soy Pete Hollister y éste es mi hermano Ricky —se presentó Pete.

Las señoras les miraron y sonrieron. La más mayor, que debía de tener la edad de la señora Hollister, habló para decir:

—Soy la señora Kane, y ésta es mi amiga, la señorita Hewitt.

—Nos alegramos de conocerla —repuso Pete, gentilmente—.

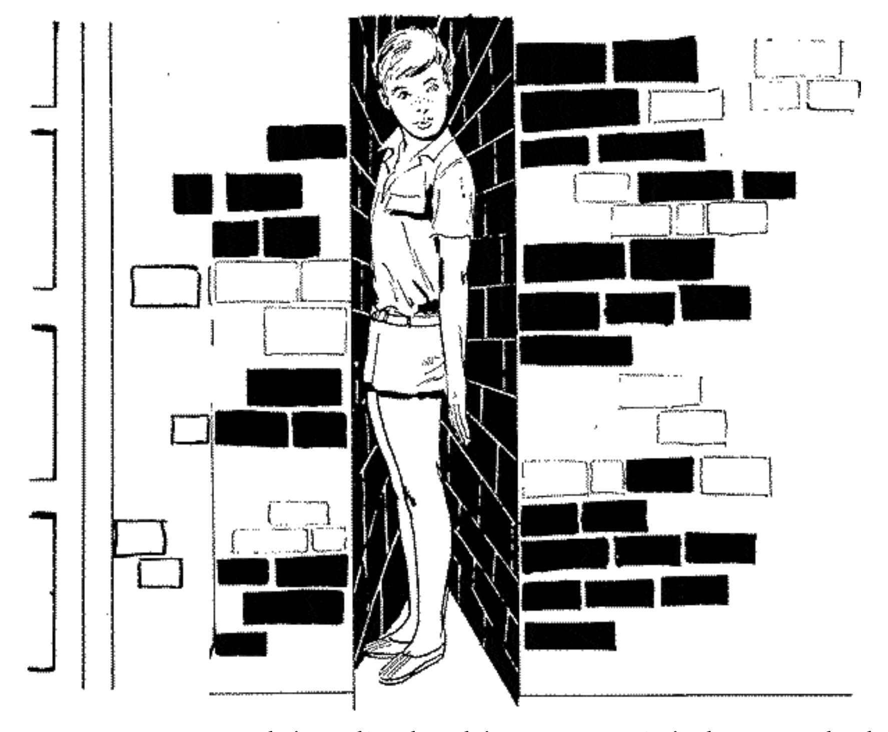
Nosotros conocemos a Alex.
—Sí. Él ya me ha hablado de vuestra familia.
La señora Kane era algo gruesa y de piel clara, y Ricky se fijó en que, en la nariz, tenía unas pecas como las de él.
—Traemos unos juguetes para la biblioteca —informó Pete, al tiempo que dejaba el paquete sobre la mesa.
La señorita Hewitt lo abrió, exclamando:
—¡Exactamente lo que nos faltaba! ¡Muchas gracias, chicos!
—Estamos intentando encontrar alguna cosa más —respondió Pete que luego salió, con su hermano, para ir al patio de juego.
Alex les vi y arrojó la pelota, que describió un amplio arco, en dirección a Pete, que corrió hacia ella y empezó a jugar.
—Eh, Pete —gritó Ricky—. Yo vuelvo al Centro Comercial.
—Bien. Dile a papá que iré pronto —contestó Pete enviando la pelota a su amigo.
Ricky se entretuvo mirando unos segundos y luego marchó calle adelante. Pronto estuvo en el centro de la ciudad. Aquel volquete que su padre había dado para la biblioteca le parecía muy bonito, iba pensando. A lo mejor podría jugar con otro igual.
Pero antes de llegar al Centro Comercial oyó que alguien corría tras él. Se volvió, para encontrarse cara a cara con Joey Brill.
—¿Qué? ¿Dónde están los demás? —preguntó, alegremente, Joey.
Cuando Ricky contestó que Pete estaba jugando en la escuela Washington, Joey frunció el ceño, diciendo:
—¿Allí? ¡Qué porquería!
—Hay unos chicos muy simpáticos —declaró Ricky, sin dejarse amilanar.
Sin contestar a aquello, Joey miró a su alrededor, sin duda para asegurarse de que no había cerca ningún otro Hollister. Entonces se metió una mano en el bolsillo y sacó un tubito rojo. Al mismo tiempo dijo:
—Ricky, mira allá… ¿Qué es aquello?
Mientras el pequeño se volvía, Joey encendió una cerilla y la acercó a la mecha de un pequeño petardo.
—No veo nada, Joey…
¡BANG! El petardo explotó muy cerca de las piernas de Ricky.

—¡Ayyy! —gritó el pelirrojo, pillado por sorpresa. Y se apartó de un salto, protestando—. ¡No hagas eso, Joey!

—Ya te dije que me las pagarías —masculló el chicazo.

Y sin contemplaciones, empujó a Ricky hacia la pared y le sujetó con un codo, mientras sacaba otro petardo. El pelirrojo, haciendo contorsiones, consiguió quedar libre y echó a correr.

Pero Joey le persiguió, le adelantó en seguida y le cortó el paso para que no pudiera llegar al Centro Comercial. Ricky miró a todas partes, desesperado. ¿A dónde ir? Vio un estrecho hueco entre dos edificios y hacia allí corrió, para introducirse en el estrecho espacio. Joey le contempló, regocijándose.



—¡Ya nunca podrás salir de ahí! —pronosticó, levantando la mano para arrojar el cohete.

—¡Noo! —chilló el pobre Ricky.

Joey no le hizo el menor caso.

¡BLAM! La explosión hizo eco entre los dos edificios. Mientras, enloquecido, intentaba alejarse del petardo, Ricky notó que se encajonaba todavía más entre las dos paredes.

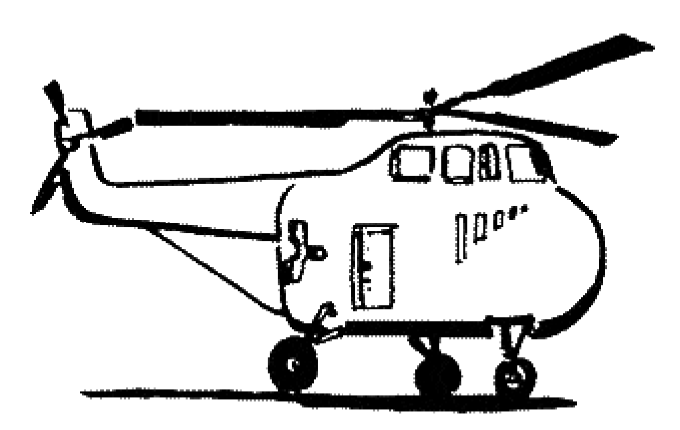
En aquel momento pasó una señora que vio lo que había hecho Joey.

—¡Vete de aquí, que eres un verdadero demonio! —dijo, indignada. Y luego llamó a Ricky—. Sal de ahí, hijito. Ven conmigo.

Ricky se retorció cuanto pudo, pero no consiguió salir.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Me he quedado encajonado!

EL VALEROSO ALEX



—¡Pero si es uno de los niños Hollister! —observó un peatón—. Voy a buscar a su padre. ¡Pobre chiquillo!

Ricky, entre tanto, estaba sudando de pánico. El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho, aprisionado entre las paredes. ¿Se quedaría allí, encajonado, para siempre?

—Tranquilízate, hijo —era la voz del señor Hollister—. No te muevas. En seguida te sacaremos de ahí.

Se alejó a toda prisa y dos minutos más tarde el aullido de sirenas invadía toda la zona comercial de Shoreham. Junto al bordillo, delante de Ricky, se detuvo un coche de bomberos.

—Mi hijo ha quedado aprisionado entre esos muros —explicó el señor Hollister a uno de los bomberos que salía corriendo.

—El capitán llegará en seguida —respondió el bombero.

En aquel instante Ricky reconoció las voces de Pete y Alex.

—¡Eh! Pero ¿cómo te has metido ahí? —preguntó su hermano.

—Chist. No debe ni hablar —advirtió Alex—. Conviene que reserve todas las energías.

En aquel momento, un hombre que llevaba la insignia de capitán se abrió paso entre la multitud hasta llegar junto al señor

Hollister.

—No se preocupe —dijo—. Sacaremos en seguida al pequeño.

—Hola, papá —gritó Alex.



Pete miró con extrañeza, primero al capitán, luego a Alex.

—¿Es tu padre? —preguntó.

—Sí, señor.

El capitán Kane era un hombre de aspecto agradable. El color de su piel era algo más oscuro que el de la de Alex, pero tenía parecidas facciones firmes y la misma expresión de confianza que su hijo.

El capitán gritó unas órdenes a sus hombres, que apoyaron una escalera en el edificio. Seguido por un bombero que llevaba cuerdas, subió al tejado para mirar desde allí el lugar en que había quedado atrapado el pecoso.

El capitán Kane hizo un lazo en un extremo de la cuerda y la

dejó caer. Ricky intentó sujetarse con fuerza a aquél lazo, pero sus manos eran demasiado pequeñas y resbalaban.

—Esto no dará resultado —declaró el señor Hollister, que había subido también con el capitán—. El niño no es lo bastante fuerte. ¿No pueden derribar las paredes?

—Podemos, pero eso sería demasiado impresionante para su hijo. Probemos primero a engrasarle.

El capitán Kane pidió a uno de sus hombres un cubo de grasa. Al momento salió una camioneta en dirección al garaje de Shoreham.

—El problema será que uno de nosotros baje para engrasar al pequeño —comentó el capitán.

—¡Yo lo haré, papá! —se ofreció Alex.

El padre se volvió y miró a Alex con severidad.

—¿Qué haces aquí arriba, hijo?

—Es que puedo ayudar, papá. Sé que puedo.

Pete miró con admiración a su nuevo amigo, que estaba diciendo:

—Déjame bajar con una cuerda, papá. Yo rociaré a Ricky con grasa, y entonces quizá puedas subirle tú.

—Bien —dijo el señor Hollister—. Es indudable que un adulto no puede pasar entre estas paredes.

—Yo estoy bastante flaco —hizo notar Alex—. ¿Me dejas, papá?

—Bueno. Probemos.

Por entonces, una gran multitud se habían reunido en la acera y en la calzada. Un coche de la policía, con la luz roja encendida, se detuvo allí y de él salieron dos oficiales para dispersar a la gente que bloqueaba el paso.

Entre tanto, el señor Hollister estuvo hablando pausadamente a su aterrado hijo, procurando calmarle, mientras esperaban la llegada del cubo con grasa.

—Papá, ¿no podría subir también Pete Hollister al tejado? —pidió Alex a su padre.

El señor Kane contestó que sí y Alex hizo señas a Pete para que subiera detrás del bombero que ya llevaba la grasa. Se hizo un lazo en la cuerda y se le colocó a Alex por debajo de los brazos.

—¿Cree usted que cabrá entre esas dos paredes? —preguntó Pete al capitán Kane.

—Un poco justo. Apenas quedarán dos centímetros de margen.

Alex tomó el cubo con una mano, tomó aliento y se vio descendiendo con precaución hacia el pobre Ricky.

—Cierra bien fuerte los ojos, Ricky —indicó Alex—. Voy a rociarte con esto.

Ricky obedeció y el pegajoso producto empezó a caer por su cabello rojizo. ¡En menos de un momento el chiquillo se había convertido en una extraña masa negra!

—Voy a echarte otra cuerda, Alex. A ver si puedes atarla alrededor de Ricky —indicó el capitán Kane.

Alex manipuló bajo las axilas de Ricky y ató la cuerda. Los hombres de arriba tiraron suavemente, pero el pecoso no se movió.

—A ver ahora. ¡Intentadlo otra vez! ¡Con calma! —decía el capitán de los bomberos.

—¡Ayy! —se quejó el pequeño, cuando los ladrillos le arañaron la piel.

Y de repente, con la rapidez con que crece la flor del melón, Ricky empezó a ascender. Los espectadores gritaron con entusiasmo cuando el pequeño fue dejado suavemente en el tejado.

Alex, que estaba casi tan engrasado como Ricky, fue subido después. El señor Hollister fue hablando con su hijo, tranquilizándole, mientras el capitán Kane le bajaba a la calle subido en sus hombros. Los demás siguieron al capitán.

Había sido avisado un médico, que ya estaba esperando e hizo una rápida revisión al pequeño.

—Unos cuantos arañazos. Nada de importancia —dijo—. Un día de descanso y volverá a estar perfectamente.

Ricky fue trasladado a casa en un coche de la policía.

El señor Hollister se volvió a Alex, diciendo:

—¡Ha sido una valerosa acción ésta, te lo aseguro!

Y estrechó la mano al chico.

¡Pete palmeó la espalda de su nuevo amigo e, inmediatamente, le nombró miembro del Club de Detectives de Shoreham!

—Gracias, Pete —sonrió Alex—. Ahora será mejor que vaya a casa a lavarme.

Al oír aproximarse un coche de la policía, la señora Hollister salió al porche. Al principio, cuando le sacaron del coche, no

reconoció a su hijo. Luego, contuvo un grito.

—¡Oh! ¡Ricky!

Las tres niñas salieron de la casa en el momento en que la furgoneta, en donde iban el señor Hollister y Pete, frenaba tras el coche de la policía.

—¡John! —gritó la señora Hollister—. ¿Qué ha pasado? ¿Es que el niño ha caído en un depósito de aceite?

Pete contó lo ocurrido tan de prisa como le fue posible, y añadió:

—Espera un momento, mamá, que traeré un detergente.

El policía se disculpó por tener que marcharse, y allí quedó Ricky, tan embadurnado como un huevo de Pascua de chocolate.

Pete volvió con un cubo de agua caliente y un frasco de detergente. Cuando ambas cosas estuvieron mezcladas, el señor Hollister levantó el cubo y vertió el contenido sobre la cabeza de Ricky. Pronto el color rojo del cabello de Ricky empezó a dejarse ver. Pero Pete tuvo que llevar hasta cinco cubos, para que su hermano empezase a parecerse a sí mismo.

Entonces la madre dijo:

—Ahora adentro, a la bañera.

—Yo me ocuparé de él —se ofreció el señor Hollister—. ¿Quieres traerme el cepillo de baño, Elaine?

Entre Pam y la señora Hollister sirvieron a Ricky la cena en la cama. Después, el pequeño tomó una aspirina y durmió profundamente toda la noche. La madre, al día siguiente, dijo que Ricky estaba excusado de ir a la iglesia, pero éste no quiso ni oír hablar de tal cosa. El pequeño caminaba algo cojo y, al momento, se convirtió en el héroe del día. Los niños le asaltaban a preguntas sobre su extraordinaria aventura. Por la tarde, el pequeño se quedó a jugar dentro de casa.

Pero el lunes por la mañana saltó alegremente de la cama y llegó muy temprano al colegio.

Como había conferencia de maestros, todos los niños volvieron a casa más temprano de lo acostumbrado. Después de comer, Pete telefoneó a Alex, pidiéndole que se reuniera con el resto de los miembros del Club en el cuartelillo de policía.

—Vamos a pedir toda la información posible sobre el monstruo

—explicó—. Iremos todos meaos Dave, que está en la cama, resfriado.



El oficial Cal estaba de guardia en su despacho, cuando llegaron los miembros del Club. Ante él, en una cartulina, tenía anotada toda la información sobre la misteriosa figura que recorría Shoreham durante las noches.

—Veo aquí que se han dibujado hasta las huellas —dijo el policía.

—¿Hay alguna prueba verdadera de estas huellas? —preguntó Donna Martin.

—Si te refieres a fotografías o impresión de esas huellas, no —contestó Cal Newberry—, pero las personas que han dado la información son de toda confianza.

—¡Nosotros encontraremos una prueba! —afirmó Ricky.

—Pero sin volver a colocarte como relleno de dos paredes —dijo el policía, alborotando el cabello de Ricky Hollister.

Al enterarse de que las huellas habían sido vistas en los límites del Parque Municipal, el club de detectives decidió ir allí a investigar con más detenimiento.

—Antes tengo que ir a hacer unos recados para mi padre —dijo Pete—. ¿Quieres venir, Alex?

—Sí, sí.

Holly, Sue y los otros miembros del club fueron a casa. Sólo Pam y Ann Hunter acompañaron a los chicos al Centro Comercial. Querían reunir algunos juguetes más para la biblioteca.

—Vamos a visitar la tienda del señor Feinberg, Ann —propuso Pam.

—Muy bien —dijo Pete—. Nos encontraremos con vosotras, en casa, hacia las tres.

Pete se despidió de las niñas y se alejó con Alex. El señor Feinberg, que era un buen amigo del señor Hollister, poseía una tienda de juguetes de lujo, a unas manzanas de distancia. Cuando Pam y Ann entraron en su tienda, el señor Feinberg salió de detrás del mostrador para saludarlas.

—Hola, niñas. ¿A qué se debe tan grata visita? ¿Es que el Centro Comercial se ha quedado sin juguetes?

Pam se echó a reír.

—No. La tienda de papá sigue llena de juguetes. Pero necesitamos algunos de usted.

—¿Cómo? —El señor Feinberg hizo un guiño, al preguntar—. ¿Es que los míos son mejores?

Ann Hunter miró a Pam y se echó a reír.

—Necesitamos algunos para la biblioteca, señor Feinberg.

El dueño de la juguetería estaba atónito.

—Supongo que estáis hablando de libros. Como «Hansel y Gretel» o «Blanca Nieves».

Pam explicó que estaban hablando de una biblioteca donde se prestaban juguetes, y el tendero abrió los ojos de par en par.

—Vaya. Es una buena idea. Con gusto donaré algo. ¿Qué os parece una muñeca para alguna niña, y este helicóptero para un chico?

—¿Vuela de verdad? —preguntó Ann.

—Naturalmente. Se le da cuerda. Así. Mirad.

El señor Feinberg dio vueltas a la llave del helicóptero y, cuando lo soltó, el juguete empezó a zumbar y se elevó por el aire.

—Es precioso —exclamó Pam, mientras el tendero recogía el helicóptero y lo metía en una caja—. Y mira esa lindísima muñeca de trapo, Ann.

Muy contentas, las dos amigas tomaron los juguetes, dieron las gracias al señor Feinberg y salieron a toda prisa.



—A la señora Kane le gustarán estas cosas —dijo Pam.

Pam y su amiga esperaron a que el semáforo tuviera luz verde. Un momento después, un chico se colocó al lado de Ann. Pam, que le vio primero, cuchicheó:

—Ahí viene Will Wilson. Ten cuidado.

—Oíd. ¿Habéis visto a Joey? —preguntó Will.

—No —contestó Ann.

—Bien, si le veis… Pero ¿qué lleváis ahí? —El chico estaba mirando la caja—. Ah… Un helicóptero. Pero no funcionará, supongo…

—Ya lo creo que funciona —dijo Ann—. El señor Feinberg le ha dado cuerda y vuela muy bien.

Will Wilson era muy amigo de Joey y con frecuencia se ponía de acuerdo con el antipático chicazo para hacer trastadas a los Hollister.

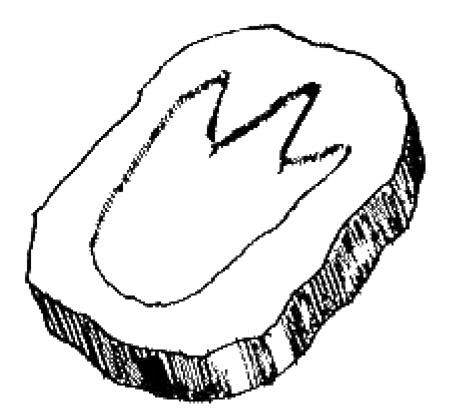
—¿Para qué quiere una chica un helicóptero? —comentó Will.

En aquel momento cambió la luz y los tres se apresuraron a cruzar.

De repente, Will dio un tirón de la caja que Pam llevaba bajo el brazo y la hizo caer. La atrapó antes de que la caja llegase al suelo, y luego Will echó a correr como una flecha.

—¡Vuelve aquí, Will Wilson! —gritó Ann—. ¡Devuélvenos el helicóptero!

TOMANDO HUELLAS



Las dos niñas corrieron tras Will Wilson. Pam estaba a punto de alcanzar a Will, cuando éste giró en una esquina en donde tenía su bicicleta.

—¡Espera, chico malo! —gritó Pam.

Pero Will empezó a pedalear, sin soltar la caja que había colocado bajo su brazo izquierdo. Al principio, Pam estuvo tan cerca de él que por muy poco no pudo agarrarle por la camisa.

—¡No dejaremos que esto le salga bien! —declaró Ann, indignada.

—¡Claro que no!

—Como sabemos donde vive, iremos a decírselo a su madre —decidió Ann.

Las niñas recorrieron a toda prisa la parte baja de la ciudad. Pasada la zona de tiendas, se encontraron en un barrio de casitas pequeñas y calles bordeadas de árboles. Aunque los jardincitos de la parte posterior eran pequeños, estaban bien cuidados y algunos tenían muchísimas flores.

—Vive ahí —dijo Pam, señalando la casa de los Wilson.

Corrieron allí, se acercaron a la puerta principal y Pam tocó el

timbre. Se oyó el zumbador resonando en la cocina. Al poco rato salió a abrir una señora bajita que miró a las dos niñas por encima de la montura de sus gafas.

—¿Es usted la señora Wilson? —preguntó Pam, educada como siempre.

—Sí. Pero hoy no quiero pastelillos de las Niñas Exploradoras.

Con una sonrisa, Pam contestó:

—Nosotras no vendemos nada. Sólo queremos nuestro helicóptero.

—¡Vaya por Dios! ¿Qué ha pasado? ¿Se os ha perdido, mientras lo hacíais volar?

—No. Will nos lo quitó —informó Ann, sin poder contenerse—. Era para la biblioteca de la Escuela Washington.

—¿Dónde está Will? ¿No ha vuelto a casa? —preguntó Pam.

La señora Wilson empezó a mostrarse molesta.

—No sé qué es lo que queréis y tengo una carga de ropa en la lavadora. ¿Queréis volver más tarde?

—Perdone, señora Wilson, pero tenemos que encontrar a Will —insistió Ann.

—¡Ay, Señor! —se lamentó la señora, suspirando—. Will se mete en muchos más conflictos desde que juega con ese Joey. —La señora Will se echó hacia atrás unos mechones de cabello que le caían sobre la frente y, mirando a Pam, dijo—: Will ha pasado por delante de casa hace unos minutos. Iba en dirección a casa de los Brill.

—¿Llevaba una caja en la mano?

La señora asintió.

—Si es la vuestra, decidle a Will que yo he dicho que os la devuelva.

Las niñas dieron las gracias a la señora Wilson y se marcharon inmediatamente.

La casa de Joey estaba al otro lado de la calle. Aún no habían llegado las niñas a la puerta, cuando un muchacho se aproximó a ellas, y les preguntó:

—¿Buscáis a Joey Brill?

—Sí —repuso Pam—. ¿Le has visto?

—Él y Will han salido en bicicleta en dirección al Parque

Municipal. Me han invitado a acompañarles para ver volar su helicóptero nuevo en el Gran Prado.

—Gracias —dijo Pam.

Las dos niñas se dirigieron inmediatamente a casa de los Hollister. Ann, muy preocupada, comentó:

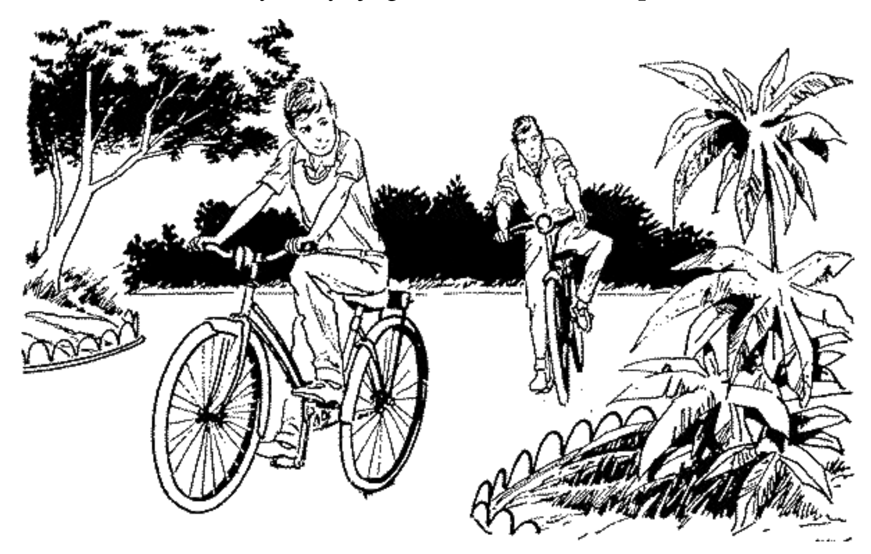
—¡Dios quiera que no rompan ese juguete tan bonito! Hay que avisar a tu hermano.

Pete y Alex, entre tanto, habían acabado de hacer los encargos. Al enterarse de lo que había pasado, Pete dijo:

—¡Qué jugarreta nos ha gastado Will! Vamos. Hay que ir al Parque Municipal. Las niñas se quedarán en casa. Nosotros arreglaremos el asunto.

Al cabo de media hora de pedalear sin descanso, cruzaron las arcadas de piedra del Parque Municipal, uno de los lugares favoritos de los habitantes de Shoreham y de los residentes en varias millas a la redonda. A los Hollister les encantaba aquel lugar para ir a merendar y muchas veces iban a comer allí, en las zonas en que podía encenderse fuego y prepararse bocadillos calientes.

Por la carretera se llegaba a una extensión muy llana. A ambos lados se veían cuestas suaves, cubiertas de pinos. La parte central se conocía por el nombre del Gran Prado. A distancia, en el centro del prado, Pete vio dos bicicletas, tumbadas en la hierba. Cerca de ellas se encontraban Will y Joey, jugando con el helicóptero.



—¡Hay que acudir allá en seguida! —dijo Alex, inclinándose sobre el manillar, con la intención de acelerar la marcha.

—¡No! ¡Espera! Si nos ven acercamos desde lejos, tendrán tiempo de escapar —contestó Pete, añadiendo que le parecía lo mejor dejar sus bicicletas entre los árboles y aproximarse sin dejarse ver.

Alex estuvo de acuerdo. Los dos amigos desmontaron y escondieron sus bicicletas entre unos abetos. De repente, oyeron un chasquido. ¡Algo ocurría entre los matorrales, a diez metros de los dos amigos!

—Eh, eh —cuchicheó Pete—. ¿Qué es eso? ¿Un ciervo?

Los dos chicos avanzaron en la dirección del sonido. No encontraron nada entre el denso follaje y, sin embargo, continuaron oyendo el extraño ruido, acompañado por lo que parecían pisadas de animal.

—No nos alejemos demasiado de las bicicletas —aconsejó Alex —. ¡No sea que no encontremos el camino de regreso!

Se detuvieron y miraron a su alrededor. Todos los rumores habían cesado y no había el menor signo de animales por allí.

—Vamos, Pete. Tenemos que conseguir que nos devuelvan el helicóptero —dijo Alex.

Los dos amigos dieron media vuelta y penetraron en una estrecha cañada. El suelo estaba resbaladizo y cubierto de musgo por las lluvias que habían caído poco antes. De repente, Pete gritó:

—¡Alex! ¡Mira esto!

En la tierra húmeda se veían varias huellas impresas.

—¡Chico! ¡Un monstruo con pies de tres dedos! —jadeó Alex.

—Y mira este otro. ¡Parecen dedos pequeños! Y están muy separados de los otros tres.

—¡Nadie que no lo vea podrá creer esto! —reflexionó Alex.

—Tenemos que sacar un molde de estas huellas —decidió Pete —. Alex, ¿recuerdas la cabina telefónica que hemos visto a la entrada del parque?

El otro asintió.

—Ve allí y telefonea a mi casa, mientras yo hago guardia aquí.

—Pero ¿qué hacemos con Joey y Will?

—Ahora no son tan importantes como esas huellas. Date cuenta

de que, como detectives, debemos reunir las evidencias. ¡Estamos sobre la pista del monstruo!

—¿Con quién quieres que hable por teléfono?

—Con Pam. Dile que traiga un poco de laca, un bote de café, con cemento y medio litro de agua. Ella sabe dónde está el cemento.

Los niños Hollister habían aprendido a tomar la impresión de una huella. Todo estaba ahora silencioso y el sol estaba muy bajo en el cielo. Pete tenía la esperanza de que su hermana llegase al parque antes de que hubiera oscurecido demasiado en aquel trecho de pinar.

Con gran sorpresa, vio que Alex y Pam aparecían mucho antes de lo que él había esperado.

—Me ha traído mamá, en la furgoneta —explicó Pam—. Y está esperándonos en la entrada. ¿De verdad has encontrado las huellas del monstruo, Pete?

—Pueden ser éstas —contestó su hermano, mientras empezaba a hacer preparativos para tomar las huellas.

Alex estuvo observando, mientras Pete rociaba con laca la huella y la dejaba secar unos momentos. Entre tanto mezcló el cemento y el agua, hasta obtener una masa espesa. Luego vertió aquella mezcla en las huellas.

—Ahora ya está —dijo—. Sólo tenemos que dejarlo secar.

—¿Y Joey y Will? —preguntó Pam.

—Veremos si todavía están en el prado —replicó Alex, y se alejó, para ir a comprobarlo. Volvió a los pocos minutos, anunciando—: ¡Ya se han ido!

—No os preocupéis; conseguiremos que nos devuelvan el helicóptero —afirmó el mayor de los Hollister.

Entonces el cemento ya se había secado lo bastante y Pete lo levantó de la huella.

—¡Zambomba! ¡Qué bien ha quedado! Me gustaría saber cómo es este monstruo.

Todos corrieron hasta la furgoneta, colocaron sus bicicletas en la parte posterior del vehículo y éste se puso en marcha. La señora Hollister condujo primero hasta la casa de los Kane, para dejar allí a Alex.

—Hasta la vista —dijo el muchachito—. Y gracias por traerme

hasta aquí. ¿Vendrán algún día a casa de visita?

—¿Qué te parece mañana? —preguntó Pete—. Después que llevemos esta impresión al oficial Cal.

Alex asintió, alegremente, y corrió al interior de su casa.

Los Hollister estaban tan emocionados por haber encontrado aquellas huellas que, al día siguiente, casi no lograron concentrarse en el trabajo de la escuela. Después de las clases, acudieron a toda prisa a casa para tomar las bicicletas e ir a las oficinas de la policía a ver al oficial Cal.

—Ha sido un gran trabajo, Pete —dijo el policía—. ¿Sabéis una cosa? El capitán entiende mucho sobre huellas de animales. Ha estudiado, mucha zoología. Le pediré que eche un vistazo a esto.

Los niños esperaron a que volviese Cal de una oficina interior.



—El capitán ha quedado atónito —dijo el oficial, reapareciendo —. Opina que esa pezuña con tres divisiones puede pertenecer a un hipopótamo. Pero ¿quién ha oído alguna vez decir que haya un hipopótamo en el Parque Municipal? Y de existir, tendría que ser liliputiense.

Cal pidió a Pete que dejase aquellas huellas en él departamento para que sirviesen de ayuda en los trabajos de investigación.

—Claro. Con mucho gusto —dijo el muchacho—. Para eso está el Club de Detectives de Shoreham, oficial Cal.

Luego habló al policía sobre el helicóptero de juguete.

—¿Y dices que Will Wilson todavía lo tiene?

—Sí —dijo Pam—. ¿No podría usted obligarle a que lo devolviera?

—Desde luego. Vosotros id en vuestras bicicletas a casa de Will y yo me reuniré allí con vosotros.

Cuando los Hollister detuvieron sus bicicletas ante la casa de los Wilson, llegó Cal en su coche oficial. Sin entretenerse, subió las escaleras y tocó el timbre. Los demás subieron tras él. El mismo Will salió a abrir, en compañía de Joey, que juntó las cejas y se estremeció, sorprendido.

—Bien, Will —dijo Cal, muy grave y severo—. ¿Dónde está el helicóptero que quitaste a Ann Hunter?

—De… dentro —tartamudeó Will.

El chico corrió al interior de la casa, para volver en seguida con el juguete metido en su caja.

—Sólo lo tomamos prestado —dijo Joey, saliendo en defensa de su amigo—. Ahora mismo pensábamos ir a devolverlo.

El policía cogió la caja y dio media vuelta, pero aún giró una vez la cabeza para preguntar, por encima del hombro:

—Joey, ¿has hecho tú esas huellas de animal en el Parque Municipal?

Los ojos del camorrista se iluminaron con un brillo maligno.

—Tal vez sí, tal vez no —contestó, desafiante, aunque se apresuró a entrar en la casa.

—No creo que él tenga nada que ver con eso —dijo Pete, mientras bajaban las escaleras.

—No estés tan seguro —terció Ricky.

Después de dar las gracias a Cal, los niños recorrieron calles y más calles, hasta llegar al barrio donde se encontraba la escuela Washington. En el patio encontraron a Alex.

—Hola —saludó el muchacho, acudiendo a su encuentro—. Acompañadme, que os enseñaré mi casa. Me alegro de que hayáis venido.

Los niños caminaron calle abajo, hasta detenerse ante la casa de los Kane.

—Vayamos por la parte posterior —dijo Alex, abriendo la marcha a través de un caminillo de césped, bordeado por dos arriates de plantas. En uno crecían flores y en el otro una hilera de lechugas, otra de tomates y otra de brotes verdes.

—Éstas son las estupendas judías de Kentucky plantadas por papá —explicó Alex—. ¡Chico, cómo han crecido!

En aquel momento salió al porche la señora Kane que miró severamente a su hijo, preguntando:

—Alex, ¿te has comido tú las natillas? Si lo has hecho, por lo menos podías haber empleado una cuchara.

SUE, EL BUÑUELO



—¿Qué natillas? —preguntó Alex, extrañado—. ¡Yo no me he comido ninguna natilla, mamá!

—Se estaban enfriando aquí, en el porche —dijo la madre—. Había hecho las que son tus favoritas, con muchos huevos.

—Puede que haya pasado un perro y se las haya comido —sugirió Holly.

—No, no —repuso la señora Kane—. Estaban demasiado altas.

Estaban hablando de las natillas, cuando se abrió la vidriera y apareció el capitán Kane.

—¿Qué? ¿Habéis resuelto el gran misterio de las natillas? —preguntó alegremente.

—Todavía no, querido, pero ya lo aclararemos —contestó su esposa, mirando fijamente a Alex.

El capitán Kane le dio un beso en la mejilla y dijo:

—Hasta luego. Me voy a trabajar.

—¿Se va usted a la central de bomberos? —inquirió Ricky.

—Nosotros nunca hemos estado allí —hizo saber Sue.

El capitán de bomberos movió de un lado a otro la cabeza, preguntando:

—¿De verdad? Bien. Venid conmigo, Alex y yo os llevaremos a hacer una rápida visita.



—¡Estupendo, zambomba! —dijo Pete, y todos se apilaron en él coche de los Kane.

Diez minutos más tarde el capitán aparcaba detrás de la central de Bomberos. Condujo a los niños por una puerta trasera, hasta un garaje donde había dos coches de bomberos antiguos. Eran muy grandes y tenían rasgado el cuero de los asientos.

—Caracoles y grillos… ¿No están un poco rotos? —dijo Ricky.

—Es que son viejos y ya no se utilizan —repuso el capitán Kane —. La verdad es que están en venta. ¿Queréis uno?

—¡Sí, sí! —gritó Holly con entusiasmo—. ¿Cuánto cuestan?

—Cuando tu padre esté dispuesto a comprar, discutiremos el precio. Por aquí. Vamos al cuarto de radio.

El capitán llevó a los Hollister a una gran estancia. Allí se sentaba un joven ante un gran tablero de mandos, rodeado por otros aparatos, incluso un micrófono. El joven levantó la cabeza y sonrió:

—Jim, te presento a los Hollister —dijo el capitán.

Pete se acercó al joven y, con curiosidad, preguntó:

—Si alguien quiere informar sobre un incendio, ¿llama aquí?

—Exacto. Yo anoto su nombre, el número telefónico y la dirección del lugar del incendio.

—Seguro que tiene usted llamadas muy angustiosas —dijo Pam.

—Procuro calmar a todo el mundo —contestó Jim—. Los bomberos deben conservar la calma, si quieren hacer bien su trabajo.

El capitán Kane dijo, con una risilla:

—Se origina una enorme actividad aquí en cuanto suena la alarma. Entonces todo se hace en un instante.

—¡Imaginaos! —terció Alex—. Salen de aquí doce hombres, en tres coches, tan de prisa, que tendríais que girar la cabeza tan veloces como un ventilador si queríais ver algo. Si alguien se atravesara a su pase, quedaría hecho papilla.

—¿Papilla? —repitió Sue, con los ojitos desorbitados.

—Sí. Hecho un buñuelo —insistió Alex.

El padre de este último condujo a sus acompañantes a través de otra puerta, hasta la sala principal.

—¡Ooooh! ¡Mirad! —se asombró Ricky, señalando un enorme coche rojo, con una gran escalera de metal montada en él.

—Esto es una grúa aérea con escalera —explicó el capitán Kane —. La parte de arriba funciona eléctricamente. Se despliega y va ascendiendo para que nosotros podamos llegar a los pisos más altos. —Señaló otro vehículo que había al lado—: Este coche lleva las mangueras, y aquel gran camión cuadrado que hay delante de la puerta es el coche de rescate. Lleva todo el equipo de salvamento, desde las redes y las caretas antigás, hasta una sierrecita que utilizamos para cortar los anillos de aquellas personas a quienes se les ha engordado demasiado el dedo.

—Se está usted burlando de nosotros —dijo Holly.

—¡No, no! Hablo en serio.

Mientras las niñas reían, el capitán abrió un armario empotrado y de una percha sacó un casco blanco de plástico, de bombero.

—¿Quiere alguien probárselo?

—¡Yo! —gritó Ricky—. ¡Miradme todos! Soy un jefe de bomberos. —El pequeño abombó el pecho y se colocó el casco en la cabeza—. ¡Eh, que no veo dónde estoy!

—¡Eres un bombero muy bobo! —rió Holly, librando a Ricky del casco que le había bajado hasta los ojos.

—Papá, ahora enséñales el ascensor de dirección única —pidió Alex.

El chico señalaba una gruesa barra de acero pulimentado, que se sujetaba en el techo del piso superior, y pasaba por el suelo de éste a través de un agujero.

—¡Dirección única! Para bajar sólo.

Los Hollister rieron.

—¿Podemos bajar por él? —preguntó Holly.

El capitán asintió, diciendo:

—Alex, llévales arriba y diles cómo se hace. Yo estaré abajo, por si acaso.

Los niños siguieron a su amigo por un gran tramo escaleras y a lo largo de un pasillo.

—Ahí está el cuarto de mi padre —dijo Alex—. Cuando tiene tumo de noche, duerme ahí.

Los niños miraron el interior del dormitorio, viendo que no tenía más que un escritorio, con una cama al lado. En el suelo, junto a la puerta, se veía un jersey marrón. Alex entró e invitó a los demás a pasar.

—¡Qué desorden! —dijo Holly, riendo y retorciéndose una trencita—. Todo está por el suelo.

Los pantalones del capitán se encontraban junto a la cama, con las perneras todavía metidas en las botas. Pam se había inclinado a recogerlos, cuando oyó a su espalda una voz profunda, que decía:

—¡Jovencita, deja eso donde está!

Pam giró en redondo, asombrada, y se encontró con un bombero muy alto, que la miró, sonriendo.

—Veréis muchas prendas tiradas por aquí —dijo él—. Pero están así para que sea posible vestirse más de prisa.



—¿Veis? —dijo Ricky, como quien todo lo sabe—. Los bomberos no son desaseados. Sólo son inteligentes.

—Será por eso por lo que tú dejas los pijamas en el cuarto de baño —bromeó Pete.

—Hablando en serio —dijo Alex—. Si suena la alarma, papá salta de la cama, metiéndose los pantalones y las botas al mismo tiempo. Mientras corre hacia la puerta, recoge el jersey. Abajo toma la chaqueta y el casco y ¡zaaas! ¡Ya se ha ido!

Alex les condujo a una gran sala de recreo, donde estaban sentados seis bomberos. Al lado había un dormitorio con hileras de camas muy pulcras. En una esquina se veía la barra de metal que descendía por un amplio orificio del suelo. Alex se agarró a la barra, diciendo:

—Así. Se apoya una pierna contra la barra y la otra pierna se coloca alrededor. Luego te dejas caer por ella, sin soltarla, y ya estás abajo. ¿Quién quiere ser el primero?

—Yo —dijo Pete. Se colocó tal como Alex había indicado y se deslizó hasta abajo.

—¡Muy bien! —aplaudió el capitán Kane—. Creo que todos

podéis hacerlo.

La segunda en bajar fue Pam. Tras ella fue Ricky y luego Holly.

—¡Vivaa! ¡Es como ser de aire! —exclamó Holly, mientras ponía los pies en el suelo.

Alex sostuvo a Sue hasta que la pequeña apretó sus gordezuelas piernas alrededor de la barra.

—Sujétate bien, ahora, Sue —le advirtió el muchacho, soltándola.

La pequeñita se sujetó con fuerza y empezó a descender lentamente, exclamando:

—¡Qué «divirtido»!

De repente sonó la alarma, penetrante, estremecedora.

Sue se sujetó con fuerza a la barra, demasiado asustada para moverse.

—¡De prisa, Sue! ¡Baja! —gritó Alex.

—¡No puedo! ¡No puedo!

Los bomberos corrieron a la barra, pero encontraron a Sue interceptándole el paso. El capitán Kane se puso inmediatamente en acción. Corrió a la resbaladiza barra y pasó un brazo alrededor de la pequeña.

—Vamos, muñequita —le dijo con dulzura—. ¡Baja!

Sue obedeció y un momento después aterrizaba, sana y salva. Mientras el capitán Kane apartaba del paso a la niña, los bomberos empezaron a deslizarse por la barra, uno tras otro, para saltar inmediatamente a los coches.

Las puertas se abrieron automáticamente y los vehículos salieron, veloces, a la calle.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Por poco lo estropeamos todo.

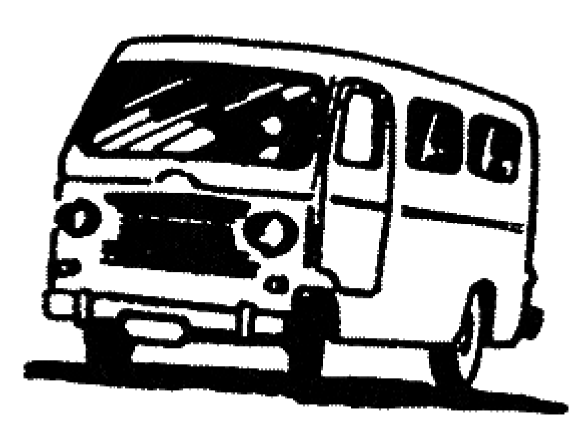
—Sue, ¿por qué no bajabas? —preguntó Pam, dando un abrazo a su hermanita.

—Porque no quería ser un buñuelo —declaró la chiquitina—. ¡Alex dijo que podías convertirte en una papilla cuando suena la «larma»!

Alex, que había acudido a la sala dé radio, volvió corriendo, anunciando:

—¡Eh, Pete! ¡El incendio es por vuestro barrio!

EL HOMBRE MISTERIO



—¡No! —exclamó Pam, asustada—. ¡Dios quiera que no sea en casa!

—¡Escarabajos! —gritó Ricky—. ¡Vamos en seguida!

Salieron, corriendo, del cuartelillo de bomberos, pero entonces se acordaron de que tenían las bicicletas en casa de Alex.

—¡Vamos al Centro Comercial! —decidió Pete—. A lo mejor Indy puede llevamos a casa.

El señor Hollister y su empleado acababan de salir a la puerta de la tienda cuando los niños llegaron.

—¡Debe de haber un incendio! —dijo Indy, contemplando los coches de bomberos, que se alejaban.

—Y es en nuestro barrio —anunció Pete—. Lo ha dicho Alex. Papá, ¿no podría Indy llevamos a casa?

—De acuerdo. La camioneta está en la parte trasera. ¡Subid a ella!



Pam llevaba a Sue de la mano, cuando los cinco hermanos corrieron a instalarse en el vehículo. Indy volvió la cabeza para asegurarse de que todos estaban bien sentados, antes de ponerse en marcha a toda prisa, detrás de las sirenas.

Sólo unos momentos tardó la camioneta del Centro Comercial en llegar a la zona residencial de la ciudad, próxima al lago. Las sirenas se oían cada vez más apagadas. Indy, siguiendo el mismo camino que los bomberos, embocó la calle en donde vivía Joey.

Todos abrieron los ojos con asombro ante lo que estaban viendo.

—¡Mirad! —exclamó Holly, estremecida—. ¡La casa de Joey está incendiada!

Salía humo por una de las ventanas del piso alto de los Brill. Los coches de bomberos se detuvieron en seco. Tres uniformados bomberos corrieron a una cercana boca de riego, arrastrando una manguera. Otros dos entraron en la casa, llevando al hombro extintores de espuma.

¡Pero lo más sorprendente era ver a los mismos Brill! En el primer peldaño estaba el señor Brill, con Joey echado en sus rodillas, y estaba dando al hijo una soberbia azotaina. Al lado se encontraba la señora Brill, dando una reprimenda a su travieso hijo.

—¡Canastos! Se lo tiene merecido —declaró Ricky.

—Vamos a averiguar qué ha pasado —dijo Pete.

Los niños corrieron a unirse al grupo de curiosos que se agolpaba ante la casa. Entre ellos estaba Ann Hunter.

—Joey encendió un petardo en su habitación. Iba a arrojarlo por la ventana, pero se enredó en las cortinas —explicó Ann.

Un bombero ordenó que todo el mundo se retirase, mientras otro levantaba una manguera y arrojaba agua a la ventana, desde fuera.

Pronto tronó la voz del capitán Kane, diciendo:

—Muy bien. Ahora en marcha. El incendio está sofocado.

—Vámonos —apremió Indy—. No hay nada más que ver.

—Yo quiero ver si siguen dando azotes a Joey —dijo Ricky.

—Vamos, vamos —protestó Pam, cogiendo a su hermano de la mano—. Joey ya tiene bastantes complicaciones, sin necesidad de ver que nos reiríamos de él.

Indy llevó a todos a casa de Alex, para recoger las bicicletas y dejar allí al hijo de los Kane, antes de conducir a los Hollister a su casa, a orillas del Lago de los Pinos.

Aquella noche, durante la cena, todo el mundo habló del incendio, hasta que Pete sacó a relucir la conversación sobre el monstruo, diciendo:

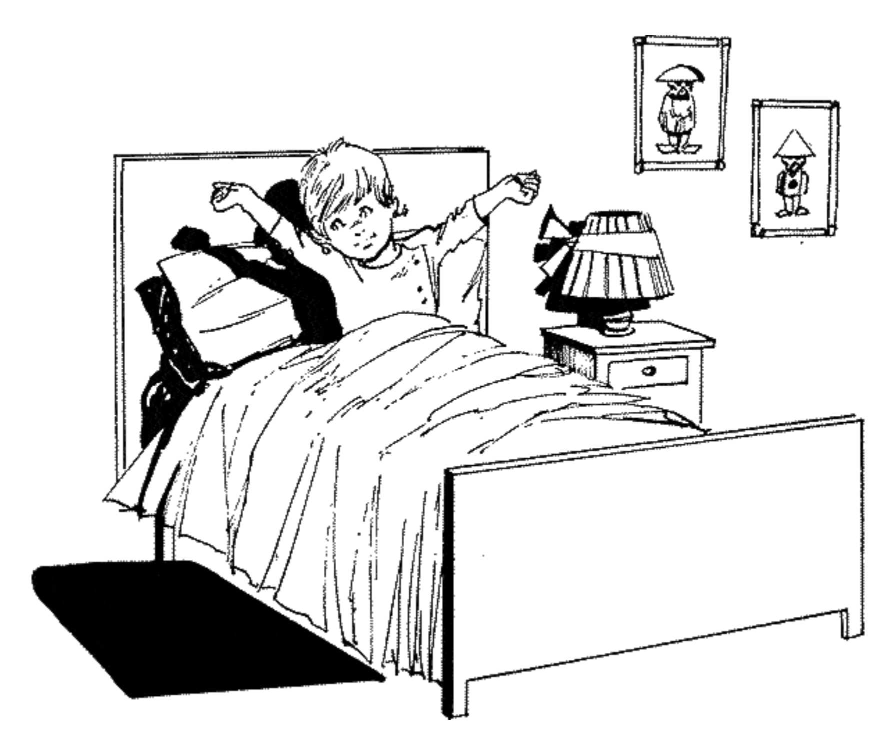
—Vayamos mañana al Parque Municipal. A lo mejor podemos encontrar algunas pistas, para añadir a las huellas.

Antes de que los niños se hubieran acostado, empezó a llover.

—Ya podemos quedamos en casa —dijo Pam, desencantada—. La lluvia borrará todas las pistas.

—Pero puede hacer pistas nuevas —apuntó Holly, mientras se arrellanaba en la cama.

—«Probecito» monstruo —se compadeció Sue, bostezando—. Solito por la noche y mojándose…



El día siguiente amaneció brillante y despejado. En la escuela Pete se encontró con que Dave seguía enfermo con el resfriado.

—Es una pena —comentó con Pam, mientras caminaban hacia su casa—. No podrá ayudamos en la búsqueda de hoy.

—A lo mejor puede acompañarnos Alex —sugirió Pam.

Pero Alex tenía cosas que hacer y no pudo reunirse con ellos. De modo que Pete y Pam marcharon solos camino del parque. Pedalearon por la carretera durante largo rato. Luego se desviaron, tomando un sendero.

—Está muy fangoso —observó Pete—. Será mejor dejar aquí las bicicletas.

Desmontaron y arrastraron las bicicletas lejos del camino, hasta dejarlas bajo un árbol.

—Iremos atajando por los pinares, hasta el lugar en donde tomamos las huellas —propuso Pam—. No está lejos.

Situándose en dirección paralela al camino, los dos hermanos empezaron a avanzar entre la densa arboleda. Todo estaba sombrío. Sólo unos débiles rayos de claridad se filtraban entre el follaje. Las hojas y el suelo conservaban humedad, después de la fuerte lluvia.

Pete y Pam inspeccionaban atentamente el terreno, según avanzaban, pero no descubrieron la menor pista del monstruo. De repente Pete se detuvo, como helado. Hizo señas a su hermana y giró sobre sus talones.

—Me ha parecido oír algo —cuchicheó.

Los dos hermanos contuvieron la respiración y atisbaron entre el follaje. Una ardilla pasó, corriendo, junto a un árbol. Aparte de eso, seguía reinando el silencio. Pete se encogió de hombros, diciendo:

—He debido de equivocarme.

Sigilosos, los dos hermanos siguieron avanzando, abriéndose paso entre las ramas caídas.

¡Otra vez un ruido! Esta vez fue un suave crujido. Pam no pudo contener un gritito.

Atisbando por encima de unos arbustos…, ¡había un hombre pequeño y flaco! Tenía los ojos oblicuos y el cabello negro y brillante.

Fue el hombre el primero en hablar, con una voz cantarina:

—¿Puedo preguntaros qué buscáis?

Pete y Pam le miraron, sin hablar. Cuando el desconocido salió de detrás de las matas, pudieron ver que era muy bajo, y delgado y llevaba un traje de verano.

—No tengáis miedo —dijo él extraño hombrecillo, sonriendo—. ¿Estáis buscando al monstruo?

—¿Qui… quién es usted? —tartamudeó Pete.

Pero, antes de que el otro hubiera tenido tiempo de contestar, un penetrante silbido surcó el aire.

—¡Eh, Pete! —llamó la voz de Alex.

Los Hollister dieron media vuelta y se encontraron ante su amigo, que corría hacia ellos.

—Como he terminado pronto, pensé que…

Pete hizo una seña a Alex, cuchicheando, al mismo tiempo, con voz ronca:

—¡Mi… mira a ese hombre!

Y señaló el lugar en donde había estado el desconocido. Pero ¡el hombrecito se había marchado!

—¿Un hombre? —preguntó Alex—. Estás soñando.

—No, no —intervino Pam—. Es cierto. Había un hombre

pequeñito, con un traje de verano, de color marrón.

—Sí, claro. Medía medio palmo y tenía orejas puntiagudas.

Pete no hizo el menor caso de la burla y tomó a su hermana del brazo, diciendo:

—¡Vamos! Tiene que estar en alguna parte.

Mientras los dos hermanos miraban tras los árboles y matorrales, Alex comprendió que los Hollister hablaban en serio.

—¿Quién era? —preguntó, con extrañeza.

Pete se encogió de hombros, contestando:

—No tengo ni idea. Nos ha dado un buen susto, saliéndonos, de repente, al paso.

—¿Crees que era el monstruo?

—Es difícil. —Pete sonrió—. Pero sí puede ser él quien finja que existe un monstruo.

—De momento, nosotros le llamaremos el hombre Misterioso —decidió Pam.

—Entonces, ya tenemos dos. Hay otro en vuestra casa, que está esperándoos —informó Alex—. Nunca he visto un hombre tan alto. ¡Lo menos mide dos metros!

—¿Qué será lo que quiere? —murmuró Pam.

—No hay más que un modo de saberlo. ¡Vamos en seguida! —repuso Pete.

Los tres corrieron a buscar sus bicicletas y pedalearon briosamente, camino de casa. De repente vieron a Joey y a Will que, montados en bicicleta, daban vueltas lentamente, alrededor de un gran charco, en el centro de la calzada.

—Vaya. ¡Eso es lo que nos faltaba! —se lamentó Pam.

—Mira quiénes vienen —dijo Joey, burlón.

—¡Qué prisa tienen! —replicó Will—. ¿Adónde vais?

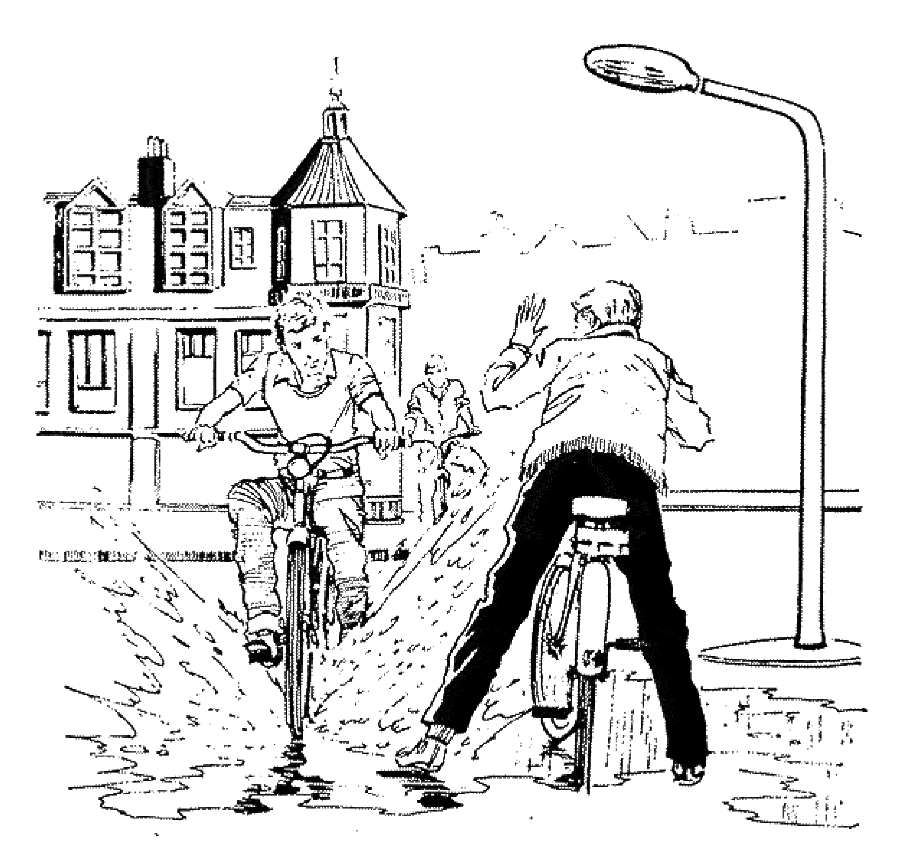
—A ti no te importa. ¡Quítate del paso! —ordenó Alex.

Will atravesó su bicicleta y se colocó a horcajadas en ella, con los pies en el suelo, para mantener bien el equilibrio. Joey se situó detrás de su amigo.

—¡Deteneos! —gritó.

Pete tomó una decisión rápida.

—¡Adelante en línea recta! —ordenó.



Pam y Alex pedalearon tras él, chapoteando eh el agua las ruedas de sus bicicletas.

Los dos camorristas prorrumpieron en protestas cuando se vieron salpicados de barro.

—¡Me las pagaréis! —vociferó Will.

Y, tras acomodarse en su bicicleta, hizo un rápido viraje alrededor del charco. Pero las ruedas resbalaron en el terreno húmedo.

—¡AAYYY! —gritó.

¡Cayó de lado y fue a parar a las fangosas aguas!

PLATILLOS VOLANTES



Joey Brill salió en persecución de Pete, Pam y Alex, pero en seguida cambió de idea y volvió junto a su amigo Will, que estaba ya en pie, junto a su bicicleta, intentando sacudirse el agua que le empapaba.

Los Hollister y su amigo pedalearon con rapidez, evitando todos los charcos del camino. Pam era quien más curiosidad sentía respecto al desconocido visitante que les estaba esperando.

—A lo mejor tiene algo que ver con la nueva biblioteca de juguetes.

—O puede ser un periodista de algún diario —opinó Alex.

—Debemos llegar antes de que se marché —dijo Pam, acelerando la marcha.

Pero, de repente, notó presión en los pedales y se produjo un ruido metálico. Pam supo al momento lo que había sucedido. ¡Se le había roto la cadena de la bicicleta!

Se detuvo para mirar la cadena que estaba enredada en la rueda trasera.

—¡Ahora que tenemos tanta prisa! —murmuró, suspirando.

Pete y Alex dieron media vuelta y desmontaron junto a la

averiada bicicleta. Pete desenredó la cadena y la guardó en la cesta que llevaba en el manillar.

—Adelantaos vosotros —dijo la niña—. Yo iré andando.

Antes de que Pete hubiera tenido tiempo de contestar, Alex se había colocado en el centro de la calzada, haciendo señas para que se detuviera un camión que llegaba hacia ellos. El conductor hizo lo que el muchachito deseaba y se asomó por la ventanilla.

—¿Te ocurre algo?

Alex explicó lo que les había sucedido y preguntó al hombre si tenía un poco de cuerda que pudiera darles. El camionero abrió un cajoncillo del vehículo y sacó un rollo de cuerda trenzada.

—Creo que esto os servirá —dijo—. Es muy dura. No se os romperá.

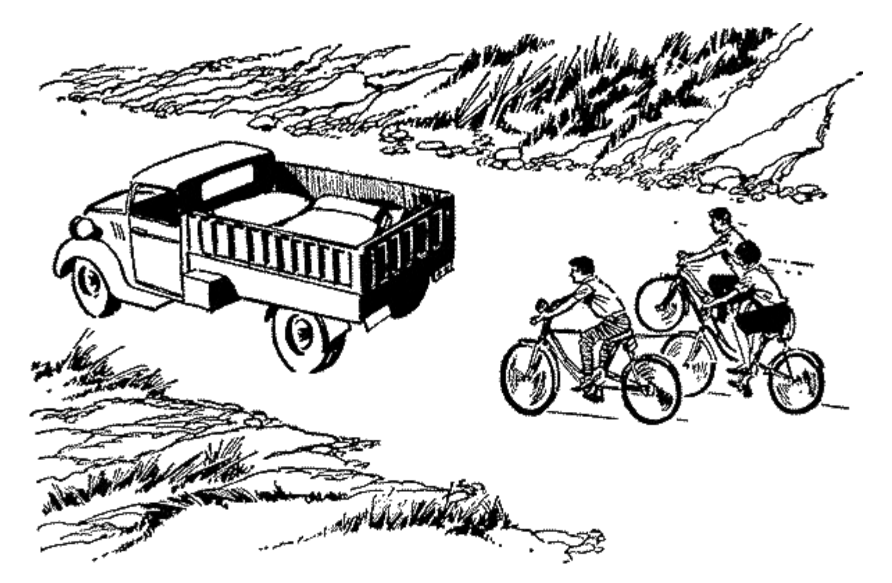
Alex dio las gracias al hombre y se volvió a Pam.

—¡Después de todo, lo que vamos a hacer es llevarte en vehículo gratuitamente!

El chico pasó la cuerda por el ángulo delantero de la bicicleta de Pam y ató cada extremo al ángulo posterior de las otras bicicletas, Pam volvió a montar y los dos chicos pedalearon, lentamente al principio, para que la cuerda no se rompiera.

Pam se divirtió mucho, viéndose remolcada carretera adelante. El viento hacía ondear su melena.

—Me da la impresión de que soy un carro y vosotros los caballos —dijo.



Al entrar en el camino del jardín de los Hollister, los tres pudieron ver aparcado allí un coche muy extraño.

—Me alegro de que no se haya ido todavía —dijo Pam, acelerando el paso.

—Ha sido una suerte —repuso Alex—. Pero yo no puedo quedarme. He prometido a mamá recortar la hierba del patio. Hasta la vista.

Alex volvió a pedalear y los dos hermanos Hollister entraron en la casa a toda prisa. En la sala encontraron a su madre hablando con un señor. Cuando éste se puso en pie, para saludarles, Pete y Pam quedaron maravillados de su estatura. Alex no había exagerado. Aquel hombre parecía sobrepasar los dos metros de alto. Tenía el cabello gris en las sienes y llevaba gafas de montura gruesa y oscura. Vestía pantalones color caqui, camisa deportiva y un ancho cinturón metálico, con un monograma en la hebilla.

—Hijos, os presento al señor Edward Baker. Ha venido desde Nueva York para hablar con vosotros.

—Mucho gusto, señor Baker —dijo Pam.

Pete alargó una mano, que al momento se perdió dentro de la palma gigantesca del señor Baker, que sonrió a los niños y volvió a sentarse.

—De modo que éstos son sus detectives, señora.

—Sí —dijo la madre de los Hollister—. Dedican mucho tiempo a resolver el misterio del monstruo.

—¡El monstruo! —exclamó Pete—. ¿Por eso ha venido usted, señor Baker?

El hombre sonrió.

—Bien… Puede decirse que yo también soy investigador. Pero no deseo que me atormentéis con preguntas. No puedo decir nada sobre mi trabajo. Tan sólo puedo informaros de que se me ha asignado la tarea de buscar vuestro monstruo.

—¡Zambomba! Este caso está resultando cada vez más importante.

—Cierto —asintió el visitante—. Y el Club de Detectives puede resultarme de gran ayuda.

El señor Baker escuchó atentamente, mientras Pete y Pam le contaban cuanto sabían.

—El hacer el molde de esas huellas ha sido un detalle muy sensato —alabó el señor Baker—. Es avanzar un gran paso en el camino para encontrar al monstruo. ¿Sabéis de algún otro detalle misterioso que haya estado ocurriendo por aquí?

Los dos hermanos quedaron pensativos unos momentos y, al fin, Pam dijo:

—La casa de Joey se incendió, pero eso no es ningún misterio. Y alguien se comió las natillas que la señora Kane puso a enfriar en el porche.

—¿Qué es lo que has dicho sobre unas natillas?

—Pues… No creo que tenga mucha importancia —replicó Pam —. Algún niño goloso se debió de comer toda la fuente de natillas con los dedos.

El señor Baker sacó del bolsillo un cuaderno de notas y escribió algo en él. Pete, sonriendo, preguntó:

—¿Son una pista importante las natillas de la señora Kane?

—Tal vez sí, tal vez no —dijo el investigador, poniéndose en pie.



—¿No se queda a cenar con nosotros? —ofreció la señora Hollister—. Me gustaría que conociese a mi marido.

—Tal vez en otra ocasión —contestó el visitante, que se volvió a los niños, y añadió—: Bien. Creo que tengo toda la información: la cara en la ventana del sótano, las huellas en el bosque, los sonidos entre la maleza y el hombrecito minúsculo que habéis visto.

—Y no se olvide usted de las natillas —dijo Pam, riendo.

—No, no. Ya lo he apuntado en el cuaderno —contestó el señor Baker, sonriendo, también—. Me hospedo en el Motel Vistalago, donde estaré unos cuantos días. Os agradeceré que os pongáis en contacto conmigo, si averiguáis algo más.

—Precisamente cuando pasamos delante de ese motel, hace un rato, fue cuando a Pam se le rompió la cadena de la bicicleta —comentó Pete.

—Dejadme ver esa cadena —pidió el señor Baker.

Salió de la casa con los dos hermanos y Pete le mostró la parte rota.

—Yo os la arreglaré —se ofreció el simpático gigante—. ¿Dónde tenéis las herramientas?

—En el garaje —contestó Pete.

Cuando se aproximaron al banco de carpintero, el señor Baker se asombró de encontrar allí al burro «Domingo».

—Lo trajimos del Oeste, hace ya algún tiempo —explicó Pete—. Es un burro muy simpático.

—Celebro que os gusten los animales —dijo el investigador, acariciando a «Domingo», antes de empezar a seleccionar las herramientas.

Pam llevó su bicicleta al garaje y el señor Baker la reparó en un santiamén. Luego estrechó la mano a los dos niños, se metió en su coche y desapareció.

Cuando sus hijos entraron en casa, la señora Hollister comentó:

—El señor Baker me parece casi tan misterioso como el monstruo.

—¿Te ha dicho a ti para quién trabaja? —preguntó Pam.

—No. No me lo ha dicho.

—De todos modos, yo confío en él —declaró Pam—. Le gustan los animales.

Cuando Pete y Pam estaban terminando los deberes, aquella noche, sonó el teléfono. El que llamaba era Joey Brill.

—¿Qué quieres, Joey? —preguntó Pete.

—Tenía noticias que daros, pero vosotros no os detuvisteis a escucharme —dijo el chicazo, en tono de persona importante.

—Bueno. Dámelas ahora —contestó Pete.

—No. No lo haré —repuso Joey—. Os habéis perdido algo importante. Tendréis que esperar para enteraros.

A pesar de sí mismo, Pete sintió gran curiosidad.

—¿Tiene algo que ver con el monstruo?

—De modo que ahora querrías saberlo, ¿eh? —se burló Joey—. Ya os enteraréis de todo mañana, por el periódico.

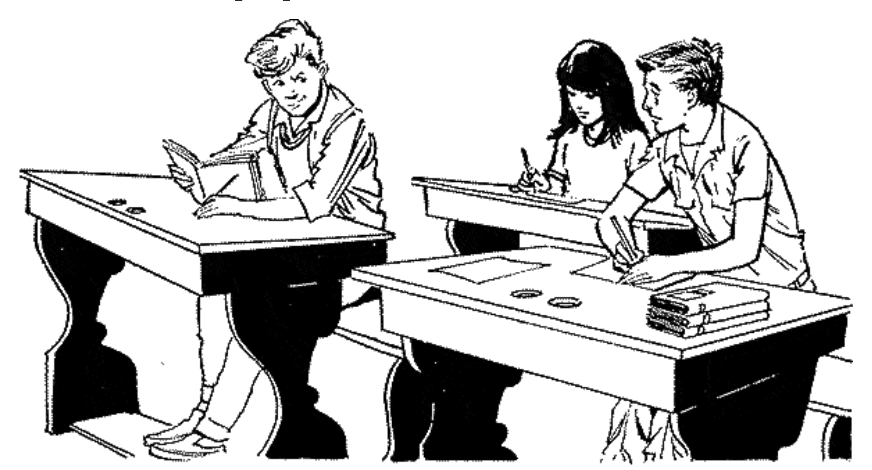
Y sin decir más, el camorrista colgó.

Cuando Pete se lo contó a Pam, ella se encogió de hombros.

—Seguramente estaba fanfarroneando —dijo la niña.

—No sé, no sé. Puede que haya averiguado algo muy importante.

A la mañana siguiente, en la escuela, ni Joey ni Will Wilson dirigieron la palabra a Pete. No hacían más que mirarle y reír, en silencio, cada vez que podían.



«¿Qué será lo que traman?», se preguntaba Pete.

Pero hasta después de comer no se enteró de la verdad. Al volver a la clase vio un grupo de alumnos que rodeaban a los camorristas. Hasta la maestra sonreía a los chicazos.

—¿Estáis seguros de que fue eso lo que visteis? —les preguntó la señorita Hanson.

Joey había atraído la atención de todos y Pete nunca le había visto tan complacido.

—Desde luego. Todo es verdad —dijo, gravemente—. ¿Eh, Will?

Will levantó una mano, como si estuviera prestando juramento.

—Y eso demuestra que, en resumidas cuentas, nosotros somos más listos que los Hollister —afirmó.

Pete no sabía qué hacer. Sintiéndose un poco apurado, se acercó a los chicos y dijo:

—¿Podéis explicarme a qué viene esto?

—Pero ¿es que no te has enterado? —dijo la señorita Hanson, ofreciendo a Pete un periódico.

Al leer los titulares, Pete notó un gran aturdimiento. En grandes letras se informaba: PLATILLOS VOLANTES. DAN LA

INFORMACIÓN UNOS MUCHACHOS DE SHOREHAM. Y en letra más pequeña se añadía: «Se comenta que el monstruo de Shoreham pueda ser una criatura espacial».

Pete estaba atónito. Leyó la información y contempló largo rato una gran fotografía que mostraba un objeto borroso por encima del Lago de los Pinos. Con la cámara de Joey, éste y su amigo Will habían tenido la serenidad necesaria para tomar la fotografía de tan extraño fenómeno.

Joey estaba dando explicaciones a los compañeros, que le escuchaban entre murmullos de admiración.

—Vimos esa cosa aterrizando en la orilla del lago. Algo salió fuera, arrastrándose.

—Sí —añadió Will—. Luego hubo un relámpago cegador y desapareció.

—No existen platillos volantes —declaró Pete.

Todos sus compañeros se rieron de él. Y hasta la maestra dijo:

—No puedes estar seguro de eso, Pete.

Sonó el timbre entonces y todos los estudiantes ocuparon sus puestos. Al pasar junto a Pete, Joey dijo, en voz alta:

—¡No querría entrar en vuestro birrioso club de detectives, ni aunque me hicierais miembro honorario!

Pete estaba indignado. «¿Por qué se creerán todos esa mentira?», se preguntó.

A la hora de salir de la escuela todos estaban enterados de la gran hazaña de Joey y Will, y cuando el señor Hollister llegó del Centro Comercial, a la hora de cenar, estuvo hablando del extraño suceso con su esposa y los niños.

—La mitad de Shoreham cree esa historia —dijo, sacudiendo la cabeza.

—¿Puede tratarse de una fotografía trucada? —preguntó la señora Hollister.

—No creo que el periódico hiciera una cosa así —repuso su marido—. Son gente honrada.

—A lo mejor lo han hecho Joey y Will —declaró Ricky, arqueando las cejas.

Después de la cena, los niños salieron a jugar a la orilla del lago. Holly se instaló en la barca de remos y remó entre las algas,

buscando ranas. Ricky se sentó en el embarcadero, con la caña de pescar, esperando que algún pez picara. Hubo un pez rueda que estuvo mordiendo el hilo, haciendo subir y bajar la caña, pero no llegó a acercarse al anzuelo.

Ricky se concentró en la pesca, esperando tener suerte, pero al cabo de un rato levantó la cabeza. Al instante ahogó un grito de sorpresa. Dejando caer la caña, corrió a la casa.

—¡Lo he visto! —gritó, subiendo a grandes saltos las escaleras—. ¡Papá, lo he visto! ¡Un platillo volador!

UNA PRECIOSA MUÑECA



El señor Hollister abrió la puerta, preguntando:

—Pero ¿qué es lo que…?

—¡Ricky ha visto un plato volando! —anunció Sue, que no había comprendido nada, dando saltitos de entusiasmo.

El señor Hollister cogió a su hijo de la mano, le llevó a la sala y le sentó en sus rodillas.

—Vamos, Ricky. No me gusta que inventes tonterías. Dime, exactamente, qué es lo que has visto.

Todos, menos Holly, que seguía cazando ranas en el lago, se arremolinaron en torno a Ricky. El pequeño estaba sin aliento.

—Os lo explicaré… Yo estaba pescando peces rueda, y miraba como el anzuelo subía y bajaba en el agua, y entonces… ¡Estaba allí! ¡Un platillo volante muy grandote, que flotaba en el agua del lago!

—Puede que fuese sólo una tortuga —apuntó Pete.



—¡No, no era eso! —protestó el pequeño—. Era más grande que nuestra barca.

En aquel momento, los Hollister oyeron que su barca de remos chocaba en el embarcadero, Holly cruzó el césped a la carrera y entró en la casa. Se detuvo en la puerta de la sala, sorprendida al ver a todos rodeando a Ricky.

—¿A que no sabéis lo que he visto? —dijo.

—Un plato que volaba —contestó Sue—. Ricky también lo ha visto.

Holly arrugó la naricita y se retorció una trenza con la mano izquierda. De improviso alargó la mano derecha ante la cara del señor Hollister. En ella llevaba un gran renacuajo con patas y rabo.

—Éste es mi monstruo —dijo, muy orgullosa.

Todos se echaron a reír y la señora Hollister dijo:

—Este renacuajo será una rana, mañana, si lo dejas irse.

—Está bien. —Holly dio media vuelta, disponiéndose a volver al lago, pero se detuvo, indecisa, para acabar preguntando—: ¿Por qué tienes a Ricky en tus rodillas, papá? ¿Es que le vas a pegar?

El mismo Ricky repuso:

—Estaba hablando a papá del platillo volante que he visto.

—¡Bah! Estás soñando —repuso la niña, corriendo al embarcadero, donde dejó el renacuajo para que volviera al agua—. Adiós, renacuajito. Mamá dice que mañana ya serás mayor.

A pesar de que en casa nadie creyó la historia de Ricky sobre el platillo volador, todos los compañeros de clase le escucharon con interés. ¡Todos le creyeron!

Incluso el mismo Joey Brill. Ante la gran sorpresa de Ricky, el camorrista le pasó un brazo por los hombros, como si fueran viejos camaradas, y no cesó de repetir:

—Claro, claro. Lo que tú describes es, precisamente, lo que nosotros vimos.

Pete y Pam no sabían qué hacer con respecto a su hermano.

—Debe de ser una especie de… de ilusión —musitó Pam.

—Puede que le diera el sol en los ojos, o algo así —dijo Pete—. ¡Zambomba! Espero que no lleguen a enterarse de esto en el periódico y empiecen a hacer preguntas a Ricky.

Pero eso fue exactamente lo que sucedió. Lo que Ricky había contado corrió de boca en boca por todo Shoreham. El periódico salió con otros grandes titulares: OTRO MUCHACHO VE UN PLATILLO VOLANTE. ¿ES QUE EL LAGO DE LOS PINOS RESULTA UN PARAISO PARA CRIATURAS EXTRATERRESTRES?

La mayor sorpresa llegó cuando toda la familia se encontraba ante el televisor, escuchando las noticias. El locutor estuvo hablando del monstruo de Shoreham y de los platillos volantes, y dio los nombres de Joey, Will y Ricky.

—¿Habéis oído? —gritó Ricky, dando una voltereta en la alfombra de la salita.

—Eres un presumido —le respondió Pam—. Ya verás cuando se enteren de que has visto visiones…

Cuando terminó el programa, el señor Hollister tomó el periódico diciendo, con una sonrisa:

—Por lo menos el monstruo ha servido para hacer aparecer a Shoreham en el mapa.

Al día siguiente era sábado. Después del desayuno, Pam recibió la llamada telefónica de una señora que se presentó como señora Eider. Vivía en la carretera, a cosa de un kilómetro de los Hollister.

—¿No es terrible todo eso de los platillos volantes y los seres de otro mundo? —Y sin esperar el comentario de Pam, añadió—: Pero no te llamaba para eso.

La señora explicó que tenía una linda muñeca vienesa que iba a dar para ampliar la biblioteca de juguetes.

—La verdad es que soy demasiado vieja para jugar con la muñeca —prosiguió—. Aunque sí me gusta contemplar la muñeca, de vez en cuando. Pero habrá niñas que jugarán muy contentas con ella. ¿Querrás venir a buscarla, Pam?

—Sí, sí —replicó Pam—. Esta tarde, señora Eider. Y gracias.

Después de terminar los trabajos de la mañana en la casa, hicieron una deliciosa comida de bocadillos de carne asada. Después, Pam y Holly se dirigieron a casa de la señora Eider. Ésta vivía sola en una casita pequeña, que se encontraba en el centro de una gran finca, llena de árboles, próxima al lago.

Pam tocó el timbre y salió a abrir la misma señora Eider.

—Ah. Entrad, niñas —dijo, señalándoles un gran sofá de terciopelo verde que se encontraba en la sala.

Luego abrió la tapa de una mesa escritorio que estaba en el otro extremo de la sala.

—Aquí está la muñeca de que os he hablado —dijo, mostrando la muñeca más linda que Holly había visto nunca.

Tenía la cara de porcelana, pintada con delicadeza, y el pelo rubio, recogido en la coronilla, en un aristocrático moño. Su vestido era de seda amarilla y los pantalones largos, de damita antigua, estaban rematados con encajes.

Después que Holly contó el número de volantes por tercera vez, y desató y ató los cordones de los relucientes zapatitos de cuero, las dos hermanas se levantaron para marcharse.

—Muchas gracias, señora Eider —dijo Pam.

—Podéis volver cuando gustéis —dijo, sonriente, la mujer—. Y otra cosa: mucho cuidado con los merodeadores.

—¿Es que ha ocurrido algo, señora Eider?

—Pues ayer, a plena luz del día, desapareció de mi porche una docena de huevos.

Pam y Holly se miraron. ¡Otro robo inexplicable!

—Los dejó el lechero —siguió diciendo la señora Eider—, pero

yo no encontré más que el estuche y unas cuantas cáscaras.

—Tendremos mucho cuidado —prometió Holly—. Y gracias, otra vez, señora Eider.

Las dos niñas salieron de la casa y anduvieron por el borde de la calle que, en aquel trecho, no tenía aceras. Pam levantó la cabeza cuando pasaban ante el patio trasero de la señora Eider y sus ojos se fijaron en la hilera de árboles del fondo de la propiedad. De pronto se detuvo en seco.

—¡Holly, mira!… ¡Mira allí!



—¡Un hombre! —exclamó la hermana menor, sin aliento.

Las dos niñas pudieron ver un rostro que atisbaba desde detrás de un árbol, en el fondo del bosque.

—¡Holly, estoy segura de que es el mismo que Pete y yo vimos en el Parque Municipal!

—Puede que él se llevase los huevos —reflexionó Holly—. ¡Dios quiera que no nos persiga!

Las dos hermanas aceleraron el paso y, medio andando, medio corriendo, llegaron pronto a su barriada, que les pareció muy segura y acogedora.

—Confiaba en que vinierais pronto —dijo la señora Hollister al verlas entrar, y explicó a sus hijas que la señora Kane había telefoneado invitando a ella y las niñas a ir a la biblioteca para

tomar el té—. He dicho que estaríamos allí dentro de un rato. Vamos, hijas, que papá nos deja el coche.

Pam y Holly, imitadas por Sue, subieron al vehículo y su madre condujo a través de la ciudad, camino de la escuela Washington.

Pam mostró a su madre él camino para entrar en el edificio. A la puerta de la biblioteca les esperaba la señora Kane.

—Hola, señora Hollister —saludó la madre de Alex—. Bien venida al edificio de nuestro proyecto.

Otras dos señoras estaban ayudando, colocando los diversos juguetes en estanterías y escribiendo tarjetas de ellos para abrir un fichero. En el centro de la mesa había una tetera, tazas, platos y rebanadas de pastel.

Al ver la muñeca vienesa, la señora Kane levantó los brazos y exclamó:

—¡Qué linda! No será para la biblioteca, claro…

—Sí. Lo es —dijo Holly, sonriente.

Al enterarse de quién era la donadora de la muñeca, la señora Kane decidió:

—Escribiré una nota a la señora Eider para darle las gracias. Es una persona muy atenta. Prestaremos esta preciosidad de muñeca únicamente a las niñas que hayan demostrado saber ser cuidadosas con los juguetes.

Sue señaló un estante bajo, donde había una muñeca caminadora.

—¿Puedo jugar con ella, mamita?

—Pero, hija, si la biblioteca aún no está inaugurada.

La señora Kane se echó a reír, diciendo:

—No tiene importancia. Y la niña estará entretenida, mientras tomamos el té.

Después de dar cuerda a la muñeca, se la pasó a Sue. La niña dejó en el suelo a la muñeca, que empezó a andar.

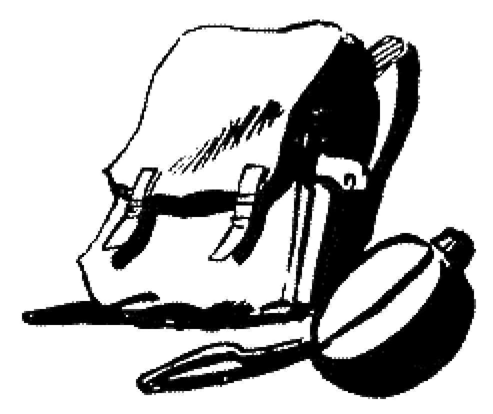
—¡Mira, mami, quiere salir de la habitación! —palmoteó Sue, entusiasmada.

La muñeca sonreía, orgullosa, mientras cruzaba la puerta.

—¡Eh, eh, vuelve aquí! —llamó la pequeña.

Pero la puerta estaba bloqueada por un chicazo, y ¡BANG! De un empellón, Sue quedó sentada en el suelo.

MISIÓN PELIGROSA



Al principio Sue quedó demasiado sorprendida para llorar. Pero después que su madre la levantó del suelo, estalló en sonoros llantos que retumbaron en toda la habitación, mientras por las mejillas le resbalaban gruesos lagrimones.

—Creo que está más asustada que dolorida —observó la señora Kane. Y mirando al chico que estaba en la puerta, dijo, severa—: Deberías tener más cuidado.

—¡Joey Brill! —exclamó Pam—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería ver la biblioteca.

—Pues para eso no tenías que atropellar a la pobre Sue —reconvino Pam.

Entretanto, las señoras miraban, sorprendidas, al poco educado Joey, que replicó de mal humor:

—No la he visto.

—¿Traes un juguete para la nueva biblioteca? —preguntó Holly.

Joey movió la cabeza negativamente y avanzó un paso para entrar en la habitación.

—No. Quiero llevarme uno prestado. ¿Tienen platillos volantes?

—Lo siento, pero la biblioteca aún no está inaugurada —

contestó la señora Kane, amablemente.

Joey no supo qué decir. Se puso rojo como un pimiento morrón y apretó los labios. Sin decir una palabra más, dio media vuelta y salió corriendo de la escuela.

—De modo que éste es el chico que vio los platillos volantes —comentó la señora Kane—. Bien. Yo no estoy muy convencida.

Después de haber comido cada una un trozo de pastel, Pam y Holly salieron al patio de juego. Iban a reunirse con otras niñas que ya estaban jugando en la arena, cuando llegaron Alex, Pete y Dave Meade en sus bicicletas. Dave tenía doce años y el cabello lacio.

—Hola, Dave —saludó Pam—. ¿Ya estás bien del resfriado?

—Sí. Y me aburría mucho en casa.

—Ha ocurrido algo emocionante —anunció Pete, aproximándose a hablar con su hermana—. ¡El señor Baker me ha enviado una carta!

Del bolsillo de la camisa sacó una carta que tendió a Pam. Ella leyó lo siguiente:

«Apreciado Pete: He estado preguntándome si vuestro Club de Detectives habrá estado inspeccionando por la Montaña Mirador y por el Gran Prado. Vuestro amigo, Ed Baker».

Pam leyó la nota varias veces, antes de decir:

—Esto es muy misterioso, Pete. Y también puede ser peligroso.



—He pensado que podríamos ir los chicos mayores, Alex y yo, mañana, al salir de la iglesia —contestó el mayor de los Hollister.

La Montaña Mirador se elevaba, muy empinada, en el extremo norte del valle. Los alpinistas, a veces, usaban cuerdas para escalar los abruptos acantilados. Pete recordó que había dos senderas rocosos que conducían a lo alto, pero era precisó recorrer varios kilómetros por el pie de la montaña, antes de encontrarlos y, en verano, estaban casi ocultos por las hierbas y los matorrales.

—Buena suerte —deseó Pam—. ¿Vas a pedirle permiso a mamá?

—Sí. Ahora mismo —replicó Pete.

—Y yo también —añadió Alex.

Los tres chicos aparcaron sus bicicletas y entraron en la escuela, ansiosos por proponer a sus madres la nueva aventura.

Al principio, la señora Hollister se sintió muy poco predispuesta a dar su permiso.

—No sé qué pensar sobre el señor Baker. Si está buscando el monstruo, ¿por qué no hace él mismo las pesquisas?

—Creo que sé por qué —repuso Pete—. Si le vieran a él, todos se imaginarían lo que estaba buscando.

—Es verdad —concordó Alex—. En cambio, de nosotros nadie

pensará que somos otra cosa que excursionistas.

—¿Qué harás tú, Dave? —preguntó la señora Hollister.

—Yo tengo permiso para ir.

—Bien… Yo no sé qué hacer con Alex… —dijo la señora Kane—. Es demasiado peligroso.

—¡Cangrejos y gambas, mamá! —protestó Alex—. Papá siempre está haciendo cosas peligrosas y nunca le pasa nada.

—Me hago cargo de que todos sois chicos valientes… —replicó la señora Kane que, después de unos momentos de indecisión, añadió—: Ya sabes, Alex, que mañana teníamos que ir a visitar a tu tío Arturo.

—Podéis ir sin mí. A él no le importará.

—Y tienes que limpiar el jardín y…

—Lo haré ahora. Y también haré los demás trabajos del sábado. Pero, mamá, por favor, déjame ir.

—Está bien.

La señora Kane dio permiso, después de dirigir una mirada de colaboración a la señora Hollister.

—¡Pero tenéis que prometer todos ser muy precavidos!

—¡Lo prometemos! —contestaron los chicos, todos a una.

Los tres salieron corriendo y montaron de nuevo en las bicicletas.

—Nosotros te ayudaremos, Alex —se ofreció Pete.

Alex dijo que, además del trabajo en el jardín, tenía que barrer las escaleras de la fachada y de la cocina de su casa, y fregar el suelo de la cocina.

Poniéndose los tres al trabajo, los chicos tuvieron todo terminado en dos horas. Entonces se acordó que todos se reunirían en casa de Pete, aquella tarde, para planear los detalles de la excursión.

Poco después de cenar se encontraban los amigos en el sótano de los Hollister. Se decidió que cada uno llevaría su comida y una cantimplora de agua.

—Convendrá llevar cuerdas también —opinó Pete—, para poder subir por los trechos rocosos.

En ese momento se abrió la puerta y la voz de Pam advirtió:

—¡No os olvidéis los «walkie-talkies»!

—Buena idea.

Pete fue a un armario y sacó tres aparatitos que pertenecían a él y sus hermanos. Eran pequeños transmisores de radio.

—De este modo, podremos separamos y seguir en contacto —dijo.

El domingo, al salir de la iglesia, los tres muchachitos, con las mochilas a la espalda y los «walkie-talkies» colgando del hombro, se pusieron en camino. Una hora más tarde aparcaban sus bicicletas y seguían el avance a pie, ascendiendo por la suave pendiente del valle, en dirección a la Montaña Mirador, bajo un sol cálido.

Decidieron no separarse hasta haber llegado a lo alto. Pete y Alex marchaban delante, seguidos de Dave. Cuando llegaron al pie de la ladera rocosa, Alex se abrió camino delante de todos, agarrándose a las raíces y los salientes de roca. Al poco, ató uno de los extremos de su cuerda a un árbol y dejó caer el otro por la ladera.



Dave fue el primero en sujetarse y ascender por la cuerda. Le siguió Pete. Pronto llegaron a un repecho, al que treparon con la ayuda de Alex.

—¡Buuuf! Estoy rendido —confesó Dave.

Los tres se sentaron a descansar unos minutos. Después de tomar unos tragos de agua de su cantimplora, los escaladores continuaron ascendiendo. Hasta que llegaron a la cumbre, el camino siguió siendo abrupto y rocoso.

La cima era una meseta de medio kilómetro de anchura, que por el otro extremo descendía hasta un valle. Todavía sin separarse, los tres amigos se abrieron paso entre el espeso bosque. El sol caía sobre sus espaldas y las camisas se les empapaban en sudor.

—Oye, Pete, hagamos un descanso —pidió Dave, al cabo de otra hora.

Los chicos deshebillaron las mochilas y se sentaron en una roca, enjugándose el sudor de la cara.

—Estas mochilas resultan más pesadas a cada minuto que pasa —dijo Alex, con una sonrisa, mientras secaba grandes gotas de sudor que perlaban su frente.

—Yo podría acabar con toda la comida ahora mismo —afirmó Pete. Pero al momento añadió—: Será mejor que investiguemos antes.

Los chicos se pusieron en pie. Esta vez iban a separarse varios cientos de metros, conservándose en contacto por radio con los «walkie-talkies».

—Vayamos lentamente —propuso Pete.

Él tomó el camino central, Alex desapareció por la izquierda y Dave por la derecha. Pete se llevó el micrófono a los labios:

—Alex, Dave, ¿me oís?

—Muy claro y sonoro.

—Muy bien. Adelante. Pero no demasiado de prisa. Buscad bien todo lo que pueda ser una pista.

Pete siguió adelante. No se oía otra cosa que el crujir de alguna rama bajo sus pies, el trinar de algunos pájaros y el correr de las ardillas entre los árboles.

De repente Alex dijo:

—Oye, Pete. Alguien ha estado aquí recientemente. Acabo de

encontrar una rama recién cortada con cuchillo.

—Buena vista tienes, Alex. Guárdate esa prueba en la mochila. ¿Algo nuevo, Dave?

—Nada.

Todos prosiguieron su avance. Pete no veía nada desusual, pero, de repente, sonó por el «walkie-talkie» la voz de Dave, muy excitada.

—¡Chicos, he encontrado algo!

—¿Qué? —preguntó Pete.



Dave informó de que estaba viendo la entrada a una pequeña cueva, excavada en una pared rocosa.

—Está bloqueada por barras de hierro —añadió Dave—. ¿Comprendes? Igual que una cárcel.

Pete y Alex escucharon, muy interesados. Luego Pete dijo:

—Alex, ven a reunirte conmigo. Iremos a ver el descubrimiento de Dave.

Pero, antes de que Alex hubiera podido responder, volvió a sonar la voz de Dave..., ¡prorrumpiendo en un repentino grito de miedo!

UN ESPÍA OCULTO



A los pocos momentos apareció Alex, corriendo entre la hojarasca. Y los dos amigos avanzaron, juntos, al lugar desde donde Dave había emitido el grito de miedo.

De repente, oyeron los pasos de Dave. El muchachito apareció entre la arboleda de un pinar, tropezó en una raíz saliente y cayó sobre la tierra blanda. En seguida se puso en pie, con el rostro pálido de miedo.

—¿Qué ha sucedido? ¿Es que te persigue un oso? —preguntó Alex.

—No —replicó Dave, cuando recobró el aliento—. Ha sido mucho más misterioso que un oso. —Dave describió la cueva y añadió—: Mientras yo estaba mirando y os daba la noticia, los barrotes empezaron a hundirse en el suelo. ¡Chicos, chicos, qué susto me he llevado! Pensé que de dentro iba a saltar algo sobre mí, de modo que di media vuelta y empecé a correr.



—¡Zambomba! Será mejor que investiguemos —dijo Pete.

Por sugerencia de Alex, los tres dejaron sus mochilas al pie de un alto roble y siguieron luego a Dave, a buen paso, hasta el lugar en que se encontraba la cueva.

—Allí… allí está —dijo Dave, señalando un montículo de rocas y tierra.

Todos vieron un negro agujero, abierto en la elevación, pero la reja metálica estaba en su sitio, como si nunca se hubiera movido.

Dave abrió una boca tan grande como un balón y miró, atónito, primero a uno de sus compañeros, luego al otro. Alex hizo girar vertiginosamente 3us pupilas.

—¡Creí que habías dicho que los barrotes se habían hundido en la tierra! —exclamó.

—¡Es que se hundieron! —afirmó Dave.

Pete se acercó y se aferró a las barras, intentando moverlas con fuertes sacudidas.

—Deben de estar adheridas al cemento —comentó.

—¿Te sientes bien, Dave? —preguntó Alex, con una media sonrisa.

—Claro que sí. Os juro que he visto bajar esos barrotes.

—Puede haber sido una ilusión óptica, Dave —sugirió Pete—. Algo como los espejismos que ve la gente en el desierto.

Dave esbozó una sonrisa que sólo era sincera a medias, y dijo:

—Puede que el calor haya sido excesivo para mí.

Sus compañeros rieron y los tres atisbaron a través de los barrotes. Dentro de la cueva todo era oscuridad. Al cabo de un rato, Pete y Alex se apartaron, pero Dave continuó mirando. De repente, gritó:

—¡Veo dos ojos!

Los otros dos giraron en redondo, y miraron al interior de la cueva. ¡Nada!

—¡Pues os digo que he visto dos ojos! —insistió Dave.

Alex se encogió de hombros, comentando:

—Es muy misterioso.

—Tú no me crees. No me crees —murmuró Dave, en tono dolido.

—Claro que te creemos —afirmó Pete—. Pero puede que estemos todos demasiado hambrientos. Vamos a buscar las mochilas para tomar un bocado…

Siempre mirando atentamente a todos lados, por si surgía alguna pista, los tres excursionistas se encaminaron al gran roble.

Empezaron a buscar sus mochilas y, de repente, dieron un grito de alarma. ¡Las mochilas habían desaparecido!



—¡Chicos! —exclamó Alex, que había quedado rígido como un garrote. Sólo su cabeza se movía y, ante sus ojos, la profundidad de los bosques se extendía, silenciosa, ante ellos.

Pete dio media vuelta, avanzó unos pasos, se detuvo y escuchó. No se veía a nadie ni se oía ruido alguno.

—Un momento, amigos —dijo Dave, procurando comportarse todo lo valerosamente posible—. No hay que dejarse llevar por el pánico. Tiene que existir una respuesta a esto.

Claro que hay una respuesta —contestó Alex—. Alguien nos ha robado las mochilas.

—Hay que ver si podemos encontrar la pista del ladrón —decidió Pete.

Se inclinó sobre la tierra en la base del árbol. Sus pisadas habían quedado impresas en la tierra blanda; pero, aparte de eso, no se veía ninguna pista delatora.

—Puede quejo haya hecho algún pajarraco gigante —dijo Pete, procurando apaciguar la situación con una broma.

—Pues el pajarraco gigante nos está espiando ahora —afirmó Alex—. Lo siento en mis huesos.

—Puede que ahora creáis lo que he dicho sobre la cueva. Os aseguro, chicos, que algo muy tenebroso está pasando aquí —declaró Dave.

Los tres inspeccionaron el área durante unos minutos, pero no vieron nada. Hasta que, al fin, Pete propuso volver a Shoreham lo antes posible.

Las cuerdas, que todavía llevaban sujetas a los cinturones, les ayudaron a descender rápidamente por la abrupta ladera. Pete, que fue el último en llegar abajo, comentó, muy preocupado:

—Supongo que las bicicletas seguirán estando donde las dejamos.

Los tres corrieron al lugar en cuestión. Y con gran alivio encontraron las bicicletas en donde las habían dejado. Saltaron a los sillines y pedalearon hacia la salida del Parque Municipal, para embocar la carretera.

Ya estaba el sol muy bajo en el cielo, cuando llegaron a Shoreham. Pete dijo:

—Mi familia no está en casa, pero supongo que encontraremos algo en el refrigerador.

—Vamos a mi casa —propuso Dave—. Está más cerca.

Aparcaron sus bicicletas en la parte trasera de la casa y entraron por la puerta de la cocina.

—Hola, muchachos —saludó el señor Meade, saliendo de la sala, con el periódico dominical en la mano—. Habéis vuelto temprano. Creí que andaríais explorando los bosques hasta el anochecer.

—¡Carambola, papá! ¡Ya verás cuando sepas lo que nos ha pasado!

—Espero que no sea nada malo —dijo la madre de Dave, apareciendo y aproximándose a su marido.

—No… No es que sea muy malo —repuso Dave—. Os lo contaremos todo. Pero antes, ¿no podríamos comer algo? ¡Estamos hambrientos!

—Id a lavaros las manos mientras os preparo unas sabrosas hamburguesas.

Un rato después, entre bocado y bocado, los tres amigos fueron contando su extraña aventura.

—¿Qué opina usted de todo esto, señor Meade? —preguntó Pete, al concluir.

—¡Desde luego, hay alguien en esos bosques!

—No es preciso que lo jure —dijo Alex, sin poderse contener—.

Y es seguro que hay algo muy misterioso sobre esa cueva, señor Meade.

—Es verdad —concordó Pete—. Puede que sea la clave de todo. ¿Sabe usted algo de esa cueva?

El señor Meade tomó el último sorbo de té y dejó la taza con aire pensativo.

—No. No recuerdo nada sobre tal cueva. Aunque he oído hablar de una revolucionaria mina de hierro, existente en esa zona.

—¡Podría ser esto! —exclamó el hijo.

El señor Meade asintió.

—Yo sé de alguien que os podría informar sobre eso.

—¿Quién es, señor Meade? —preguntó Alex.

—El señor Messina. Ahora ya es anciano, pero de joven trabajó como agrimensor en el trazado del área del parque.

El padre de Dave siguió explicando a los tres amigos que el señor Messina habitaba un pequeño apartamento, sobre un garaje, en la parte posterior de una gran finca, en la carretera de Serpentina.

—Gracias, papá. Iremos a verle ahora mismo.

—Es casi la hora de cenar, hijo —intervino la señora Meade—. Y además, si permitís que os lo diga, estáis algo maltrechos.

Los chicos contemplaron sus ropas polvorientas y sus rostros cubiertos de churretes y se echaron a reír.

—No me irá mal un baño —murmuró Alex, avergonzado de su aspecto.

Pete miró su reloj, diciendo:

—Supongo que ahora mi familia ya habrá vuelto. ¿Os parece bien que nos reunamos en mi casa, dentro de una hora?

Después de quedar de acuerdo, los tres se separaron. Pete fue directamente a casa, se dio una ducha fría, y luego habló con Pam del misterioso suceso en la Montaña Mirador.

—Puede ser que dejaseis las mochilas en otro roble —dijo Pam —. Ya sabes que es fácil perderse en esos bosques.

—Ya había pensado en eso —repuso Pete—. Pero estoy seguro de que no nos equivocamos.

—¿Y por qué va a haber alguien que robe unas mochilas? —dijo Ricky, que escuchaba con abiertos ojos la conversación de los

mayores.

—Si hay alguien viviendo en los bosques, puede estar pasando hambre y robó las mochilas para comerse los bocadillos.

—Pues podía haberse llevado los bocadillos y dejarnos las mochilas —murmuró Pete.

Al cabo de un rato llegaron Alex y Dave. Ambos dijeron que habían estado pensando en el misterio, buscando una explicación a todo, sin conseguirlo.

—Vamos a ver si el señor Messina puede ayudarnos —dijo Pete.

—No os entretengáis —advirtió la señora Hollister—. Pronto oscurecerá.

La carretera Serpentina era bien conocida de los Hollister, porque allí se encontraba una extraña y vieja casa donde vivía la señora Neeley. Los niños habían resuelto, en una ocasión, un misterio relativo a aquella señora.



—Allí está la vieja casa encantada —dijo Pete, sonriendo, mientras pasaba ante el lugar.

Por fin llegaron a la finca y ascendieron por un camino de grava, hasta un gran garaje, que se encontraba lejos de la casa principal, cerca de un plantel. Los abetos, en hileras muy rectas, medían unos tres metros.

Pete subió las escaleras que llevaban a un apartamento de encima del garaje, y tocó el timbre. Salió a abrirles un viejecito de cabellos grises y espalda algo encorvada. Tenía la piel muy arrugada y curtida por el sol, y las cejas, que eran espesísimas, se arquearon con asombro, ante la aparición de los muchachitos.

—Hola —dijo, extrañado.

Después que Pete hizo las presentaciones, el señor Messina les invitó a entrar.

—Cierra la vidriera —pidió a Dave—. Hay muchos mosquitos por aquí.

Pete Hollister habló en seguida de lo que les interesaba. Contó lo que había sucedido en la Montaña Mirador. Cuando llegó a las explicaciones sobre la cueva, el señor Messina sonrió y se rascó su mentón cuadrado.

—Sí. Hay una cueva allí. Lleva a un viejo pasillo de una mina. Como el lugar se consideraba peligroso, el gobierno hizo cerrar la entrada con barrotes de hierro. —Mirando a Dave, el anciano preguntó—: ¿Y tú viste bajar esos barrotes?

—Sí, señor Messina. Estoy seguro.

—Los chicos siempre tenéis ganas de broma —comentó—. Precisamente esos barrotes fueron asegurados con cemento, para evitar que chiquillos como vosotros se metieran en la mina y pudieran resultar heridos.

—¿Sería posible para alguien esconderse en el pasillo de la mina? —inquirió Pete.

El señor Messina se echó a reír.

—Si fuera tan flaco como un tallarín y se colase entre dos barrotes, supongo que sí.

—Puede que los ojos que yo vi fueran los de un animal —murmuró Dave.

El señor Messina alargó un brazo para palmear a Dave en el

hombro.

—Últimamente, en Shoreham, todo el mundo ve visiones —dijo —. Les ha dado la «fiebre del monstruo». Así es como yo lo llamaría.

—Nosotros vamos a averiguar quién es el monstruo —dijo Pete, resuelto.

—Buena suerte —les deseó el viejo agrimensor.

Los tres jóvenes detectives dieron las gracias al señor Messina y Pete abrió la vidriera para salir. Pero apenas había dado un paso, cuando se detuvo.

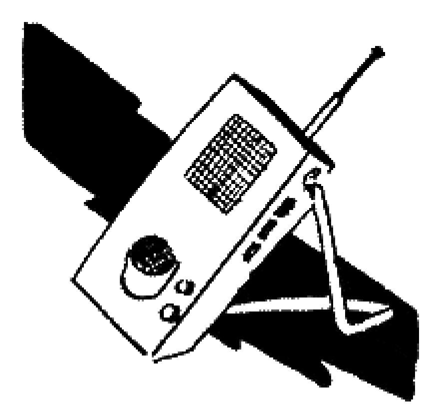
A través de un grupo de árboles, oyó una voz que decía:

—¡Pongo! ¡Pongo!

Pete levantó una mano, pidiendo silencio. De nuevo surcaron el aire nocturno las palabras:

—¡Pongo! ¡Pongo!

LA PUERTA FANTASMA



—¿Quién es Pongo? —preguntó Dave.

—No lo sé —replicó Pete. Y se volvió al señor Messina para decir—. Hay alguien en su propiedad. Está gritando un nombre muy raro.

El señor Messina prestó atención.

—¿Estáis seguros? —preguntó—. Mirad que está oscureciendo y puede que os estéis imaginando al monstruo.

—Pero es verdad —protestó Alex—. Alguien estaba diciendo «Pongo».

—Esto es una finca particular. Aquí no hay «bongos» ni historias de ninguna clase.

Pete sonrió, al notar que el señor Messina había confundido el nombre, pero no dijo nada. El anciano explicó, a continuación, que él estaba a cargo de la propiedad, mientras los propietarios se encontraban de vacaciones.

—Y no quiero extraños merodeando por aquí —declaró, yendo a buscar una linterna que tenía sobre una mesa, junto a la puerta.

Apartando a los chicos, el señor Messina bajó las escaleras y echó a andar hacia el arbolado. Enfocando el haz luminoso entre los

abetos, el viejo agrimensor se abrió paso hasta la parte posterior de la propiedad, rodeado por una cerca de barras de hierro rematadas en punta. Detrás se veía un espeso bosque.

Pete se dijo que alguien podía haber saltado aquella valla, aunque le habría resultado muy difícil. Y pidió prestada la linterna para inspeccionar el terreno, todavía blando por la lluvia.

Al fin encontró lo que estaba buscando.

—¡Mire, señor Messina! Alguien ha trepado por aquí.

Pete señalaba dos huellas muy profundas, que demostraban que alguien se había dejado caer al suelo, desde el otro lado.

—¿Hay lugares en la finca, donde uno se pueda esconder? —preguntó Alex.

El señor Messina parecía preocupado.

—Sí, claro. El viejo cobertizo para leña, el ahumadero, incluso la casa principal y el garaje de detrás.

Pete continuó inspeccionando el terreno, junto a la cerca, pero no pudo encontrar ningún indicio de que alguien hubiera intentado volver a trepar sobre las puntiagudas barras.

—Está oscureciendo demasiado para seguir buscando —dijo Pete, al cabo de un rato—. ¿Podemos volver mañana, señor Messina?

El anciano tomó la linterna y echó a andar hacia su apartamento, sin contestar.

—No le molestaremos con nuestra investigación. ¡Se lo aseguro! —insistió Pete.

—Pero si algo os sucediera… —repuso el hombre, preocupado.

—No se apure por nosotros —intervino Dave—. Tendremos mucho cuidado.

—Bien. De acuerdo.

De regreso a casa, los tres amigos no cesaron de hablar del desconocido misterioso y de aquel nombre tan extraño: Pongo.

Dave opinaba que, tal vez, el monstruo fuera un hombre disfrazado.

—Puede haberse escapado de un manicomio o algo así, y tal vez quiera asustar a la gente.

—Esa finca sería un sitio estupendo para cualquiera que quisiera ocultarse —razonó Alex—. Los propietarios están fuera y me parece

que el señor Messina no oye muy bien.

Al día siguiente, después de la escuela, los chicos se reunieron en el patio. Cerca, Pam y Ann Hunter jugaban a la doble comba. Sus amigos entraban y salían, saltando entre las dos cuerdas que giraban veloces, mientras ellas dos movían acompasadamente los extremos de dichas cuerdas.

—¿Vais ahora a casa del señor Messina? —preguntó Pam.

—Sí —respondió Pete, que ya había montado en su bicicleta, con los libros colocados tras el sillín.

—Me gustaría ir, también.

En ese momento, Ricky y Holly aparecieron, saltando entre las dobles combas. Ricky sacudía los brazos, como un pato volador, cada vez que daba un salto. Cuando los dos pequeños salieron del laberinto de cuerdas, corrieron hacia su hermano.

—Nosotros también queremos ir —anunció el pelirrojo.

Pete y Dave se miraron, indecisos.

—Es una finca particular —objetó Pete—. El señor Messina; nos dio permiso para ir nosotros, pero no habló de que nos acompañase nadie.

—¡Pues Pam va a ir! —protestó Holly.

—Pam es mayor —repuso Pete.



Ricky arrugó la naricilla y se puso bizco, al responder:

—Pues nosotros queremos descubrir al monstruo.

—Tengo una idea —dijo Pam, interviniendo, mientras pasaba el extremo de la cuerda a Ricky—. ¿Por qué no das tú a la comba un rato? Nosotros iremos a investigar y os contaremos, en seguida, todo lo que sepamos. ¡Prometido!

Ann Hunter pasó el extremo de su cuerda a Holly, diciendo:

—Allí también juegan a la comba.

Y señaló un trecho del patio en que dos niñas de la edad de Holly hacían girar una comba.

Dejando entretenidos a los hermanos pequeños, Pam fue a reunirse con los chicos. Se pusieron en camino hacia la carretera Serpentina, tras detenerse en casa sólo un momento para tomar los «walkie-talkies». El señor Messina estaba podando un seto cuando ellos llegaron.

—Aquí estamos —dijo Pete, saltando de su bicicleta—. Y hemos traído a mi hermana Pam.

—Todos somos socios del Club de Detectives —añadió Dave.

Pete explicó que pensaba separarse en arco por la gran finca, manteniéndose en contacto unos con otros, gracias a los «walkie-talkies».

—Buena idea —contestó el señor Messina, mientras daba tijeretazos en las ramas—. Mirad por ahí, pero sin estropear nada. No he oído nada en toda la noche y estoy seguro de que, quienquiera que entrase, ya se ha marchado.

A la luz del día las cosas parecieron muy distintas a los jóvenes detectives. Además de la casa principal, construida en piedra, en forma de una gran L, había otros cuatro edificios: el moderno garaje, con amplitud para tres coches, sobre el cual estaba la casita del señor Messina, el ahumadero, el cobertizo para madera, y una extraña casita redonda rodeada de tela metálica y con un tejado que parecía un gran sombrero chino.

—¿Cómo se llama esto? —preguntó Alex, dando una vuelta alrededor de la extraña casa.

Pam dijo que era una glorieta.

—La gente se sienta ahí dentro, al anochecer, y la tela metálica evita que entren los mosquitos.

El grupo empezó en seguida la investigación. Inspeccionaron la tierra, pero, sobre todo, buscaron en torno a los edificios.

—¡Mirad! —dijo, súbitamente, Pam, agachándose cerca de la glorieta.

Circundando todo el pequeño edificio se veían, en la tierra blanca, huellas de pasos.

—Pues el que haya sido —dijo Pete, echándose al suelo, apoyado sobre manos y rodillas— se puso de puntillas aquí.

El chico señaló dos huellas más hundidas que las restantes.

—Seguramente quería mirar algo del tejado —opinó Dave.

Pam y Alex se alejaron unos pasos, para mirar a lo alto del tejadillo, pero no descubrieron nada que indicase que alguien hubiera trepado hasta allí.

—Bien —dijo Pete, al cabo de un rato—. Dave y yo volveremos a inspeccionar junto a la cerca.

Los dos amigos se alejaron entre los árboles. Pam se encaminó al garaje, mientras Alex daba una vuelta por el exterior de la gran casa

de piedra. Estaba buscando indicios de que hubiera entrado en ella algún intruso, pero no pudo descubrir nada. Quienquiera que hubiera estado buscando a Pongo, no había entrado en la casa. Alex habló por su radio:

—La casa parece libre, Pete.

Pete contestó a la llamada y dijo que Dave y él continuaban buscando. Los dos amigos recorrieron toda la longitud de la valla. Al llegar a un extremo de la propiedad, en donde el bosque era más espeso, Dave señaló una de las barras puntiagudas.

—Mira, Pete. ¿Qué cuelga ahí?

Pete levantó la cabeza para mirar.

—Parece una hebra de un tejido. Puede ser una pista. A ver, Dave; ¡voy a subirte!

Colocando las manos juntas, para hacer las veces de estribo, Pete levantó a Dave, hasta que la mano de este último alcanzó la punta de la barra. Dave tomó la tira de tela y saltó al suelo.

—Parece que alguien se enganchó la ropa.

—Probablemente quiso huir, anoche —dedujo Pete.

La hebra medía unos diez centímetros y era de color marrón.



—Vamos a enseñársela a Pam —propuso Dave, conectando el «walkie-talkie»—. ¿Estás ahí, Pam?

—Sí, Dave.

—Hemos encontrado una pista. La llevamos ahora mismo para enseñártela.

—Muy bien. Os espero aquí mismo. ¡Oh!… ¡Dios mío!…

—¿Qué pasa? —inquirió Pete.

—La puerta del garaje se ha abierto. Debe de haber alguien dentro.

Sin esperar más explicaciones, los dos muchachitos corrieron a través del arbolado, hasta el garaje. Cuando llegaron junto a Pam, Alex también se aproximaba a toda prisa, desde la casa. Todos miraron al interior del garaje. Había un coche dentro, pero no se veía persona alguna.

—¿Ha salido alguien? —preguntó Pete a su hermana.

—¡No! Ha sido como… ¡Como si un fantasma abriera la puerta! —dijo Pam, algo asustada.

Cuando sonaron pasos veloces en el camino del jardín, los niños se volvieron a mirar. El señor Messina se aproximaba a ellos, mostrándose muy ofendido.

—Os advertí que no hicieseis tonterías. ¿Por qué habéis tocado esa puerta?

—No la hemos tocado —repuso Pam—. ¡Se ha abierto sola!

—¿Esperáis que crea tal tontería? —preguntó el hombre, rojo de indignación.

—Debe de haber alguien dentro —opinó Alex—. Vamos a mirar.

El señor Messina levantó una mano, gritando:

—¡No! Vosotros os quedáis aquí. Yo entraré.

Entró y encendió la luz. Los niños le observaron, mientras inspeccionaba el garaje, pero apenas había sitio donde esconderse, como no fuera en el coche. El anciano abrió las cuatro puertas del vehículo y estuvo examinando el interior. Luego se acercó a presionar un botón que había junto a la puerta. La gran puerta enrollable del garaje se cerró de nuevo y el señor Messina salió por la puertecita lateral.

—No sé por qué has tenido que mentir —dijo, mirando fijamente a Pam.

—Pero…, señor Messina —empezó a decir Pam.

Sin embargo el anciano no la dejó continuar y gritó:

—¡Ya podéis dar por buscado todo lo que queríais buscar en esta propiedad!

Los niños se alejaron, apesadumbrados. Pero antes de llegar a la carretera, Pete volvió al lado del viejo agrimensor. Le dijo lo que habían encontrado en la cerca trasera y añadió:

—Si encuentra usted a alguien en la finca, ¿querrá avisar al oficial Newberry, de la policía de Shoreham?

El señor Messina contestó, con un gruñido* que lo haría, y volvió a ocuparse de podar.

Antes de montar en bicicleta, Pete mostró a su hermana la pista que había hallado. Pam la frotó entre dos dedos y dijo:

—Es lana. Debe de ser de unos pantalones.

Los cuatro pedalearon, en silencio durante unos minutos, entristecidos por el pensamiento de que el señor Messina les creyera embusteros.

—Tenía que haber habido alguien en el garaje —suspiró Pam—. No puedo comprenderlo.

Dave les dejó cuando pasaron ante su casa, y cuando los demás llegaron a la casa de los Hollister, Alex se despidió y siguió adelante.

Pete y Pam aparcaron en el garaje, tomaron los libros del colegio y, andando, fueron a la entrada principal. En aquel momento su madre colgaba el teléfono, con expresión preocupada.

—¿Pasa algo mamá? —preguntó Pam.

—Acaba de llamar la señora Kane. ¿Te acuerdas de esa preciosa muñeca vienesa que llevasteis Holly y tú? ¡Pues ha desaparecido de la «biblioteca» de juguetes!

UNA PISTA EN LA ESCUELA



—¡Oh, qué terrible! —exclamó Pam—. ¿Se habrá llevado alguien la muñeca como préstamo, antes de tiempo?

La señora Hollister movió de un lado a otro la cabeza.

—No. La señora Kane cree que la han robado. La biblioteca no se inaugura hasta mañana.

—¡Zambomba! Y era el mejor juguete que tenían… Para niñas, claro —dijo Pete.

Durante la cena, todos los niños y sus padres hablaron de los extraños acontecimientos del día. Hicieron más de cien suposiciones sobre la misteriosa puerta del garaje y la extraña desaparición de la muñeca vienesa, pero no pudieron resolver los misterios.

De repente, alguien llamó a la puerta. Sue bajó de la silla de un salto, y corrió a saludar al visitante.

—¡Papá! ¡Mamita! Es el oficial Cal —anunció a grititos.



—Pase, pase, oficial —invitó la señora Hollister—. Y acompáñenlos en el postre.

Él policía entró, con Sue en sus brazos.

—No puedo entretenerme mucho rato, pero quisiera preguntarles algo sobre la biblioteca de juguetes.

—¿Ha estado usted allí? —preguntó Pete.

—Sí. Ahora vengo de allí y, francamente, estoy atónito.

El oficial dijo que tomaría, con gusto, una tajada de pastel de la señora Hollister, y el dueño de la casa le acercó una silla.

Mientras la señora Hollister le extendía algo de crema batida sobre el bizcocho, el oficial Cal añadió:

—No hay indicios de que se haya forzado la puerta del edificio. Habría sido necesario ser gato viejo en esas cuestiones para entrar tan limpiamente y robar la muñeca.

—Habrán hecho el trabajo desde dentro —dijo Ricky, dándoselas de muy listo, mientras se limpiaba los labios con la servilleta.

Sue, que se sentaba sobre un cojín, para que la barbilla le llegase al tablero de la mesa, lamió varías veces la cucharilla untada de crema, y luego dijo:

—Yo no sabía que los gatos eran ladrones.

Aún no había tenido tiempo el policía de contestar que al decir «gato viejo» se había referido a los ladrones expertos, cuando Sue,

moviendo la cabecita, añadió, gravemente:

—«Morro Blanco» no es un gato ladrón y sus hijitos nunca roban nada.

Todos se echaron a reír y la señora Hollister aseguró a la pequeñita que «Morro Blanco» era una gata honrada y, por lo tanto, sus hijos serían tan honorables como la madre.

Cuando terminaron el postre, el oficial Cal hizo señas a Pam y Pete para que le siguieran. También pidió a los padres que se reunieran con él en la sala, mientras Ricky, Holly y Sue salían por la puerta trasera, para ir a jugar.

—Me gustaría saber la opinión de los Hollister sobre Joey Brill —dijo el oficial.

—¿Se refiere usted al robo de la muñeca?

—Sí. Joey fue a la biblioteca a pedir un juguete que le fue negado. Tal vez se llevó la muñeca, como venganza.

—No lo creo —declaró Pam—. Joey habría tomado un juguete de chico.

Y Pete añadió:

—Oficial Cal, yo no creo que Joey haya sido capaz de penetrar en la escuela, de un modo tan misterioso.

Los padres estuvieron de acuerdo con Pete. Todos consideraban a Joey antipático y aficionado a molestar, pero no dejaba de ser un chico honrado.

El oficial Cal quedó pensativo unos minutos.

—Bien. El único modo de entrar en el edificio sin forzar la puerta es a través de la claraboya del gimnasio, que está en el piso superior. Pero hacer tal cosa seria propia de un alpinista o un chico en exceso osado.

—En tal caso, tal vez Ricky esté en lo cierto al decir que puede tratarse de un trabajo hecho desde el interior —adujo el señor Hollister.

—Lo resolveremos de todos modos —dijo el oficial, que dio las gracias a la familia por su hospitalidad.

Ya estaba a punto de marchar, cuando Pete le preguntó:

—¿Han encontrado más pistas sobre el monstruo?

—No. ¿Y qué tiene de nuevo el Club de Detectives?

Pete habló de la misteriosa voz que repitiera «Pongo» y Pam

contó de qué modo tan misterioso se habían abierto las puertas del garaje. El oficial llegó a la conclusión de que alguien, que poseía un perro llamado «Pongo», había estado buscando al animal. En cuanto a las puertas del garaje, explicó que, a veces, los dispositivos electrónicos funcionaban mal.

—Me gustaría que el señor Messina supiera que puede ocurrir eso —murmuró Pam.

El oficial sonrió.

—Yo mantengo cierta vigilancia sobre esa finca, mientras los propietarios están ausentes. La próxima vez que pase por allí, hablaré con el señor Messina para decirles que vosotros sois buenos chicos.

—Gracias —dijo Pam, antes de despedirle.

La noticia de lo ocurrido con la preciosa muñeca vienesa se propagó por todo el vecindario y al día siguiente, en el colegio, los Hollister estaban tan preocupados por aquel misterio que casi no podían prestar atención al trabajo.

La «biblioteca» para préstamo de juguetes se inauguraba aquella tarde. La señora Hollister recordó a sus hijos que debían regresar rápidamente a casa, después de clase, para llegar a tiempo de la ceremonia en la escuela Washington.

Al terminar las clases, Jeff y Ann Hunter se reunieron con Ricky y Holly.

—¿Creéis que habrá sido Joey Brill o Will Wilson los que se llevaron la muñeca?

Holly no estaba muy convencida de que tal cosa fuera posible, pero Ricky afirmó que los dos camorristas tenían que estar complicados en el asunto. Habían recorrido sólo una manzana de casas cuando Will y Joey pasaron, montados en bicicleta.

—¿Por qué no devuelves de una vez la muñeca, Joey? —gritó el pecoso.

En lugar de seguir su camino, sin hacer caso a los pequeños, los dos grandullones bajaron de sus bicicletas y se enfrentaron con los otros cuatro.

—¡Nosotros no hemos tomado ninguna muñecucha! —gritó Joey.

—¡Claro que no! Y no andéis diciendo que lo hemos hecho —

vociferó Will.

Los dos chicazos se aproximaron más y Holly, preocupada, pidió:

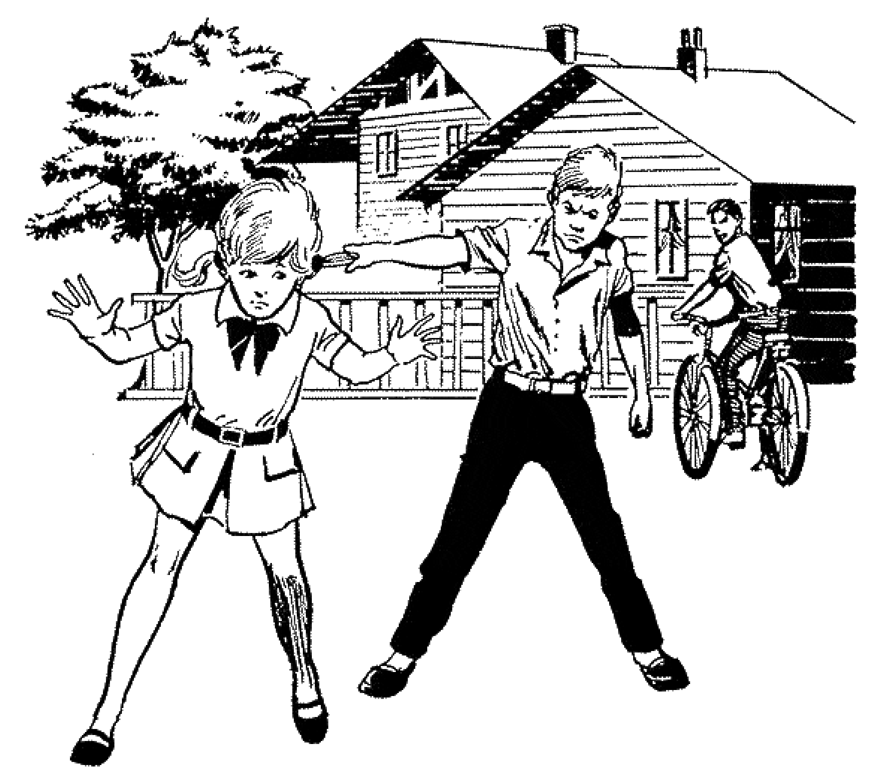
—No empecéis a pegar, ¿eh?

Como respuesta, Joey le dio un fuerte tirón de las trenzas.

—¡Aaay! —gritó la niña.

Los dos camorristas volvieron a sus bicicletas, riendo alegremente, y se alejaron, pedaleando.

Ricky arrugó la frente y dijo:



—¡Quiero saber adónde van!

—Pero mamá ha dicho que vayamos a casa en seguida —objetó Holly.

—No tardaremos mucho. ¡No podemos olvidamos de que somos miembros del Club de Detectives y es obligación nuestra encontrar la muñeca!

Después de tratar unos momentos sobre el asunto, quedó

decidido que los cuatro seguirían a Joey y a Will tanto trecho como pudieran. Todavía se veía a los camorristas que pedaleaban con calma, entreteniéndose en describir círculos de vez en cuando. Por fin desaparecieron.

Ricky se apresuró tras ellos, seguido de los otros tres. Teniendo la precaución de ir ocultándose detrás de los árboles y arbustos, siguieron a Joey y Will hasta la orilla del lago. Allí los chicazos dejaron sus bicicletas apoyadas en un árbol y saltaron alegremente por la pedregosa orilla del agua.

Como gatitos pequeños, siguiendo a gatos adultos, Ricky, Holly, Jeff y Ann se ocultaron tras una pared baja, que bordeaba la parte posterior de una propiedad, y con cautela, asomaron la naricilla por encima.

—¡Ja, ja, ja! —estaba riendo Joey, que se inclinó a recoger algo de la orilla del agua.

—Hazlo otra vez —gritó Will.

El chicazo giró sobre sus talones y algo salió disparado de sus manos, aterrizando con gran ruido, mitad en el agua, mitad en tierra.

—¿Qué ha sido eso? —cuchicheó Jeff.

—No he podido verlo bien —replicó el pecoso.

Joey y Will dieron unos pasos para ir a recoger el objeto. En ese momento Will se volvió y los cuatro se agacharon tras la pared.

—Esto es precioso. ¡Ahí va! —se oyó gritar a Will.

Y otra vez cayó algo, produciendo un ruido especial.

—¡Quisiera ver lo que están haciendo! —murmuró Holly, que cuando iba a añadir algo, se interrumpió porque acababa de oír una llamada en la distancia.

Los dos Hollister reconocieron, al momento, la voz de Pam.

—¡Nos está llamando! —dijo Ricky—. ¡Tenemos que ir con mamá!

Los cuatro pequeños se deslizaron, sigilosos, para reunirse con Pam.

—Venid. Llegáis tarde —riñó Pam—. No debisteis entreteneros por el camino.

Holly explicó que habían estado siguiendo a Joey y Will.

—Olvidaos ahora de ellos —pidió Pam.

Ricky y Holly dijeron adiós a Ann y Jeff. Pam detuvo su bicicleta para que Holly se instalara delante de ella y Ricky detrás. Pam reanudó la marcha, con sus hermanos, teniendo buen cuidado de mantenerse siempre a un lado de la calle. Cuando llegaron a casa, ya les esperaba la señora Hollister, con Pete y Sue, todos preparados para salir.

—Hay que darse prisa o llegaremos tarde a la gran inauguración —dijo la señora Hollister, sonriendo.

Un momento después estaban todos en camino, y pronto su coche aparcaba frente a la Escuela Washington. La puerta de la fachada llevaba directamente a un vestíbulo de la gran sala de actos, donde ya se hallaban reunidas unas cien personas. Estaba a punto de dar un discurso el director. Después que los Hollister se hubieron sentado y llegaron unas pocas personas más, empezó la ceremonia.

Primeramente el director habló de la necesidad de abrir tal «biblioteca».

—Existe otra en la ciudad de Baltimore —siguió diciendo—, y ha constituido un gran éxito. Confiamos en que nuestra «biblioteca» de juguetes de la Escuela Washington también resulte un éxito.

Dio gracias a todos los que habían aportado juguetes y también expresó su pesar por la desaparición de la hermosa muñeca vienesa.

Después de aquellas palabras, el director invitó a todos los presentes a visitar la biblioteca.

Mientras los demás se apresuraban a entrar, Sue y Holly quedaron rezagadas.

—Nosotras ya la hemos visto —dijo Sue—. Vamos a ver la escuela, Holly.

La traviesa Holly consideró una buena idea la proposición de su hermanita. Mientras se rascaba la naricilla con el extremo de una trenza, cogió de la mano a su hermanita y salió al vacío pasillo. Las dos avanzaron de puntillas, para no llamar la atención.

Las clases estaban vacías y reinaba el silencio en todas partes. Holly olfateó, al notar olor a madera vieja, libros nuevos y niños pequeños. Estaban a punto de doblar otra esquina de un pasillo, cuando oyeron un murmullo procedente de aquel lado.

Las niñas quedaron quietas, escuchando. De repente un hombre

apareció en la esquina. El desconocido se sobresaltó, al ver a las pequeñas, pero en seguida apretó el paso como si no hubiera visto a nadie. Pronto hubo desaparecido.

—Qué señor tan raro —siseó Sue.

—A lo mejor va a la biblioteca —replicó Holly—. Vamos a ver.

Las dos pequeñas siguieron al hombre. Al llegar a la puerta de la biblioteca, vieron al hombre dentro. Holly se acercó a Pam y dijo:

—¿Ves a aquel hombre de ahí? Estaba en el pasillo, cuchicheando.

Pam buscó con la vista, hasta que sus ojos encontraron al hombre que su hermana señalaba.

—Sí. Ya le veo. ¿Y qué decía?

—Pongo, Pongo.

Aquellas palabras hicieron estremecerse a Pam. ¿Qué tendría aquel hombre que ver con el misterio del monstruo y quién sería aquel Pongo? Tomando una resolución, Pam decidió resolver las cosas por el camino más recto.

—¿Está usted buscando a Pongo? —le preguntó, acercándose mientras el hombre estaba contemplando las estanterías.

El hombre se volvió. Era bajo, de edad aproximada a la del padre de los Hollister, y tenía ojos penetrantes y negras cejas.

—Perdón… ¿Me hablas a mí?

—Sí —contestó Pam, repitiendo su pregunta.

—No sé de qué me hablas —replicó el hombre, indignado.

—Sí lo sabe. Sí lo sabe —afirmó Holly—. Nosotras le hemos visto en el pasillo.

—Habréis visto a otra persona —gruñó el hombre, deslizándose en seguida entre un grupo de personas, para encaminarse a la puerta. Y antes de que Pam hubiera tenido tiempo de avisar a su madre, el desconocido había desaparecido.

A las cinco y media todos los visitantes habían abandonado la biblioteca, que quedó cerrada para toda la noche. Ya en la furgoneta, mientras regresaban a casa, Pam habló a su madre del desconocido al que Holly y Sue habían visto. Antes de llegar a casa, Ricky tuvo tiempo de contar que él y Holly habían seguido a Joey y Will.

—¿Con qué jugaban? —preguntó Pete.

—No lo vimos bien.

Pete miró a su hermana y le susurró algo al oído. Cuando la furgoneta se detuvo en el camino de los Hollister, Pam dijo:

—Mamá, ¿podemos salir Pete y yo una hora, antes de la cena?

—Sí —concedió la señora Hollister.

Los dos mayores corrieron a la orilla del lago, hacia el lugar en que sus hermanos habían visto jugar a Joey y Will. No se veía a nadie, más que unos cuantos pescadores que se alejaban en sus barcas.

—Aquí debe de estar la solución a la extraña historia de Joey —dijo—. ¡Zambomba, si pudiéramos descubrirlo!

—Ya habían llegado al lugar en que los pequeños habían estado ocultos tras la pared. Pete se acercó a la orilla del agua, mientras Pam inspeccionaba la pared.

Al cabo de un rato la niña gritó, muy nerviosa:

—¡Pete, ven aquí!



Pete acudió inmediatamente. A los pies de Pam había una tapa de un cubo viejo de basura. Pete la tomó.

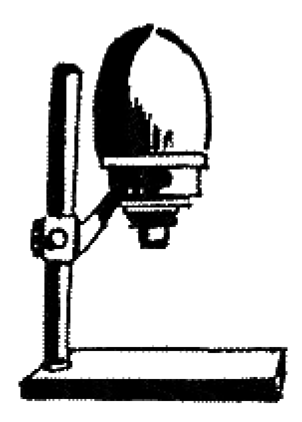
—¡Zambomba! Apuesto algo a que es esto lo que andábamos buscando. ¡Mira, Pam!

Pete levantó el brazo, describiendo un amplio círculo, y la tapa salió disparada por el aire. Mientras ascendía, los dos hermanos

recordaron la fotografía del periódico.

—¡Es eso! ¡Sí! —exclamó Pam—. ¡El platillo volante!

NARIZ DE CHOCOLATE



Convencidos de haber encontrado la fotografía trucada de Joey Brill, Pete y Pam corrieron a casa con la tapa del cubo de basura. Pam se detuvo cerca del embarcadero, mientras Pete entraba en la casa a buscar su cámara fotográfica. Quedaba aún película para varias fotos.

Pete graduó el obturador a una centésima de segundo y dijo a Pam:

—Todo preparado. Cuando yo arroje la tapa por el aire, tú haces la foto.

Pete pasó la cámara a su hermana, se balanceó sobre los pies, levantó el brazo y lanzó la tapa… ¡Zas! La cámara fotográfica fue disparada.

—Creo que ha sido una buena fotografía, Pete —dijo Pam.

Pero para más seguridad, hicieron otras dos antes de que la señora Hollister les llamara para cenar.

—Es necesario que hayan salido bien —dijo Pete.

—Vamos a llevarlas a casa de Dave —propuso Pam—. Él tiene equipo para revelar.

Pete telefoneó para decir a Dave que, tan pronto como

terminasen los deberes del colegio, irían a su casa a revelar la película.

—Estupendo —dijo Dave, entusiasmado—. Empezaré ahora mismo el trabajo del colegio.

Pete y Pam se fueron con los libros al piso alto, donde había silencio, y pusieron mucho interés en el trabajo, para terminar pronto. Aún no eran las nueve cuando volvieron abajo. Entonces los pequeños ya se habían acostado.

Había muy poco trecho desde su casa a la de Dave. Éste les estaba esperando en su cuarto para fotografía, en el sótano, que tenía una luz especial, muy débil, para evitar que se velasen las películas.

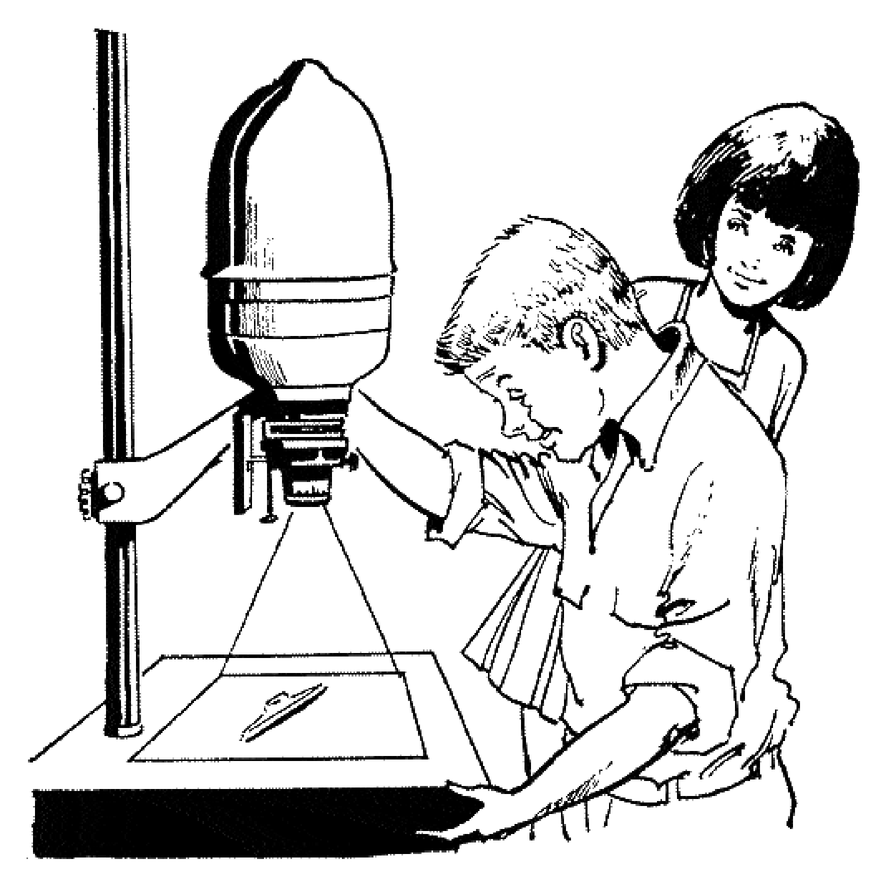
—¡Confío en que hayan salido! —comentó, mientras desenrollaba la película para dejarla en la bandeja del revelador.

Pete y Pam observaban atentamente, mientras Dave consultaba el reloj de su cuarto oscuro.

—Ya ha pasado el tiempo suficiente para el revelador —anunció. Tiró el líquido y lavó la película. Después vertió otro producto químico, el fijador, para completar el proceso de revelado.

—Los negativos ya están preparados —dijo Dave.

Examinó su trabajo con interés, con los Hollister atisbando por encima de su hombro. Las cuatro tomas de la tapa, de basura estaban muy claras y contrastadas. Pam soltó una risilla al ver las otras fotografías en que todos los Hollister aparecían con graciosos gorros de carnaval.



—Hagamos primero las copias de los platillos —apremió Pete.

Dave puso las tiras de celuloide en una ampliadora y, en un momento, tuvo las grandes copias de la tapa de un cubo. Todavía estaban húmedas cuando los tres subieron a mostrárselas a los padres de Dave.

—Todavía tengo por aquí la fotografía del periódico —dijo la señora Meade.

Encontró el periódico en un cajón del escritorio y en seguida pudieron hacerse las comparaciones.

—Es lo mismo. Ya lo creo —afirmó Dave, riendo—. Mira, Pete, vuestra foto está tomada incluso desde el mismo ángulo.

—¡Me imagino a los del periódico cuando vean esto! —dijo Pam.

Ella y Pete dieron las gracias a Dave y corrieron a casa con aquella importantísima prueba. De inmediato se la mostraron a sus padres.

—De modo que esos trapisondistas de Joey y Will han sido descubiertos… —comentó el señor Hollister, con una amplia sonrisa.

Pam solicitó de su madre que les diese permiso a ella y a Pete para ir por la mañana temprano al periódico.

—Puedes hacemos una nota para la maestra, ¿verdad, mamita?

—Francamente, creo que eso puede esperar hasta la tarde.

—No, mamá. Deben imprimir la verdad en el periódico de mañana para que la gente deje de estar preocupada por los seres espaciales.

—Me parece muy razonable —dijo el padre y su esposa acabó accediendo a las peticiones de Pam.

—Realmente, han habido demasiados comentarios sobre todo eso de los platillos volantes y los monstruos —dijo la señora Hollister—. Me sentiré muy contenta cuando todo este asunto esté aclarado.

Por la mañana, a la hora del desayuno, Pete y Pam hicieron prometer a Holly y Ricky que no dirían nada a nadie sobre su descubrimiento.

—Ya se publicará en el periódico —dijo Pete.

La señora Hollister escribió una nota a las maestras y los dos hermanos mayores se marcharon con el padre, que les dejó a la puerta de las oficinas del periódico. Pete y Pam fueron directamente al despacho del señor Kent.

Al verles, el editor les saludó, diciendo:

—Buenos días, niños. ¿Tenéis algún notición para mí?

—Ya lo creo —afirmó Pete.

Pam estaba tan emocionada que le temblaban las manos.

—¡Hemos fotografiado mi platillo volante! —exclamó.

—A ver, a ver… ¿Qué es esto? —preguntó el editor, mientras la niña le tendía las fotografías.

—Humm —murmuró el señor Kent, inclinándose hacia delante, en su silla giratoria, para mirar las fotografías desde todos los ángulos—. De modo que también vosotros habéis visto el platillo volante…

—Es una tapa volante, de cubo de basura. —Pete sonrió—. La hemos encontrado a la orilla del agua. Joey y Will estuvieron

jugando con ella.

—¡Seré simio sin cerebro! —exclamó el señor Kent.

Se levantó y fue a buscar entre una pila de papeles que tenía sobre la mesa inmediata a la ventana. Allí encontró, al momento, la fotografía del platillo volante de Joey.

—Sí. Son la misma cosa. No cabe duda.

—¿Qué van a hacer ahora? —preguntó Pam.

—Publicar una nota, retractándonos —replicó el señor Kent, que haciendo un guiño a los Hollister, afirmó—: Esta historia va a ser aún mejor que la primera.

El editor oprimió un botón y no tardó en presentarse un periodista.

—Tengo una excelente noticia para usted. Redacte, Jack. Escuche con atención lo que Pam y Pete le digan, y deles a ellos todo el crédito de haber descubierto la falsedad de esos platillos volantes.

—¡De modo que era mentira! —exclamó, sonriendo, el joven periodista. Inmediatamente empezó a tomar notas, llenando varias hojas, y al concluir, añadió—: También las fotografías me serían muy útiles.

—Pertenecen a Dave Meade —dijo Pam—. Él las reveló.

—También mencionaremos a Dave en el artículo.

Cuando el periodista terminó, Pete y Pam se encaminaron al Centro Comercial, que estaba a punto de cerrar. Desde allí, Indy Roades les llevó en coche a la escuela.

Cuando la señorita Hanson leyó la nota de Pete, sonrió y acompañó al alumno a su asiento.

—¿Es que no sabes llegar puntual? —cuchicheó Joey, haciéndose oír por todos.

—Silencio —ordenó la maestra, prosiguiendo con la lección.

Aquella tarde, cuando terminaron las clases, algunos maestros sonreían a Joey y Will.

—Claro. Nos consideran muy importantes —dijo, muy orondo, Joey.

Pero, antes de que los camorristas se hubieran marchado del colegio, varios alumnos conocían la noticia.

—Hola, mentirosos —dijo Donna Martin.

—¿De qué hablas? —masculló Will, dando un empujón a la niña.

—Está en todos los periódicos —dijeron otros colegiales—. ¡Los Hollister han descubierto todo lo de la tapa platillo volante!

Joey y Will se pusieron más rojos que una remolacha. Salieron a toda prisa de la escuela, subieron en sus bicicletas y, sin mirar ni a derecha, ni a izquierda, se alejaron, pedaleando furiosamente.

Los Hollister se preguntaban qué sería lo que dirían los señores Brill y los Wilson. Pero fuere lo que fuese, los chicazos no se mostraron preocupados. Más tarde pasaron por delante de la casa de los Hollister, sin demostrar ninguna vergüenza por lo que habían hecho.

—Hola, «engañón» —gritó Ricky, después de asegurarse de estar a considerable distancia de Joey.

—¡Ja, ja! Hemos sabido engañaros a todos. ¡Incluso al periódico! —respondió Joey.

—¡Oye, Ricky Hollister! Me parece que estás loco —añadió Will—. ¡Mira que decir que viste platillos volantes…! Eres peor que nosotros.

Ricky no supo qué contestar. Lentamente entró en casa y habló con su madre.

—No dije ninguna mentira, mamá. Te doy mi palabra.

Y el pequeño explicó que él había visto algo sobre el lago. Aunque tuvo que confesar no estar seguro de que hubiera descendido sobre el agua o ya se encontrase flotando en ella.

—No te preocupes por eso —dijo la señora Hollister, abrazando al pequeño—. Al menos ahora ya sabes que no eran platillos volantes y que ningún hombrecillo verde va a saltar por tu ventana esta noche.

Ricky quedó muy tranquilizado y salió nuevamente a jugar.

Incluso Holly y Sue se sintieron contentas de saber que no había platillos espaciales flotando por el lago de los Pinos. Aquella noche, al acostarse, las dos pequeñas se durmieron más profundamente que nunca, y el resultado fue que, por la mañana, fueron las primeras en despertar. Holly se asomó a la ventana y vio una ligera neblina que cubría el lago. Con cariño, para no sobresaltarla, despertó a la pequeña.

—Levántate, chiquitina. Yo tengo hambre. Vamos abajo y nos prepararemos el desayuno.

Las dos niñas se pusieron la bata y las zapatillas, abrieron la puerta sin hacer ruido y bajaron de puntillas a la cocina.

Holly oyó un maullido en el sótano. Fue a abrir la puerta y por ella asomó «Morro Blanco», que empezó a desperezarse, estirando las patas una tras otra, antes de empezar a pasear, muy tiesa, por la cocina.

—¡Miauuu! —volvió a hacerse notar la gata.

—Tiene apetito, igual que nosotras —declaró Holly—. Sue, ¿te gustaría desayunar chocolate con leche?

—¡Qué rico! —replicó la pequeña.

Holly subió a una silla para poder alcanzar el bote de chocolate en polvo que estaba en el armario. Pero el bote, que no tenía la tapa bien ajustada, le resbaló de los dedos. ¡BUM!

Tropezó en la silla y la tapa salió volando. ¡Todo el chocolate cayó sobre «Morro Blanco»!

—¡Sí que la has «hacido» buena! —se lamentó la chiquitina—. Ahora la gatita ya no será nunca más «Morro Blanco».

—¿De qué estás hablando?

—Ahora será «Morro de Chocolate».

Holly buscó los utensilios precisos y barrió y limpió el polvo que cubría el suelo. Pero la pelambre de la gata seguía llena de chocolate. Las dos pequeñas decidieron sacar al animal al patio, para cepillarle. Había disminuido un poco la niebla y las dos hermanas pudieron ver su embarcadero recortándose al fondo, bajo el rocío matutino.

Cuando «Morro de Chocolate» volvió a ser «Morro Blanco», las dos hermanas se levantaron del suelo. Sue llevaba a la gata bajo el brazo, igual que si fuera un bolso. Se volvió, para entrar de nuevo en la cocina y quedó inmóvil.

—¡Holly, mira allí!



—¡Un hombre! ¡Está persiguiendo a un niño!

Por la orilla, un hombre corría furiosamente tras una silueta pequeña, que parecía de un muchacho.

—¡Eh, no le persiga! —gritó Holly.

Las dos siluetas pasaron, corriendo a través de la niebla, por el embarcadero de los Hollister y se perdieron en la distancia. Las hermanas corrieron a la orilla del lago, pero no pudieron ver a nadie.

—Han cruzado por nuestro embarcadero —comentó Holly.

Los pies del hombre habían dejado grandes huellas en el suelo. Eran huellas de calzado deportivo con suela de goma y se veían claramente bajo el sol que empezaba a brillar, muy rojo, por el este.

—Mira estas otras «hellas». No parecen de un niño —observó Sue.

Las dos niñas se echaron al suelo para examinar las extrañas huellas.

—¿Ves? No llevaba zapatos… —murmuró la pequeñita.

—¿Cómo iba a llevarlos? —dijo Holly, alarmada—. ¡Si es un monstruo! Fíjate, Sue. Ese niño tenía pies de animal.

—No me lo creo —repuso, resueltamente, Sue—. Además, tengo hambre; quiero tomar chocolate con leche.

Enlazadas de la mano volvieron las dos pequeñas a la cocina. En el bote había quedado chocolate suficiente para hacer dos

humeantes tazas. Cuando acabaron su desayuno, se encargaron de dar de comer a «Morro Blanco» y llevaron al sótano una cazuela con leche, para los mininos. Hecho todo esto, jugaron con las muñecas hasta que se levantaron los mayores. Más tarde, Sue decía a la señora Hollister:

—Esta mañana hemos visto a un hombre «pirsiguendo» al monstruo, mami.

—¿Qué… qué es lo que visteis? —preguntó la madre que, de la sorpresa, a punto estuvo de dejar caer la cafetera.

—Sí, sí —asintió Holly, con grandes cabezazos—. Era un monstruo pequeñito como un niño y con pies de animal.

LA CASA EN EL ÁRBOL



—Estarías soñando, Holly —declaró Ricky, mientras se agregaba nata batida al plato de papilla.

—¡No digas eso! —se defendió Holly—. Tú también viste una cosa rara en el lago, ¿verdad?

—Sí, pero no era el monstruo enano con pies de animal. ¡Eso es una tontería!

Sin embargo, Pete no estaba muy convencido de que lo que decían sus dos hermanas pequeñas fuese todo imaginación.

—Si al menos «Zip» hubiera estado fuera de casa esta mañana temprano… —pensaba.

Pero el fiel perro pastor había estado durmiendo en la alfombra, junto a la cama de Pete. Éste miró a Pam, sentada enfrente a él.

—Puede que tenga razón —dijo, en voz baja.

Y Pam asintió con la cabeza.

Cuando acabaron el desayuno, Pete y Pam pidieron a las dos pequeñas que les enseñasen las huellas. Pero cuando llegaron allí, el resplandeciente sol había disipado toda la niebla, evaporando la humedad del suelo, y las huellas habían desaparecido.

Camino del colegio, los dos mayores hablaron del misterio,

mientras Ricky y Holly corrían, delante.

—La solución está en el bosque. Me jugaría algo —declaró Pete—. Y la única manera de descubrir todo el misterio es seguir inspeccionando.

—Podríamos ir a hacer una cena-merienda allí, esta tarde.

—¿Quiénes?

—Tú y yo. Y quizá Dave y Alex.

—¿Dejando a los pequeños en casa?

—Sí. —Pam creía que era lo mejor, porque así podrían inspeccionar más ampliamente el terreno—. Y podrás enseñarme la entrada de la vieja mina. Nunca la he visto.

—Buena idea.

Durante el recreo de aquella mañana, se hicieron los planes para la merienda-cena. Pam llevaría los bocadillos, Dave Meade las bebidas y Alex el postre. Quedó acordado que se saldría de casa de Meade hacia las cuatro y media.

Aquella tarde, a las cinco menos cuarto, las bicicletas marchaban veloces, por la carretera del parque. La cesta de Pam contenía los bocadillos, envueltos con pulcritud en papel fino, y cubiertos por encima con un mantelito rosa. Dave llevaba una caja de bebidas frescas y Alex iba cargado con una gran caja blanca.

—¿Lo has comprado en la panadería? —le preguntó Pete.

—La caja, sí —replicó Alex—, pero no lo que va dentro.

—¿Y qué es? —inquirió Pam, pedaleando junto al moreno muchacho.

Alex sonrió al responder:

—Un pastel del diablo, hecho en casa. Mi madre los hace riquísimos.

—A lo mejor podemos amansar con esto al monstruo —bromeó Pete.

Pero Alex declaró:

—Cuando lo pruebes, querrás comértelo tú y no dárselo al monstruo.

Pronto llegaron a la entrada del Parque Municipal. Estaban aparcados por allí varios coches con padres y niños que habían ido a hacer una cena campestre.

Los cuatro amigos dejaron atrás, pedaleando, la zona de

aparcamiento. Más tarde desmontaron para internarse en los bosques, pero siguieron arrastrando sus respectivas bicicletas.

—Mirad. Ahí veo un buen sitio, con una mesa —anunció Pam, señalando un amplio tronco de árbol, cortado, sobre el cual extendió el mantel.

Luego desenvolvieron los comestibles y los cuatro se sentaron en el suelo. Pam pasó los bocadillos. Dave destapó las botellas y los sedientos ciclistas bebieron un largo trago.

—¡Esto es vida! —exclamó Alex, sonriendo.

—Goza de ella mientras puedas, porque debes recordar que estamos en la guarida del monstruo —dijo Dave.

—Me gustaría saber dónde vive, en realidad —murmuró Alex, mientras quitaba una miga de su camisa.

—Seguramente en una cueva —apuntó Pam.

—O en un nido especial.



—Dudo que sea nada de eso, porque nuestro monstruo parece, más bien, un ser humano —declaró Pete.

Ya terminados los bocadillos, Pam quitó el papel de estaño que protegía el pastel del diablo. Todos se relamieron, contemplando las grandes tajadas de pastel colocadas ante ellos, en el mantel. Cada uno cogió su parte y Pam, al probar el jugoso dulce, murmuró:

—Hummm… Es buenísimo…

—Anda, monstruo, ven. Ven —dijo Dave, mirando en torno al bosque—. Ven a buscar tu postre. Así podremos cazarte.

Pero a su provocadora llamada no contestó nadie, más que algún pájaro, desde la copa de un árbol, y el zumbido de las abejas.

—Será mejor que nos pongamos a trabajar, para aprovechar la luz del día todo lo posible.

Pam recogió las migas en el mantel y lo dobló.

—Podemos dejar aquí las bicicletas —propuso Dave.

—Muy bien —concordó Pete—. Y vamos a internarnos en el bosque. ¿Alguien ha traído una brújula?

Nadie había pensado en eso. Sólo contaban con los «walkie-talkies» y las linternas. Pete miró a su alrededor.

—No nos separemos mucho —dijo—. Estaremos más seguros.

—Conocemos muy bien todo esto. No creo que nos perdamos —opinó Dave.

Manteniéndose al alcance del oído unos de otros, los jóvenes detectives se separaron e iniciaron un lento avance por el bosque. De vez en cuando, alguno de ellos se detenía a escuchar e inspeccionar.

Los Hollister sabían que aquélla era el área del parque que bordeaba el prado. Pete tenía la impresión de que, girando hacia la derecha, saldrían a espacio abierto. Valiéndose del sol como guía, giraron al oeste, anduvieron medio kilómetro y… ¡allí estaba! Era el prado, de casi un kilómetro de anchura, cubierto de verde césped, hasta que, por el otro extremo, se aunaba con el bosque. Los niños anduvieron por el borde del arbolado, antes de penetrar, de nuevo, en el bosque. Para entonces, el sol estaba a punto de desaparecer.

—Habrá oscurecido dentro de una hora —dijo Pete—. Dios quiera que encontremos antes alguna pista.

Avanzaron durante un rato hasta que oyeron un grupo de cuervos que daban grandes gritos desde la copa de los árboles.

Alex quedó inmóvil.

—Parecen llamadas de aviso —dijo—. Algo debe de estar molestando a los pájaros.

Todos levantaron la vista y vieron media docena de cuervos que emprendían el vuelo desde ramas muertas de un retorcido y viejo roble. Algo, súbitamente, llamó la atención de Pete.

—Mirad aquí —dijo, señalando un árbol cercano.

—¿Dónde? —preguntó Dave.

—En aquel pino… El más alto. ¡El que está más cerca de la cumbre!

—¡Una casa en un árbol! —exclamó Alex.

—¿Cómo la habrán subido ahí? —preguntó Dave, perplejo.

Las ramas más bajas del pino no permitían trepar hasta la

entrada de no contar con una escalera. Había más de seis metros de tronco liso desde el suelo.

Los cuatro amigos se acercaron para verlo mejor. De repente, desde una elevación del terreno, en el fondo, vieron brillar unos destellos.

—¡Agachaos! —siseó Pete y todos se apresuraron a tumbarse en la tierra musgosa.

—Sé lo que ha sido eso. El sol reverberaba en unos prismáticos —cuchicheó Dave.

—¡Y allí… hay un… hombre! —jadeó Pam.

Con el corazón palpitante, los cuatro valerosos detectives observaron una oscura silueta que, con unos prismáticos ante los ojos, avanzaba, silencioso, entre los árboles. El hombre miraba con tanto interés la casa del árbol que no se fijó en nada más.

Avanzando sigiloso, a cuatro pies, Alex se acercó a Pete para cuchichear:

—Está mirando la casa del árbol.

—Puede que viva en ella.

Alex movió negativamente la cabeza. No se veía escalera de ningún tipo y dudaba que, sin ella, se pudiera trepar al árbol.

De repente, el desconocido se quitó los prismáticos de los ojos por un momento, y Pam pudo verle la cara. Sin poder evitarlo, la niña dejó escapar un gritito. ¡Era el mismo oriental de traje oscuro que había visto en el bosque la primera vez!

Atisbando desde las altas hierbas, la niña miró, fascinada, al hombrecillo que se aproximaba más y más. Si no miraba por donde iba, podía acabar…

—¡Por favor! —gritó Pam—. No vaya a pisarme.

Se puso en pie de un salto y los chicos la imitaron.

Al hombre se le desorbitaron los ojos, por la sorpresa. Levantó una mano y, de repente, dio media vuelta y desapareció entre dos frondosos árboles.

—¡Espere! —gritó Pete—. Tenemos que hablar con usted.

Todos los niños salieron en persecución del hombre. Pero todo fue inútil. El desconocido parecía haber sido tragado por la tierra. Alex se detuvo, comentando, desanimado:

—Ese hombre sabe bien por dónde anda.

—Tienes razón —asintió Pete—. No va a servirnos de nada perseguirle. Volvamos para echar otra mirada a esa casa de árbol.

Volvieron hasta el alto pino y levantaron todo lo posible la cabeza, intentado atisbar en el interior de la vivienda.

—¡Zambomba! Me gustaría saber de quién es —dijo Pete, recordando la casita, sobre un árbol, que ellos habían construido y que no tenía aquella altura, ni muchísimo menos.



Pam miró en torno suyo y, tirando de la manga de Pete, dijo:

—Está oscureciendo. Será mejor volver a casa.

Armados de las nuevas pistas encontradas, los investigadores decidieron regresar al tronco de árbol en donde habían dejado sus bicicletas.

Pete propuso avanzar primero por el borde del prado y luego volver.

—No será difícil encontrar el sitio —dijo, confiado—. Conozco bien el camino.

Utilizando ya las linternas, avanzaron a buen paso por el bosque. Pete abría la marcha. Iba zigzagueando, para evitar los matorrales y los troncos caídos, y los demás le seguían, en fila india. De repente Alex exclamó:

—¡Eh, Pete, ahí está la casa, otra vez!

Las cuatro linternas enfocaron la copa del alto pino.

—Es verdad —concordó Dave—. Nos has hecho andar en círculo, Pete.

—Qué tonto soy —dijo Pete, enfadado consigo mismo—. Debí traer mi brújula.

En la zona de bosque oscurecía por momentos, pero en el cielo todavía era bastante la claridad crepuscular. Esta vez Pete avanzó más lentamente y con mayores precauciones, enfocando repetidamente su linterna en el suelo, para hacer comprobaciones.

—Dios mío… —murmuró Dave, mientras caminaban—. Si nos hemos perdido…

—¡Ahí está! —le interrumpió Pete en aquel momento—. ¡El prado!

Los cuatro salieron corriendo al claro y Pete propuso:

—Vamos a seguir esta hilera de árboles. Las bicicletas no están lejos.

Mientras él hablaba sonó algo en la distancia.

—¡Un avión! —gritó Pam—. ¡Viene en línea recta al prado!

Las parpadeantes luces del avión fueron resultando progresivamente claras en la oscuridad. El ruido del motor cesó y el aparato empezó a descender, a descender…

—¡Seguramente tiene algún problema! —reflexionó Dave.

—Tienes razón. Seguramente es un aterrizaje de emergencia —concordó Pete—. Vamos a ver si podemos ayudarle.

Las ruedas tocaron tierra y el aparato avanzó por el prado, en dirección a los niños.

Los cuatro sacudieron sus linternas encendidas y corrieron hacia el aparato. Era una avioneta de grandes alas y un solo motor. Su matrícula, en letras blancas, estaba muy visible: N268AE.

—Informaremos al piloto sobre el lugar en que se encuentra —empezó a decir Pete, justamente en el momento en que el motor volvía a rugir.

El aparato describió un círculo y se deslizó sobre el prado.

—¡Huye de nosotros! —exclamó Pete.

CARA A CARA



El piloto aceleró y el aparato se elevó en el aire. Mudos de sorpresa, los cuatro niños lo contemplaron, mientras iba ascendiendo al cielo, y siguieron con la vista sus luces rojas y verdes, hasta que se perdió en la negra distancia.

—¿Qué diríais de esto? —preguntó Dave, al fin.

—¡Zambomba, no puede haberse asustado de nosotros! —dijo Pete.

Y Alex declaró:

—Pues se ha portado como si se hubiera asustado.

—O se ha asustado, o es que tiene algo que ocultar —fue la opinión de Pam.

—¿Algo ilegal, tal vez? —preguntó Alex.

—Sí —asintió Pam—. Algo ilegal, que tenga que ver con ese misterio.

—Puede que viniese a encontrarse con alguien, aquí —apuntó Dave.

—Sí es así, la otra persona debe de estar aquí, en estos momentos —añadió Pete.

Los niños se volvieron a mirar en todas direcciones, pero la

oscuridad reinante les impedía ver todo lo que se encontrase a más de dos metros de distancia.

—Vamos. Será mejor volver a casa —apremió Pete—. Papá y mamá estarán empezando a preocuparse.

Siguieron la hilera de árboles, durante un rato, y volvieron a internarse en el espeso bosque, hasta el trecho en que dejaron sus bicicletas. Esta vez Pete les había guiado bien. Cada uno tomó su bicicleta y, con las luces encendidas, el grupo avanzó por el sendero que llevaba a la puerta del parque. Pedaleaban lentamente. Pam abría la marcha.

De repente, la niña dio un grito de miedo. ¡Desde un lateral, una figura saltó al camino, colocándose directamente en su paso! Pam vaciló, dejó caer la linterna y acabó yendo a parar al suelo con bicicleta y todo.

Los chicos corrieron a su lado.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Pete, alarmado.

—¿No lo ves? —replicó Pam, todavía temblorosa.

Pete, muy sorprendido, preguntó:

—¿Qué tengo que ver?

—Yo no veo nada —declaró Dave, mientras se inclinaba a recoger del suelo la caída bicicleta de Pam.

La niña contó a los chicos lo que había sucedido.

—¿Qué aspecto tenía? —quiso saber Pete.

—La verdad es que no lo sé.

—¡Yo tengo la respuesta! —exclamó Alex—. Debía de ser la persona a quien buscaba el del avión.

—Pues, sea quien fuere, debe de vivir en el bosque —opinó Dave.

—¿En la casa de pino, tal vez? —inquirió Alex.

Pete se encogió de hombros.

—¡Adelante! —apremió.

Todos apresuraron la marcha. Esta vez Pete iba delante y Pam inmediatamente detrás de su hermano.

—¿Alguien se acuerda de la matrícula del avión? —preguntó Dave, mientras llegaban al camino principal.

—Sí —contestó Pam—. N268AE.

—Al menos podremos averiguar quién es el propietario —dijo

Alex—, y resolver el misterio por ese medio.

Vistos desde lejos, los jóvenes detectives parecían un grupo de luciérnagas, que hacían parpadear sus luces mientras descendían por la carretera. De repente, Pete se detuvo en seco, exclamando:

—¡Cómo no habré pensado antes en eso!

—¿En qué? —preguntó Alex.

—En el señor Baker, el investigador. Quería que nosotros le proporcionásemos pistas. Creo que debemos hacerlo ahora, puesto que pasaremos por delante de su motel.

—Buena idea —aplaudió Pam—. Y desde allí llamaremos por teléfono a casa, porque se está haciendo muy tarde.

El Motel Vistalago apareció ante sus ojos cinco minutos más tarde. Un gran letrero, iluminado con neón, anunciaba: TODO OCUPADO.

Se aproximaron a la recepción, aparcaron las bicicletas y entraron. Un anciano que estaba sentado tras el mostrador les miró por encima de sus lentes y dijo:

—Lo lamento, pero lo tenemos todo ocupado.

Pete sonrió y repuso:



—No deseamos hospedaje. Vivimos en Shoreham.

—Querríamos telefonear —explicó Pam.

El hombre señaló una cabina telefónica que se encontraba al

otro lado de la puerta. Pete dio a su hermana una moneda para la llamada, y luego se volvió al recepcionista.

—También queríamos ver al señor Baker. ¿Está en el motel?

El hombre miró a Pete con curiosidad.

—¿Es que os conoce?

—Sí —respondió Pete.

—Dame tu nombre y le telefonearé.

Mientras el hombre manipulaba en el tablero de la centralita, Pam volvió de la cabina telefónica. La niña había pedido a su madre que hablase con la señora Meade y la señora Kane.

—Mamá estaba preocupada —explicó la niña—, pero ya le he dicho que todo va bien.

En ese momento el empleado del motel se volvió a los niños, diciendo:

—Bien. El señor Baker os recibirá, ocupa la habitación 14 A.

Pete echó a andar delante de todos, por un camino de asfalto y pasó ante varias puertas y ventanas del motel, hasta llegar a la número 14 A. Se detuvo, a escuchar, y oyó voces, dentro. Por fin dio unos golpecitos en la puerta.

—¡Adelante! —contestó la voz profunda del señor Baker.

Pete abrió la puerta y los cuatro niños entraron en la habitación. Sin embargo, todos se detuvieron, atónitos, cuando vieron al hombre que se sentaba junto al señor Baker. Pam contuvo una exclamación, y se llevó una mano a la boca.

¡Aquella persona era el oriental de piel curtida, el hombrecito que habían visto en los bosques! Al principio, la niña no supo qué decir. Luego, tartamudeó, preguntando:

—¿Se… señor Baker, co… conoce usted a este hombre?

El investigador sonrió y mostró a los niños el sofá, invitándoles a que se sentasen.

—Sí —replicó, después—. Es el señor Chandar, de Borneo.

—¡Borneo! —murmuró Alex—. Es una parte de Malasia. Lo estamos estudiando en la escuela.

El señor Chandar agradeció las explicaciones con un cabeceo, pero sin sonreír.

—El señor Chandar no es lo que podáis pensar —añadió el señor Baker.

—Nosotros no sabemos qué pensar —confesó Pete—. Le hemos visto en los bosques otra vez, esta tarde.

El malasio no dijo nada, sino que miró al investigador para que contestase por él.

—Todo lo que puedo deciros es que no os preocupéis —pidió el señor Baker—. El señor Chandar y yo trabajamos juntos en el misterio del monstruo. Por cierto, ¿tenéis alguna nueva pista?

—¡Zambomba! Creo que sí —replicó Pete.

Y a continuación contó sus actividades de aquella tarde, empezando por la casa del árbol y el señor Chandar que la observaba. Cuando Pete habló del extraño avión, los dos hombres intercambiaron miradas significativas.

—¿Y tú sigues recordando el número, Pam? —preguntó el señor Baker.

Pam repitió la matrícula, de memoria, y los dos hombres sacaron lápices de sus bolsillos y anotaron.

—Esto puede llevamos a algo —dijo el señor Baker.

—¿A qué? —inquirió Pete—. Todo el mundo empieza a estar muy impaciente con este misterio, señor Baker. ¿Puede usted decimos algo de todo esto?

—Bueno… Vosotros sabéis casi tanto como yo —dijo el investigador, pensativo.

—Casi —repitió Pam—. Pero ¿cuál es su secreto, señor Baker?

—Quisiera poder decíroslo ahora mismo, pero no puedo. Aunque es verdad que existe un secreto de por medio.

—¿Cuándo nos lo dirá? —quiso saber Pete.

—Mañana por la noche. Entonces me pondré en contacto con vosotros. Entre tanto, mantened los ojos bien abiertos.

El señor Baker acompañó a los niños hasta la puerta. Entonces Pete se volvió, para decir:

—Ha sido un placer conocerle, señor Chandar. Deseo que encuentre usted lo que está buscando.

El oriental inclinó ligeramente la cabeza y los cuatro visitantes salieron. Montaron en sus bicicletas y, mientras pedaleaban hacia Shoreham, seguían pensando en las misteriosas actividades del extraño oriental.

—Me gustaría saber por qué ese señor Chandar está metido en

este caso —murmuró Pete.

—¡Pienso que él puede ser el mismísimo monstruo! —afirmó Alex.

Veinte minutos más tarde despedían a Dave, que había llegado a su casa, y proseguían su camino los demás.

—Hasta la vista, Alex —dijo Pete, cuando llegaron a la entrada del jardín de los Hollister.

—¿Qué haremos ahora, Pete? —inquirió Alex.

—Hacer comprobaciones con la matrícula del avión. Podemos hacerlo mañana.

—¿Cómo?

—En el aeropuerto. Ven a vernos al salir del colegio.

—De acuerdo. Adiós.

Los pequeños de la familia ya estaban en la cama cuando Pete y Pam entraron en la salita. La señora Hollister estaba muy inquieta. Después que le contaron lo sucedido con el avión, dijo a los niños:

—Creo que este asunto debería ponerse en conocimiento de la policía. Está resultando demasiado peligroso para que lo maneje el Club de Detectives.

—Pero, mamá —protestó Pete—. Si estamos a punto de resolver el caso.

—Al menos, podremos averiguar quién es el dueño del avión —dijo Pam.

Y su hermano, muy nervioso, adujo:

—Además, el señor Baker nos va a informar del secreto mañana.

La señora Hollister miró, pensativa, a sus hijos.

—Tenéis razón. No debéis daros por vencidos ahora. Voy a ayudaros también yo.

—Ahora hablas debidamente, Elaine —dijo el señor Hollister, haciendo un guiño a su esposa.



—¡Cuánto te quiero, mamá! —exclamó Pam, echando los brazos al cuello de su madre—. Ya sabes que nunca hemos dejado un misterio sin resolver.

—Y no vais a dejar éste tampoco. Mañana os llevaré a todos al aeropuerto en la furgoneta. —La señora Hollister movió la cabeza y abrió los ojos exageradamente, diciendo—: ¡También a mí me gustaría saber quién es el dueño de ese avión!

Por suerte, Pete y Pam tenían pocos deberes que hacer aquella noche. De modo que se metieron en la cama y se levantaron más temprano para tener las lecciones bien preparadas. Aquella mañana llegaron al colegio con muchos deseos de salir para ir al aeropuerto.

Por la tarde, cuando llegaron a casa, su madre ya estaba preparada para salir.

Los cinco Hollister y Dave Meade se acomodaron en la furgoneta. Por el camino, la señora Hollister se detuvo para invitarles a unos gigantescos cucuruchos de helado que estuvieron saboreando hasta muy cerca del aeropuerto.

Después de aparcado el coche, todos entraron en el gran edificio donde los viajeros iban y venían desde las taquillas de billetes, esperando sus turnos para los respectivos vuelos.

Alex ya les estaba esperando en el mostrador de la compañía de aviación más importante. Pete preguntó por el encargado de aquel lugar. De detrás de una pared divisoria salió un hombre bajo, con

impecable uniforme azul. Sobre el bolsillo izquierdo del pecho se leía: «Señor Pickett».

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó el hombre, mirando a los visitantes.

Pete le preguntó si podía encontrar el nombre del propietario de una avioneta, sabiendo el número de matrícula de ésta.

—Claro que puedo. ¿Quieres venir conmigo?

Separándose de los demás, Pete y Pam entraron en una oficina, donde Pam repitió la matrícula del misterioso avión.

—N268AE. ¿Le parece correcta la matrícula, señor?

El hombre repuso que la «N» era distintivo de registro americano.

—Suele ir seguido de cuatro números y una letra, pero en algunos casos lleva dos letras y tres números. Desde luego, esa matrícula parece legítima.

El hombre sacó de su escritorio un gran listín y empezó a escudriñar las páginas. Por fin encontró el número mencionado por Pam.

—Aquí está la persona que buscáis —dijo el señor Pickett—. Es el reverendo Horacio Wilkie.

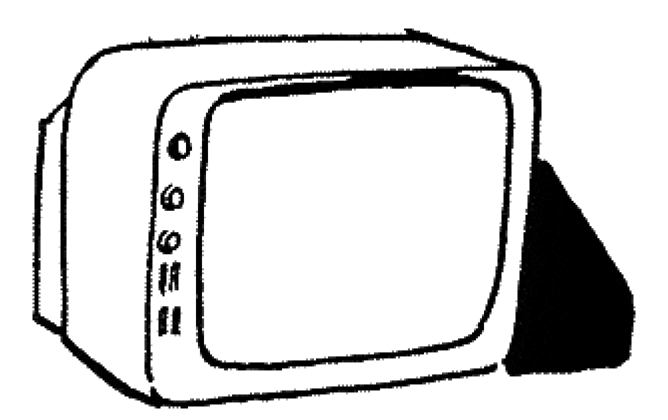
—¿Un cura protestante? —preguntó Pete, sorprendido.

—Sí. He oído hablar de él. Su avioneta sobrevuela todos estos alrededores.

Pete se volvió a su hermana, muy desencantado.

—¡Con esto, todo se va al agua! —murmuró.

¡SOBRE LA PISTA!



—Desde luego —dijo la señora Hollister al oír el nombre del propietario del avión—. Al señor Wilkie se le conoce por el apodo de El Cura Volador. Vive en una granja, no muy lejos de aquí.

—Pues yo no creo que fuese él —dijo Pete—. ¿Qué iba a estar haciendo un sacerdote en el Parque Municipal?

Ricky propuso ir a ver al reverendo Horace Wilkie, para asegurarse de que no había sido él.

—Además, puede que quiera darnos un paseo en su avión —añadió.

—Vamos, todos arriba —dijo la señora Hollister, encaminándose a la furgoneta—. Haremos una visita al señor Wilkie.

La furgoneta salió de la zona de aparcamiento en el momento en que tomaba tierra un pequeño avión. Los niños lo vieron descender y deslizarse sobre la pista.

—Me gustan los avioncitos hijos —notificó Sue—. Son «perciosos».

No tardaron en llegar a la granja Wilkie, cuyo nombre se veía en grandes letras, en el buzón de correos del camino. Un caminillo de grava, que serpenteaba entre viejos manzanos, llevaba a la puerta

principal de la casa estilo colonial. Pam bajó y golpeó la puerta con el llamador de bronce. Salió a abrir una señora baja y rubia. Sus pupilas azules se posaron, interrogantes, primero en Pam y luego en la furgoneta.

—¿En qué puedo serviros?

—¿Es usted la señora Wilkie?

—Yo soy.

—¿Está en casa su marido?

—Queremos que nos lleve a pasear en avión —dijo Ricky, intempestivamente.

Pam movió la cabeza, avergonzada.

—No es eso, señora Wilkie. Queremos saber el número de matrícula de la avioneta.

—Sólo tenemos una —repuso la señora.

Con un suspiro, Pam dijo:

—Empezaré por el principio, señora Wilkie.

En primer lugar presentó a su familia y a ella misma, y a los dos chicos que les acompañaban.

—¡Ah! Ya sé quiénes sois —repuso la señora, sonriendo—. Sois los niños detectives, y vuestro padre es •el propietario del Centro Comercial.

—Sí, señora, y querríamos hacerle unas preguntas.

La niña habló del avión que habían visto en el prado y explicó que estaban haciendo gestiones para comprobar pi, realmente, aquél era el avión del reverendo.

—Desde luego, ésa es nuestra matrícula —repuso la señora Wilkie—. Pero creo que la avioneta no podía ser la de mi marido. Ha ido a California y allí ha estado toda esta semana.

A Pam le latió con fuerza el corazón. ¿Sí? Entonces, era como ella había sospechado. El avión llevaba distintivos falsos.

—Gracias, señora Wilkie. Y adiós.

La señora Hollister condujo de nuevo hacia la ciudad.

—Bien. ¡Ahora sí que habéis encontrado una importante pista!

—¡Zambomba! Un avión con matrícula falsa. Eso es muy serio —comentó Pete—. Y traerá problemas.

—Para el piloto —añadió Alex.

—Y para nosotros —añadió Dave—. Ahora, ¿cómo vamos a

seguir la pista?

—No os preocupéis. Podremos hacerlo —aseguró Pete.

La señora Hollister dejó a Alex y a Dave en sus respectivas casas antes de continuar hasta su propia casa.

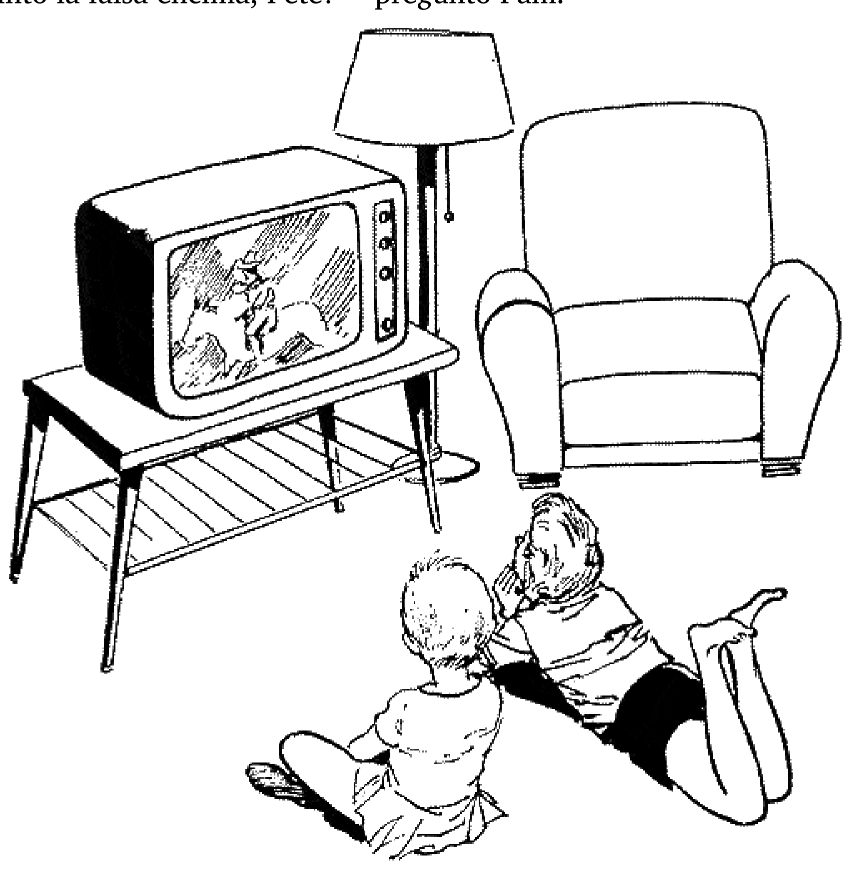
Mientras esperaban la cena, los más pequeños vieron su programa de televisión. Ricky adoptó su postura favorita: Los codos apoyados en el suelo, parte del cuerpo en el aire y los pies y piernas en el sofá.

—Ricky, estás tocando la pared con los pies —le advirtió Holly.

—Está bien —murmuró el chico, quitándose de una sacudida los zapatos, que cayeron detrás del mueble.

Entre tanto, Pete y Pam apartaron dos sillas del escritorio y tomaron papel y lápiz.

—¿Tú crees que la verdadera matrícula seguiría debajo, y que se pintó la falsa encima, Pete? —preguntó Pam.



Pete estuvo unos instantes mordisqueando el extremo de su lápiz.

—No. Haciendo eso, alguien podría haber descubierto el engaño.

—Entonces, ¿cómo…?

—¡Ya lo tengo! Pudieron usar cinta adhesiva. —Pete siguió diciendo que, añadiendo tiras de cinta adhesiva blanca a las letras y los números, se les podía desfigurar, haciéndolos pasar por otros diferentes.

—Entonces, vamos a probar a alterar la matrícula —propuso Pam.

—Será muy trabajoso, pero no tenemos otra solución.

Pete recordó el consejo que el oficial Cal les había dado para su Club de Detectives: los quehaceres detectivescos no siempre eran agradables. A veces había que dedicar horas y horas a tareas muy aburridas.

Primero pensaron en la letra N. Tal vez no la habían cambiado, porque era equivalente a Estados Unidos y no era de creer que un avión tan pequeño hubiera cruzado el océano, hasta Shoreham.

—Ahora pensemos en el dos —dijo Pete, y él y su hermana estudiaron atentamente aquel número.

—Puede ser un uno, retocado —observó Pam.

—Es cierto. Pongamos un uno en lugar del dos.

El seis dio más que pensar. Pete y Pam hicieron mil garabatos en el papel, intentando encontrar un sustituto de aquel número.

—Ahora recuerdo… —murmuró Pam—. Había una especie de rabo sobre el seis.

—Entonces, puede que el número original fuese un cinco.

—Puede ser. Probemos.

Los dos hermanos acabaron de cerrar el círculo del cinco, hasta obtener un seis.

—Ya tenemos el segundo número. Estás teniendo éxito, Pam.

Decidieron que el ocho podía haber sido un nueve al que se le hubiera redondeado el extremo inferior. Ya tenían N159. Pero ¿y las letras restantes? ¿Qué podían haber sido AE?

—La A pudo haber sido lo mismo un número que otra letra. ¿Qué opinas, Pam?

La niña cerró los ojos y procuró rememorar el avión que

apareciera ante ellos en la oscuridad de la noche. Todas las letras tenían cierta inclinación hacia la derecha, de modo que habría sido muy fácil transformar el número uno en una A.

—Pero es sólo una suposición —concluyó Pam.

—La doy por válida. ¿Qué dices de la E?

Pam suspiró.

—Me estoy quedando bizca de tanto trabajar en este jeroglífico —se lamentó.

Pete hizo chasquear los dedos, diciendo:

—Ya sé… Seguramente lo mismo le ocurrió al propietario de la avioneta, cuando buscaba la manera de desfigurar los números. Dejemos la E como E, Pam.

Lleno de emoción, Pete telefoneó inmediatamente al señor Pickett. ¿Quería hacer el favor de comprobar datos de la matrícula N1591E? Pete esperó, sin aliento, el resultado.

—Sí —dijo el señor Pickett al cabo de unos minutos—. Existe esa matrícula.

—¿Pertenece a alguien de por aquí?

—No. Esa avioneta la posee y la pilota la Airterm Carrier Company, localizada en el Aeropuerto de La Guardia, en Nueva York.

—Muchas gracias —dijo Pete—. Ha sido una gran ayuda, señor Pickett.

Pete colgó y contó a su familia lo que ahora sabía.

—¡Estamos sobre la pista, Pete! —dijo Pam—. Nuestro misterio está casi resuelto. Y esta noche el señor Baker nos dirá su gran secreto.

—Creo que a él también debemos informarle sobre esta matrícula de avión —opinó Pete, que volvió al teléfono y marcó el número del motel.

Por suerte, el investigador estaba en su habitación. Se mostró muy asombrado al conocer la última novedad.

—¿Le será de alguna utilidad? —preguntó Pete.

—Yo diría que sí. Es, precisamente, la información que necesitábamos.

—¿Vendrá usted a contarnos su secreto?

—Sí. Más tarde. Y os resultará una sorpresa.

—Hasta luego, entonces —dijo Pete, antes de colgar—. Va a venir. Vendrá después de cenar.

Pam, que estaba ayudando a su madre a poner la mesa, hizo una mueca de desagrado, al oír aquello.

—¿Qué te pasa, Pam? ¿No le consideras bastante amable por ponernos al corriente de su secreto? —preguntó la madre.

—No es eso, mamá. Es que va a ser el señor Baker quien nos lo diga.

—¿Y qué?

—Que deberíamos ser nosotros quienes le aclarásemos el secreto, si fuéramos verdaderos detectives.

Durante la cena todos hicieron comentarios sobre cuál sería el secreto. Se hicieron cientos de suposiciones. La más singular fue la de Ricky, quien afirmó que el monstruo era el mismo señor Chandar.

—Pronto vamos a saber la verdad —dijo, alegremente, la señora Hollister, mientras entre ella y sus hijas recogían las cosas de la mesa.

El señor Hollister movió un brazo, señalando el jardín. Pete y Ricky entendieron al momento lo que su padre quería decir. Todos los viernes al anochecer, si no llovía, Pete debía recortar la hierba del prado y Ricky, regar las flores que cuidaba su madre.

Los dos chicos salieron. Pronto se oyó el zumbido de la máquina, corta-césped y el chasquido del contador del agua indicó que Ricky estaba cumpliendo su deber con los dragones, las petunias y las rosas.

Cuando terminó todos los quehaceres, la señora Hollister telefoneó a una amiga y estuvo hablando con ella largo rato. Pam llamó a Holly y Sue para proponerles:

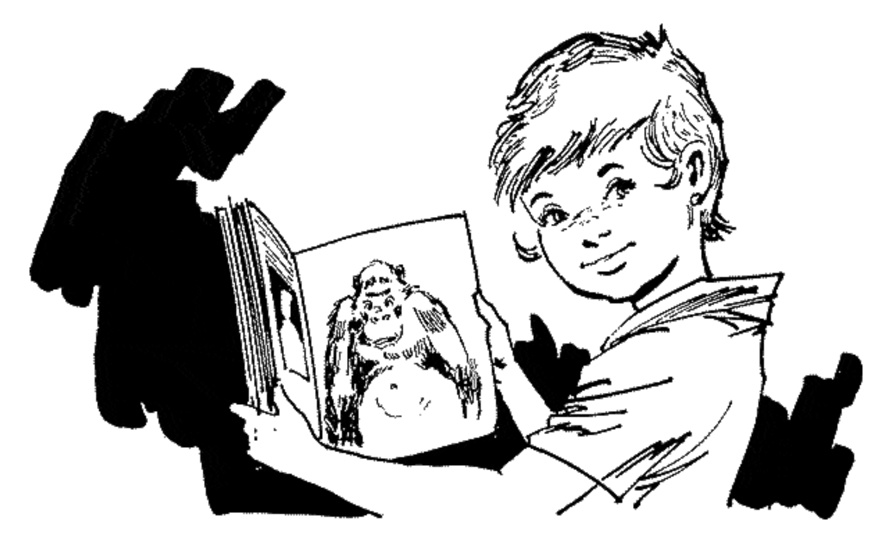
—¿Vamos a otra habitación a mirar fotografías?

—¿De qué? ¿De monstruos? —inquirió la vocecilla de Sue.

Pam fue a la biblioteca y sacó varias enciclopedias. También buscó varios números atrasados de la revista «National Geographic».

—Vamos a aprender alguna cosa sobre Borneo —dijo.

Holly y Sue contemplaron con gran interés las fotografías que Pam iba colocando ante ellas. Las tres quedaban embelesadas ante las fotografías en color de la cadena de islas malayas.



—Mirad estos animales —dijo Sue.

—Son orangutanes —explicó Pam—. Dicen que escasean tanto que los naturales de Borneo no permiten que nadie se los lleve del país sin un permiso especial.

—¿Qué quiere decir eso?

Pam explicó que los cazadores habían matado tantos orangutanes que ya sólo quedaban unos pocos miles de ellos en el mundo.

—Por eso se quedan con todos los «orantanes» en «Borníо» —concluyó Sue con gran desparpajo—. ¿No entiendes, Holly?

Las dos pequeñas continuaron entretenidas con las ilustraciones, mientras Pam recorría con el dedo las páginas del tomo de la enciclopedia correspondiente a la P. Pronto encontró lo que estaba buscando.

«Pongo». Pam ahogó una exclamación. «Pongo pygmaeus» era el nombre de cierta especie de orangutanes. En lengua malaya «orang» significaba hombre y «hutan» bosque.

—Hombre del bosque —cuchicheó Pam—. ¡Lo he encontrado!

Cerró el libro de golpe, con los ojos, brillantes y una amplia sonrisa.

—Mira qué contenta está Pam —dijo Holly a Sue.

—¡Ya lo creo que lo estoy! ¿Sabéis? Creo que he encontrado el secreto.

Y en voz muy baja, Pam explicó a las pequeñas que el monstruo, probablemente, tenía algo que ver con un orangután.

—Guardaremos el secreto para nosotras —sugirió Holly—. Los chicos siempre se creen los más listos.

Pam quedó unos momentos pensativa y, al fin, asintió:

—Está bien. No diremos nada hasta que yo dé la señal.

Entre risillas contenidas, Holly y Sue salieron al patio y bailotearon alrededor de Ricky que se entretenía describiendo curvas en el aire con la boca de la manguera.

«Zip», que pasó cerca, quedó completamente remojado. El animal aún estaba sacudiéndose y salpicó de gotas a las niñas.

—¡Mira lo que has hecho, Ricky! —reconvino Holly, mostrando una húmeda trenza.

—Yo no he hecho nada. Ha sido «Zip» —protestó el pecoso.

—Por culpa tuya. Y ahora no te diremos el secreto —amenazó Sue.

Ricky soltó la manguera y corrió al lado de la pequeña.

—¿Secreto? ¿Has dicho secreto?

—Sí, sí —afirmó Holly—. Pero no te diremos nada. No sabrás nada hasta que Pam lo diga.

Y sin decir más, las dos hermanas se alejaron, corriendo, dejando a Ricky muy preocupado y pensativo.

Después que la hierba estuvo bien recortada y las flores regadas, los hermanos Hollister jugaron un rato al marro. Luego empezaron a aparecer mosquitos, se arrastraron las luciérnagas sobre la hierba fresca y todos los niños entraron para esperar al señor Baker.

Transcurrió una hora y seguía sin haber la menor noticia del investigador. Aún pasó otro rato. Al fin la señora Hollister dijo:

—Creo que los pequeños tendréis que iros a la cama. Mañana os enteraréis del secreto.

—Tengo una idea, mamá —dijo Pam—. Voy a telefonear. Puede que el señor Baker esté ya de camino.

Pam telefoneó al motel y habló con el recepcionista. Luego colgó, mirando a todos con aire de desaliento.

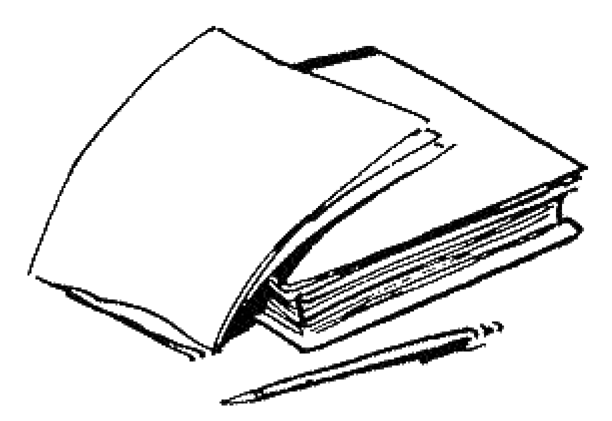
—¡No está!

—Bien. Eso quiere decir que ya está en camino —dijo la madre.

—No, mamá. El señor Baker ha pedido la cuenta y se ha

marchado.

Volando, volando…



—¡Cielo santo! Algo terrible tiene que haber sucedido —opinó la señora Hollister.

Sue se echó a llorar.

—No «quero» que el señor Baker, tan guapín, sea un malo.

—Claro que no lo es —declaró Holly, muy convencida.

—Pero no estoy muy seguro del señor Chandar —dijo Ricky, torciendo los ojos.

—¿No ha dejado al señor Baker algún mensaje para nosotros? —preguntó el padre.

—No lo he preguntado —replicó Pam.

Pete fue al teléfono para comunicarse con el motel.

—Sí —repuso el recepcionista—. Dejó un mensaje para los Hollister.

—¿Qué dice? —preguntó Pete, muy nervioso.

—No lo sé. Es un sobre cerrado.

—Iremos en seguida a buscarlo —dijo Pete, antes de colgar.

Todos a un tiempo pidieron permiso para ir, pero el señor Hollister dijo:

—Pete y yo iremos a recogerlo. Los demás os quedaréis; no vaya

a darse el caso de que el señor Baker venga aún.

Padre e hijo llegaron al motel en un momento. Pete saltó de la furgoneta, corrió a buscar el mensaje, dio las gracias al recepcionista y volvió a toda prisa con su padre. Cuando llegaron a casa, Pete leyó el sobre: «A la familia Hollister».

—De prisa. ¡Ábrelo! —suplicó Ricky.

Pete sacó la carta.

—¡Lee! —apremió Holly, impaciente.

Pete empezó a leer:

«Queridos Hollister: Ya sé que os sentiréis desencantados, pero no puedo deciros el secreto esta noche. Intenté telefonear, pero siempre he encontrado la línea ocupada. El señor Chandar y yo tenemos que regresar a Nueva York inmediatamente, porque nos reclaman asuntos de importancia allí.

»Pero necesitamos vuestra ayuda. ¿Podríais todos, incluidos vuestros padres, acudir mañana al aeropuerto Kennedy? Hay un avión esperándoos en el aeropuerto de Shoreham. Podréis volver en la misma noche. Al llegar, acudid a mi oficina del Departamento Federal, número 111, E. Baker, Agente de la Dirección de Caza, Estados Unidos».

—¡Yupiii! —gritó Ricky, entusiasmado—. ¡Nos vamos a Nueva York!

Y sin poder contenerse, dio una voltereta en la alfombra, mientras Holly saltaba sobre la punta de los pies, sacudiendo sus trenzas.



Pete y Pam miraron a sus padres. La señora Hollister sonreía, pero el padre parecía preocupado.

—¿Qué ocurre, papá? ¿Es que no podemos ir? —inquirió Pete.

El señor Hollister contestó que al día siguiente había una gran venta de rebajas en la tienda.

—La verdad, Pete, tendría que estar yo.

—Pero ¿no puedes dejar a Indy Roades? —pidió Pam—. Tinker le ayudará.

Tinker era un hombre de cierta edad, muy bondadoso, que ayudaba al señor Hollister en el Centro Comercial.

—Mañana es el día libre de Tinker y el pobre Indy no podrá arreglárselas solo.

—¿Por qué no pides a Tinker que cambie su día libre por otro?

El señor Hollister fue al teléfono y al poco hablaba con Tinker. Explicó lo que había sucedido y, en seguida, sonrió.

—Muchas gracias. Sé que los niños se lo agradecerán. Creo que, por fin, van a resolver el misterio del monstruo.

Mientras el señor Hollister colgaba, llegó Sue, corriendo, para echarse en sus brazos. De repente, Pete dijo:

—¿No has pensado que todo esto puede ser sólo una broma, papá?

—Ya sabes cómo comprobarlo. Telefonea al aeropuerto.

Pete lo hizo y desde el aeropuerto le contestaron que, en efecto,

el señor Baker había dejado contratado un avión de alquiler para que trasladase a la familia al aeropuerto Kennedy por la mañana. Era un aparato con motores de propulsión a chorro, de los que suelen usar los ejecutivos para sus viajes rápidos, capaz de recorrer seiscientas millas en una hora.

Al colgar el auricular, Pete exclamó:

—¡Zambomba, siempre había deseado volar en uno de ellos! Será una gran aventura.

A la mañana siguiente, Sue y Holly dieron a los gatos leche y comida. Pam dio de comer a «Zip» y Pete se encargó de dejar a «Domingo» un gran saco de avena.

—¿Todos los animales arreglados? —preguntó el señor Hollister, que acaba de llevar la furgoneta a la parte delantera de la casa.

—Sí, papá —repuso Pam.

—¿Listos los niños?

—¡Aquí estamos! —contestaron todos a una.

—Huy, cuántas ganas tengo de saber para qué nos necesita el señor Baker —murmuró Holly, mientras se dirigían al aeropuerto.

—A lo mejor identificamos el avión que vimos en el prado —dijo Pete.

Cuando llegaron al aparcamiento, todos salieron, y se encaminaron a la taquilla terminal. Allí les recibió un sonriente joven, con uniforme de piloto. Contó a los que llegaban y, en seguida, dijo:

—Tienen que ser los Hollister… Siete.

El señor Hollister confirmó la suposición y presentó a su familia.

—Yo soy Harry Struges. Síganme.

El piloto les condujo hasta un magnífico avión blanco. Todos subieron y el piloto cerró la puertezuela. Se pusieron en marcha los motores y el avión se deslizó sobre la pista.

—¡Canastos! —exclamó el pecoso, tapándose los oídos y haciendo girar vertiginosamente los ojos—. Esto es lo que quiero ser cuando crezca: un piloto.

—¡Volando, volando! —entonó, alegremente, Pam.

Sin apenas darse cuenta, los Hollister se encontraron ya en el aire. Para pasar el tiempo, la señora Hollister sacó de su bolso una tira de cuerda y jugó con Sue a la «cunita».

Al poco rato descendían en una de las pistas del siempre lleno de actividad Aeropuerto Internacional Kennedy. El aparato llegó a un hangar privado, en donde les esperaba un gran coche. Después de dar las gracias al piloto, todos los Hollister entraron en el vehículo.

El Edificio Federal III resultó estar en las proximidades del aeropuerto, no lejos de las grandiosas autopistas que cruzan Long Island.

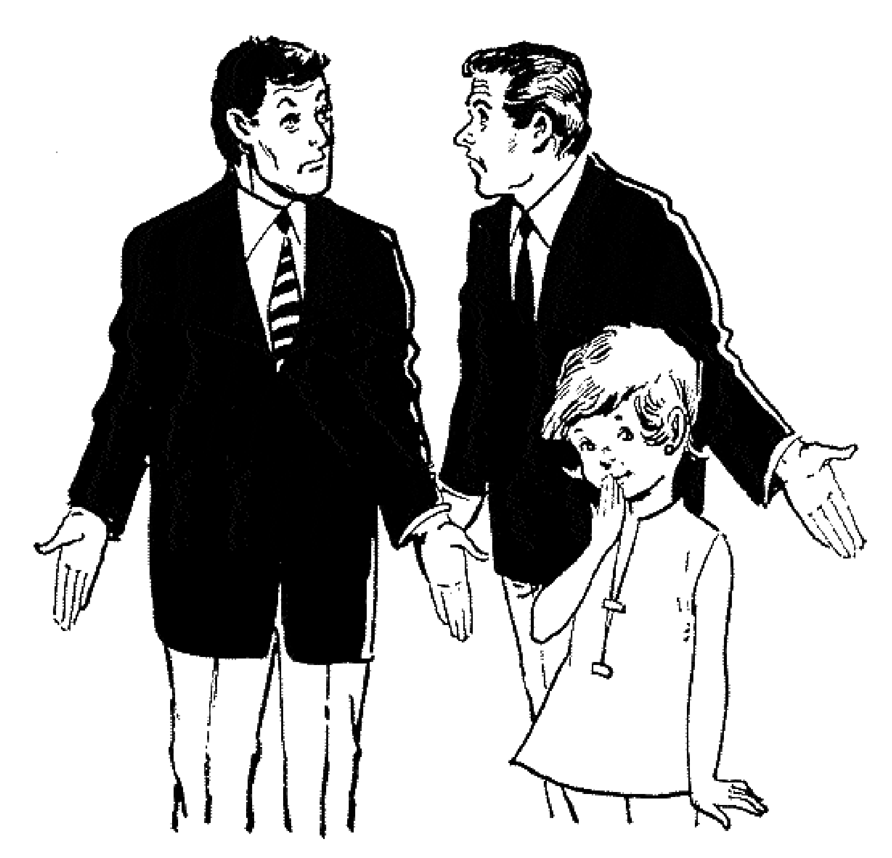
El chófer aparcó y les condujo al interior del edificio y a lo largo de un gran pasillo. Giraron en una esquina, bajaron unos escalones y llegaron ante una gran habitación de los sótanos. El chófer llamó a la puerta, abrió y anunció:

—Los Hollister están aquí, señor Baker.

El altísimo empleado del Gobierno se levantó de detrás de su escritorio, sentado ante el cual había estado charlando con el señor Chandar. En aquel momento dio la bienvenida a los Hollister y presentó al indonesio al señor y la señora Hollister. Luego el secretario del señor Baker llevó sillas para todos. Cuando la familia se hubo sentado el señor Baker empezó, diciendo:

—Tengo una sorpresa para todos ustedes. Ese monstruo que tanto ha estado asustando es, en realidad, un…

—¡Un «oratán»! —exclamó Sue, llevándose una mano a la boca y echándose a reír.



Los dos investigadores se miraron, atónitos.

—¿Ya… ya lo… sabíais? —preguntó el señor Chandar.

—Lo supimos —dijo Pam. Y explicó cómo había encontrado aquella pista.

Pete y Ricky, que no estaban al corriente del secreto de las niñas, se miraron con la boca abierta.

—A lo mejor es verdad que eres tío de un mono —apuntó Holly.

El señor Baker soltó una carcajada que resonó en toda la habitación.

—Más bien querrás decir tío de un orangután.

Sue rió alegremente.

—Esperad a saber el resto —dijo el señor Baker, que explicó que algunos animales del mundo están en peligro de extinción.

—Unos de ellos son los orangutanes —dijo Holly, con aires de sabionda—. Pam lo leyó en la enciclopedia.

—Cierto. Otros son los osos pardos, los lobos, las gacelas, las tortugas, los hipopótamos pigmeo y las águilas calvas. Todos ellos están en la lista de los animales en peligro de extinción.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. Supongo que las águilas calvas serán muy viejas.

El señor Baker sonrió:

—Los orangutanes son la especie más escasa y pronto desaparecerán.

—Por eso no se permite que se les saque de Borneo —intervino el señor Chandar—. Borneo es mi tierra, ya sabéis.

—¿Y por qué ha venido usted aquí? —preguntó Pete.

—Soy detective privado. Una niñita llamada Subu poseía dos orangutanes enanos. Eran dos hermanitos gemelos.

—¡Qué «perciosos»! —le interrumpió Sue—. ¿Y cómo los «crompó»?

—El padre de Subu los encontró en el bosque. Alguien había matado a la madre orangután.

—¡Oh! —se compadeció Pam—. ¿Cómo se puede ser tan malo?

—Seguramente los cazadores buscaban a los pequeños, pero mataron a la madre, considerando que era mejor medio de encontrar los cachorros. El caso es que uno de los gemelos fue secuestrado y llevado a Shanghái. Desde allí lo trajo a Estados Unidos una banda de contrabandistas.

—¿Contrabandistas de animales? —se extrañó Pete.

—Sí. Puesto que estos animales que escasean cuestan mucho dinero, se han convertido en una presa muy buscada.

El señor Baker asintió y luego sonrió.

—Ya veis que el señor Chandar no era ningún hombre malo, como pensasteis al principio. Sólo buscaba a «Pongo».

—¿Se llama así el bebé «oratan»? —indagó Sue.

—Sí. Y su gemelo se llama «Bongo». —El señor Chandar explicó que la pequeña Subu se había puesto enferma de preocupación por «Pongo» y que el pequeño «Bongo» no quería comer—. Por eso fui enviado a buscar a «Pongo».

—Ahora estamos tras esa banda de contrabandistas —añadió el señor Chandar—. Cuando oímos hablar del monstruo de Shoreham, supusimos que su guarida no estaría lejos, y que tal vez uno de los

animales robados había podido escapar.

—Eso es un gran misterio, sin duda —dijo el señor Hollister—. Vosotros, hijos, habéis tropezado con uno muy grande.

—Sí. Y han ayudado muchísimo al Gobierno de los Estados Unidos —añadió el señor Baker.

Los niños Hollister empezaron a hacer mil preguntas sobre los orangutanes.

—¿Comen huevos? —inquirió Pam.

—Sí —repuso el señor Chandar—. Les gustan los huevos, los plátanos y las hojas y cortezas de árbol.

—Ahora ya sabemos quién se comió los huevos de la señora Eider y las natillas de la señora Kane —dijo, entre risillas, Holly—: El pobrecito «Pongo» estaba hambriento.

El señor Chandar añadió que los orangutanes vivían en plataformas que construían en lo alto de los árboles.

—Son criaturas muy inteligentes y se cubren con hojas cuando llueve.

—¿Era el nido de «Pongo» lo que usted estaba mirando? —preguntó Pete—. Me refiero a aquella construcción en el pino gigante.

El indonesio contestó que había estado vigilando la casa largo tiempo; incluso había visto por un instante al animal y le persiguió por la orilla del lago. Pero «Pongo» se le escapó.

Sue y Holly se echaron a reír.

—Entonces, ¿era usted el que corría detrás de aquel nene? —preguntó Holly.

—¿Nene?

—Bueno. Nosotros creíamos que «Pongo» era un niño —exclamó Holly—. Él debió de ser quien asomó por la ventana de nuestro sótano.

—Pero ¿qué saben de esas extrañas huellas? —preguntó Ricky —. No parecen de orangután.

—No tenemos explicación a eso —dijo el señor Chandar—. Quizá fueran dejadas por los contrabandistas para hacer creer que, realmente, había un monstruo en Shoreham.

—Bien. Ya se ha hablado bastante de eso. —El señor Baker se puso muy serio—. En este momento tenemos otro problema. El

señor Chandar acaba de recibir un telegrama de Borneo informándole de que «Bongo» también ha sido secuestrado.

—Seguramente ha caído en manos de la misma banda de contrabandistas —opinó el señor Chandar.

—¡Qué terrible! —dijo la señora Hollister—. ¿Y cree usted que también será traído a Nueva York?

—Pienso que «Bongo» está ya en los Estados Unidos —dijo el señor Baker—. Mientras estuve ausente, encargué a un ayudante de tomar fotografías de todos los animales llegados a este aeropuerto y de sus propietarios.

Abrió un cajón y de él sacó una fotografía. Se veía a un hombre en pie junto a una jaula.

Los Hollister se levantaron de sus sillas, arremolinándose alrededor del agente del Gobierno. Holly se estremeció:

—¡Es el hombre que vimos en la escuela!

—¿Estás segura? —preguntó el señor Baker.

—Segura, segura. Estaba en la biblioteca de juguetes —declaró Sue.

—Entonces ése es el miembro de la banda que fue a Shoreham —razonó el señor Baker—. Pero ¿qué estaba haciendo en una biblioteca de juguetes?

—Buscaba a «Pongo» —afirmó Holly—. A lo mejor el pobrecín orangután entró en el colegio por la ventana abierta.

Contemplaron largo rato la fotografía. La jaula que llevaba el extraño hombre, decía: «Mono Rojo, Vivo».

—Esto suelen hacerlo los contrabandistas —dijo el señor Baker —. Declaran al orangután robado como mono, y monos hay muchos.

—¿Qué diferencia encuentra usted entre un mono y un orangután? —preguntó el señor Hollister.

—Los orangutanes tienen la pelambre corta y rojiza y no les cubre las orejas. Además, sus manos tienen dedos muy largos y el pulgar muy corto.

—¿Dónde está este hombre, ahora? —preguntó Pete.

—Su avión se encuentra en el Aeropuerto de La Guardia. Por eso me interesaba que vosotros vinierais. Deseo que identifiquéis el aparato.



El señor Chandar tenía la certeza de que en el aparato había viajado «Bongo» y sin duda iba a ser escondido en Shoreham.

—Vamos en seguida al aeropuerto de La Guardia —propuso el señor Baker.

Todos le siguieron al exterior del edificio. Les esperaba un helicóptero y el grupo se instaló en el aparato.

Giraron las hélices y pronto se encontraron sobrevolando Long Island, hacia la orilla Norte. Las hileras de apartamentos que se extendían abajo parecían edificios de juguete. Cuando el helicóptero les dejó en tierra, el señor Baker buscó una furgoneta del gobierno que les llevó a un hangar particular.

—Tengo localizado el avión —explicó—. Está ahí, precisamente.

Los Hollister sintieron escalofríos de emoción cuando el señor Baker se aproximó a una puerta donde podía leerse: Oficinas. Volvió con un hombre con guardapolvo blanco, al que ordenó que levantase las puertas del hangar. En un principio el hombre protestó. Luego, encogiéndose de hombros, hizo lo que se le ordenaba.

Se abrieron las puertas, pero… ¡Dentro no había nada!

—¿A dónde ha ido el avión? —preguntó el señor Baker.

—No lo sé —fue la respuesta del empleado.

—¿Iba en el avión alguien más que el piloto?

—Sí. Un par de cestas con animales. No he visto de qué clase.

El señor Baker se volvió a los Hollister.

—Estoy seguro de que ha ido a Shoreham. Debemos darnos prisa. ¡No tenemos que perder ni un momento!

LA PUERTA MISTERIOSA



El helicóptero llevó a los Hollister nuevamente a las oficinas del señor Baker, donde se hicieron inmediatamente planes para detener a I03 contrabandistas de animales.

—Las avionetas de un solo motor no son demasiado rápidas —dijo Pete—. Nosotros podremos llegar a Shoreham antes que los contrabandistas.

—¿Habéis dicho que aquel avión tomó tierra poco antes de la noche? —inquirió el señor Baker.

—Era casi de noche —afirmó Pam.

—Entonces, intentará hacer lo mismo otra vez. Probablemente hará una parada entre Nueva York y Shoreham. Bien. Cuando llegue allí, esta vez tendrá una buena recepción.

Todo el grupo, incluidos el señor Baker y el señor Chandar, volvieron al reactor, donde el sonriente piloto les esperaba.

—Volvemos a Shoreham —dijo el señor Baker, mientras la familia subía las escalerillas y entraba en la cabina.

Cuando estuvieron surcando los aires, el señor Chandar habló a los niños sobre Indonesia.

—Tenéis que visitar mi país algún día.

—Sí. Me gustaría mucho conocer a Subu —dijo Holly.

—Y a mí. Podríamos jugar con los orangutanes, ¿verdad? —añadió Sue.

—¡Hurra! Esta vez lo has dicho bien. ¡Eres casi tan lista como yo! —dijo el presumido de Ricky.

Sue le respondió con una mueca.

De repente, cuando el avión empezaba a descender hacia Shoreham, empezó a sentir una cosa muy rara en el estómago que la obligó a sentarse y a no moverse más de su asiento, hasta que aterrizó el aeroplano.

Cuando bajaron, los pasajeros dijeron adiós al piloto y el señor Hollister abrió la marcha hacia la furgoneta.

—Primera parada: el cuartelillo de la policía, creo yo.

—Bien. Ahora organicemos la trampa para esos tramposos.

El oficial Cal estaba en su oficina cuando ellos llegaron. £1 y el jefe de policía hicieron grandes elogios relativos al trabajo policial hecho por los niños.

También allí se hicieron planes. La policía, con ayuda de algunos guardabosques a caballo, rondaría los alrededores del Parque.

—Habrá gente en el prado —dijo Cal—. Dejemos que el avión aterrice. Entonces, detendremos al piloto.

—Dios quiera que aterrice con «Bongo» —murmuró Pam.

—Oficial Cal, ¿querrá venir con nosotros a la entrada de la vieja mina? —invitó Pete—. Estoy seguro de que hoy va a ocurrir algo allí.

A una señal de asentimiento de su jefe, el joven oficial dijo:

—Muy bien, muchachos. Registraremos toda la zona después de cenar. Venid a reuniros conmigo aquí, a las siete.

En casa de los Hollister, la emoción palpitaba por todas partes. Casi nadie tuvo apetito para tomar las hamburguesas y los buñuelos recién fritos, a los que invitaban la madre de Dave y la de Alex. Los niños no hacían más que mirar y reír, con nerviosismo, imaginando la llegada del avión.

—¡Zambomba! —comentó Pete—. Esos hombres no saben en lo que se han metido.

—¿Crees que hay algún otro hombre mezclado en esto? —preguntó Alex.

—Tiene que haberlo. Si no, ¿quién iba a cuidar de los animales? —razonó Pam.

Todo el mundo quería estar en el acto final, pero los niños mayores se daban cuenta de que tal cosa no iba a ser posible. Se decidió que la señora Hollister y Sue se quedarían en la furgoneta, aparcada cerca de la entrada. El señor Hollister y Holly se unirían a los guardabosques montados, observando en el prado.

Ricky, Pete, Pam, Alex y Dave mostrarían al oficial Cal el lugar en que la misteriosa reja cerraba el paso a las galerías de la mina.

Todos llevaban «walkie-talkies» cuando se encaminaron al cuartelillo de la policía. Desde allí marcharon al parque en tres coches oficiales.

La luz del día había empezado a decrecer y la verde extensión del prado estaba siendo vigilada por los ojos penetrantes de los policías. Los chicos y Pam treparon por la ladera abrupta, conduciendo al oficial Cal al trecho en que sus mochilas habían desaparecido, y a la entrada de la mina.

Cuando llegaron ante los barrotes de hierro, el policía aproximó el oído, para escuchar.

—¡Creo que tenéis razón! —dijo—. Algo se mueve ahí dentro.

—Comunicaré con papá por el «walkie-talkie» —dijo Pete, acercándose el micrófono a los labios.

En aquel momento se oyó un ligero chasquido en las barras de hierro que… ¡de pronto empezaron a hundirse en el suelo! ¡La negra entrada a la mina quedaba abierta!

¡Todo el mundo prorrumpió en una exclamación!

—Dave tenía razón —murmuró Pete.

—¿Cómo se abrirá? —preguntó Alex, procurando contener el escalofrío que recorría su espina dorsal.

—Creo que conozco el motivo —repuso Cal—. Este «walkie-talkie» ha activado el aparato electrónico que por radio pone en movimiento estos barrotes. Alguien utiliza este lugar como escondite.

El policía explicó que, en cierta ocasión, le comunicaron por radio, al coche patrulla, que las puertas automáticas de los garajes de algunas casas de la vecindad se habían levantado de improviso.

—Por eso sé que es muy posible.

—¡Claro! —exclamó Pete—. ¡Eso fue lo que debió ocurrir, también, en el garaje del señor Messina!

El oficial Cal sacó una gran linterna del bolsillo de su cadera e iluminó el túnel.

—¡Aaa… ay! ¡Mirad aque… llo! —tartamudeó Ricky, advirtiendo dos ojos que resplandecían en la oscuridad.

Se oyeron pasos.

—¡Cuidado! —advirtió Cal.

Los niños retrocedieron, de un salto. De la cueva salió, a todo correr, el hipopótamo más diminuto que en su vida habían visto. Sin pérdida de tiempo, Pete lo agarró por la cabeza, y Alex le sujetó firmemente las patas traseras. Usando su cuerda de escalar, ataron al asustado animal.

Después salió un orangután.

—¡Debe de ser «Pongo»! —gritó Pam, alargando una mano hacia el animal, que dio un salto hacia la niña y le rodeó el cuello con los peludos brazos.

Inesperadamente, del túnel se vio salir a un hombre, corriendo.

—¡Alto! —gritó el oficial Cal.

El hombre miraba, desesperado, a su alrededor, mientras la potente luz de la linterna del policía le caía sobre los ojos. Antes de haberse dado completa cuenta de lo que estaba sucediendo, el hombre se encontró esposado.

—¡Canastos! ¡Ya tenemos a uno! —gritó el pecoso.

Ahora, mientras los chicos tenían bajo vigilancia al prisionero, el oficial Cal se apartó a un lado y enfocó su linterna en los recodos de aquel túnel. Antes de llegar a la abertura perpendicular de la mina, encontró una amplia estancia abierta en la roca.

Allí se veían restos de comida, un banco y, en un rincón, una bañera con agua. Había un montón de trapos en el suelo.

«Probablemente para que los animales durmiesen encima», pensó el policía, sacudiendo la cabeza.

Volvió a la entrada y anunció:

—No hay nada más dentro. Vamos a encerrar ahí los animales, de momento, e iremos al prado.

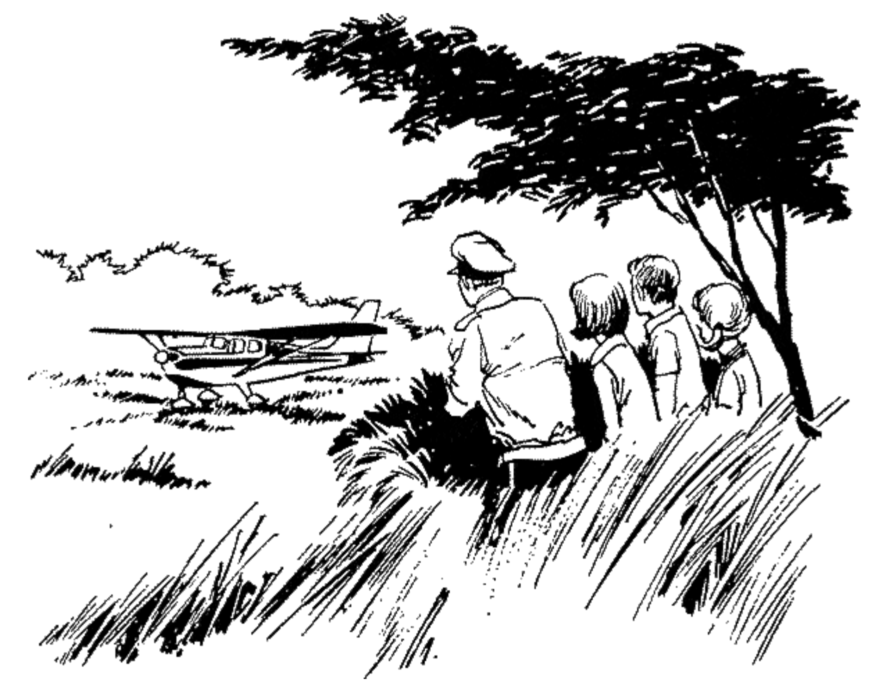
Los muchachos le ayudaron a meter a los dos pequeños seres en la mina y cerraron la reja. Luego se pusieron en marcha. El oficial

Cal iba delante, con el detenido. Tuvieron que dar un rodeo alrededor de la pared rocosa, ya que se habían quedado sin cuerdas, pero pronto llegaron al coche del oficial, aparcado abajo. En él se dirigieron al prado.

Allí se entregó el delincuente a dos policías, y Cal y los niños se ocultaron tras unos matorrales, en la llanura rebosante de hierbas.

Pronto el zumbido de un avión invadió un amplio espacio.

—¡Ya viene! ¡Ya viene! —gritó Ricky, incapaz de dominarse, y todos los niños contemplaron, fascinados al aparato que planeaba.



Luego, una brillante luz para aterrizaje iluminó una amplia área. La avioneta rozó el suelo y fue a detenerse junto a los bosques, casi en frente de los niños. Al poco cesó de funcionar el motor.

A la luz del crepúsculo, se vio que la cabina se abría y un hombre saltaba a tierra. Todo estaba silencioso.

—Nip —llamó el hombre—. Nip, ¿dónde estás? He conseguido al otro gemelo. La pareja valdrá una fortuna.

A través del prado, Pete pudo ver varias siluetas que se movían, silenciosas, hacia la llanura.

—Todos cuerpo a tierra —ordenó el oficial Cal—. Ese hombre

puede estar armado.

Los niños se tendieron en tierra, mientras Cal Newberry avanzaba hacia la avioneta. Al verle, el piloto dijo:

—Hola, Nip. Llegas a tiempo.

De repente el contrabandista se dio cuenta de que aquél no era su camarada. Dando un grito de alarma, intentó volver a la avioneta. El oficial se lanzó de un salto hacia él, pero no llegó a alcanzarle. El piloto rodó por tierra por debajo de aparato y salió al otro lado.

—¡Vamos, chicos! Hay que detenerle —ordenó Pete.

Todos echaron a correr, abalanzándose sobre el fugitivo que se lanzaba hacia los bosques. Pete le agarró de un pie, Alex del otro, Ricky saltó a sus hombros.

¡Plum! El contrabandista cayó al suelo, atontado.

—¡Ya le tenemos! —gritó Ricky.

—¡Oficial Cal! ¡Por aquí! —llamó Pete.

El hombre se retorcía, luchando por soltarse, pero no le sirvió de nada. Los chicos mayores le sostenían y Ricky se habían instalado en su misma cabeza cuando el policía llegó.

—Muy bien, amigos. Ahora, dejadle.

Los chicos soltaron su presa. El policía le puso las esposas y le ayudó a levantarse, enfocando el haz de la linterna en su cara.

¡Era el hombre de la fotografía con la jaula marcada con las palabras «Mono Rojo Vivo»!

Por entonces se oyó rumor de pies corriendo y el aparato quedó inmediatamente rodeado de policías. Holly estaba cerca, de la mano de su padre y temblando de entusiasmo. El señor Baker y el señor Chandar se aproximaban, a grandes zancadas.

El oficial Cal entregó al piloto a dos altos policías, y él y los dos investigadores subieron a registrar el aparato. Encontraron una jaula: «Mono Rojo Vivo». El señor Baker la abrió.

—Como suponía yo, se trata de un orangután.

—¡Es «Bongo»! —exclamó el señor Chandar—. ¿Ven esta cadenita roja que rodea su pata izquierda?

El animal dio muestras de comprender, al oír su nombre y tendió los brazos al hombre, que le sacó del avión.

Las luces de las linternas iluminaban ahora todo el prado.

—¡Quisiera que mamá pudiera ver esto! —comentó Pam.

—¿Por qué no vas a buscarla? —sugirió el padre—. Os esperamos aquí.

Quince minutos más tarde, cuando la policía terminaba de examinar la avioneta, llegaba la señora Hollister con Sue.

—¿Éste es «Pongo»? —preguntó la pequeñita, frotándose los ojos cargados de sueño.

El señor Chandar sonrió, contestando:

—No. Es su hermano gemelo «Bongo».

—Ya sé dónde está «Pongo» —anunció Pete—. ¡Vayamos al túnel de la mina!

Los Hollister se instalaron en la furgoneta y los dos investigadores subieron al coche patrulla con Cal. Aparcaron al pie de la ladera rocosa e hicieron a pie el resto del trayecto. Cuando llegaron a la mina, el oficial Cal abrió la reja. El otro orangután salió a su encuentro.

Después de mirarlo, el señor Chandar dijo tristemente:

—Éste no es «Pongo». Es mucho más grande.

Todos los niños pusieron cara de desolación.

—¡La casa del árbol! —exclamó, de pronto, Alex—. ¡Vamos a ver la casa del árbol!

Sólo pudieron ir en coche un trecho, pero no tardaron mucho en llegar al alto pino. No había el menor indicio de que hubiera un ser vivo en el nido de allá arriba.

—Tengo una idea —dijo el señor Chandar.

Tomó a «Bongo» y le puso en el tronco del árbol. Cuando la luz de las linternas enfocó la copa del árbol, «Bongo» trepó a toda prisa y desapareció en el interior de la casa.

Unos minutos más tarde, los que esperaban abajo oían un grito de entusiasmo y dos cabecitas aparecieron por un hueco del nido.

—¡«Pongo» y «Bongo»! Ya están juntos —dijo Pam.

Y los pequeños empezaron a dar gritos y zapatetas de alegría.

—¿Quién será el otro orangután que está en la cueva con el hipopótamo? —comentó Alex.

—A lo mejor pertenece a otro niño de Borneo —contestó Dave.

—Iremos a recogerles más tarde —dijo Cal— y, si no podemos encontrar a su propietario, serán trasladados al zoo. ¡Eh, mirad!

Algo salió por el hueco de la casa del árbol y golpeó el suelo. Después del primero cayeron otros dos objetos. ¡Plof! ¡Plof! ¡Plof!

—¡Nuestras mochilas! —gritó Pete.

—¡Así que era ahí donde estaban! —sonrió Dave—. «Pongo» las descubrió en el bosque y se las llevó.

—Probablemente buscaba algo de comer —dijo, risueña, la señora Hollister. El señor Chandar llamó a los orangutanes con voz calmosa y afable, y los gemelos salieron de la casa y empezaron a descender.

—¡Qué guapísimos! —murmuró Sue.

—Y nosotros que pensábamos que «Pongo» era un monstruo —sonrió Dave.

—Ahora ya sé quién dejaba esas huellas —dijo Pete de pronto—. ¿Recordáis que el jefe de policía dijo que parecían de un hipopótamo? Las hicieron dos animales: el hipopótamo, que seguramente se escapó una vez, y «Pongo», juntos.

—También puede ser que ande un hipopótamo suelto por Shoreham —insinuó Alex.

Cuando los dos animales saltaron al suelo, los Hollister notaron que «Pongo» llevaba algo en el brazo.

—¡No es posible! —gritó Pam, asombrada—. ¡Mira, mamá, la muñeca vienesa!

—Entonces era cierto que «Pongo» estuvo en la biblioteca —comentó la madre, riendo—. Creo que ya están todos los misterios resueltos.

Todos se mostraban muy felices, excepto Ricky que arrugaba la frente y la naricilla.

—¡Canastos! ¿Y qué pasa con el monstruo que yo vi en el lago?

En aquel momento, el policía recibió un mensaje por el «walkie-talkie». Los dos contrabandistas detenidos acababan de confesar.

—Uno de ellos ha dicho que un galápago se les escapó. También huyó el hipopótamo, pero a éste lo recuperaron.

—Entonces, era eso. ¡El galápago se iría al Lago de los Pinos y eso fue lo que vio Ricky!

El pelirrojo sacudió repetidamente la cabeza, sonriendo.

—¡Monstruos y remonstruos! ¡Ahora tendré algo que decirle a Joey Brill!


FIN